



Remando la crisis

TESTIMONIOS
en pandemia

**REMANDO LA CRISIS.
TESTIMONIOS EN PANDEMIA**

REMANDO LA CRISIS. TESTIMONIOS EN PANDEMIA

Textos ganadores, menciones especiales y textos
preseleccionados en el Concurso 2021
convocado por la Friedrich-Ebert-Stiftung
en Bolivia (FES Bolivia)

Remando la crisis. Testimonios en pandemia
Textos ganadores, menciones especiales
y textos preseleccionados en el Concurso 2021
convocado por la Friedrich-Ebert-Stiftung
en Bolivia (FES Bolivia)

Primera edición: septiembre de 2021
2.000 ejemplares

Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia)
Av. Hernando Siles 5998, esq. calle 14, Obrajes
Tel.: 275 0005 / Fax: 275 0090
<https://bolivia.fes.de/>
La Paz, Bolivia

Coordinación editorial: José Luis Exeni Rodríguez

Edición: Hugo Montes Ruiz
Composición fotográfica de portada: Vassil Anastasov
Diagramación: Marco Alberto Guerra
Apoyo en la coordinación editorial: Cecilia Campos Villafani
y Camila Pemintel Cano

Depósito legal: 4-1-4066-2021
ISBN: 978-9917-605-13-3

Imprenta: Plural editores
Impreso en el Estado Plurinacional de Bolivia

Este libro se publica bajo licencia Creativa Commons:
Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Esta licencia permite a otros descargar y compartir esta obra con otros siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada. No se permite, sin embargo, cambiar de forma alguna los contenidos ni crear obras derivadas o hacer un uso comercial.



Índice

Presentación	7
--------------------	---

Textos premiados

Cabalgando entre dos mundos para esquivar el COVID-19 <i>Dionicia Apaza Mamani</i>	15
---	----

María de las montañas <i>Sonia Canqui</i>	29
--	----

La esperanza en el camino <i>Mónica Jiménez Mancilla</i>	39
---	----

Menciones especiales

Pueblos que viajan <i>Ana María Calle</i>	53
--	----

El retorno <i>Laura Derpic Burgos</i>	63
--	----

Las traficantes de alimentos <i>Martha Mamani Velazco</i>	71
--	----

Las hijas de las vertientes: Las otras víctimas de la pandemia <i>Jorge Quispe Condori</i>	83
---	----

La vida en verde fosforescente <i>Valeria Sandi</i>	91
Crónica no autorizada <i>Julio Vásquez</i>	99
Un dios y sus guerreras <i>Boris Zuazo Meneses</i>	109

Textos preseleccionados

De lanas, entrelazados y conexiones <i>Gillermo Goosen López</i>	119
Comprame, casera <i>Ericka Sejas Noriega</i>	129
Sobrevivimos <i>Colectivo Hormigón Armado</i>	137
En el silencio de nuestras almas <i>Ronald Beltrán Marcani</i>	145
Del miedo a la fortaleza <i>Omar Candia Quispe</i>	153
Mis grandes maestros: el Alzheimer y el COVID-19 <i>Julia Beatriz Herbas</i>	161
Para una casa propia: La historia de Jhoel Flores durante la pandemia <i>Augusto Díaz Villanueva</i>	173
Anexo. Acta final del Jurado: selección de ganadores.....	181

Presentación

La pandemia del coronavirus, además de sus nefastas consecuencias en el sistema sanitario y el fallecimiento de muchas personas, provocó un acelerado deterioro en la economía y en las condiciones de vida de millones de personas en el mundo. Así, desde el primer trimestre del año 2020, se acentuaron las desigualdades, aumentó la pobreza, se cerraron empresas y emprendimientos, se incrementó el desempleo, en fin, se produjo una crisis socioeconómica cuyo impacto será duradero.

Más allá de los indicadores macroeconómicos y de los análisis comparados, en Bolivia la crisis en el marco de la persistente COVID-19, con sus renovadas olas y las nuevas variantes del virus, ha golpeado la economía de las personas y de las familias. En muchos sectores, si la situación ya era complicada antes de la pandemia, se agravó durante este período, incluyendo los efectos de cuarentenas y restricciones. Una parte importante de la población, que depende de sus ingresos diarios, tuvo que reinventarse para afrontar la crisis.

La pandemia trajo consigo casos de muerte, desolación e incertidumbre. Esa secuela continúa en el presente, atenuada con la esperanza de la vacunación que avanza con lentitud

y grandes desigualdades a nivel global. Pero la crisis sanitaria también mostró fortalezas y una valiente capacidad de resiliencia de las personas, que supieron resistir y adaptarse al nuevo contexto. En algunos casos lo hicieron en soledad o en el entorno familiar; en otros, congregaron esfuerzos colectivos, en comunidad. Así, las historias de dignidad y de coraje ante la adversidad se multiplican.

Con el propósito de que esas historias y experiencias sean contadas para compartirlas, conocerlas y aprender de ellas, la Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia) lanzó en el año 2021 el Concurso “Remando la crisis. Testimonios en pandemia”¹. El propósito fue rescatar testimonios concretos de personas, familias y grupos que enfrentaron situaciones de crisis socioeconómica resultante de la pandemia del COVID-19 y, en varios casos, la superaron –o lo están haciendo– con mucho esfuerzo, valentía y creatividad. Para el efecto la FES convocó la elaboración de textos que narren, en primera o en tercera persona, de manera individual, grupal o colectiva, esas vivencias.

421 historias

Cumplido el plazo establecido en la convocatoria para la presentación de los textos escritos, nos sorprendimos gratamente con el elevado número de trabajos recibidos: 421 historias. Nada menos. 421 historias personales provenientes de diferentes departamentos del país (incluidas áreas rurales),

1 Desde el año 2017, la FES Bolivia convoca anualmente un concurso artístico sobre diferentes asuntos de preocupación colectiva, alentando miradas diversas y una amplia participación. Todas las anteriores versiones generaron no solo propuestas creativas, sino también importantes contribuciones a la reflexión y al debate plural.

con diversidad de miradas y vivencias, algunas de autoría colectiva, con diferentes registros narrativos (y también fotográficos). Según lo previsto en el Concurso, los textos fueron derivados al Jurado compuesto por tres personalidades del ámbito académico y literario: Verónica Paz Arauco, Alexis Argüello Sandoval y Nicole Jordán Prudencio. A fin de garantizar el anonimato de las y los autores, los textos fueron codificados para su lectura y valoración por el Jurado.

La primera tarea del Jurado, luego de establecer criterios de calificación, fue evaluar los textos recibidos conforme a la naturaleza y características establecidas en el Concurso. Así, como primera fase, se realizó la preselección de veinte textos. En los siguientes días, las y los autores seleccionados participaron en talleres de diálogo (en modalidad virtual) con un experto en comunicación (el colombiano Omar Rincón) y un especialista en escritura creativa (el poeta boliviano Gabriel Chávez Casazola). En ese marco, cada uno recibió para su consideración algunos comentarios sobre sus textos. Y dispusieron de un plazo adicional para presentar las versiones finales de sus trabajos, que podían o no incluir ajustes respecto a las versiones originales.

Las nuevas versiones de los veinte textos preseleccionados fueron evaluadas por el Jurado, luego de lo cual eligieron los tres trabajos ganadores y siete menciones especiales, recomendando su publicación junto con algunos textos preseleccionados. Cabe destacar que todas las decisiones de los integrantes del Jurado, en las diferentes fases, fueron tomadas de manera unánime.

Un libro espejo

El libro que tiene en sus manos reúne los mejores 17 textos del Concurso 2021 de la FES: “Remando la crisis.

Testimonios en pandemia”. Así, usted podrá leer los tres textos ganadores del primer, segundo y tercer lugar; siete menciones especiales decididas por el Jurado y otros siete textos preseleccionados que, aunque no fueron premiados, tienen méritos para su publicación.

Por su naturaleza, un volumen que reúna textos presentados a un concurso es siempre desigual en su calidad, tratamiento, alcance y motivaciones. Esa heterogeneidad es precisamente su mayor riqueza, pues expresa miradas y voces diversas en torno a una crisis que nos congrega como colectividad en un escenario de incertidumbre, pero también de fortaleza y dignidad. Así, en conjunto, estos textos nos ponen ante un espejo de testimonios en el cual ciertamente podremos reconocernos.

Más allá de la forma y el contenido de las diferentes historias contadas en estos textos es evidente la centralidad del espacio doméstico, que irrumpe en el primer plano, ya no como un mero espacio de reproducción o reconstitución de la fuerza de trabajo, sino como el núcleo del cuidado y de la vida productiva. En tal espacio removido por la crisis, la mujer aparece como referente o protagonista. Es uno de los efectos, y aprendizajes, de la pandemia.

Así pues, como FES nos da mucho gusto poner a su disposición este libro con la convicción de que su lectura e intercambio contribuirá a la reflexión sobre los efectos socioeconómicos de la pandemia en diferentes sectores de la población boliviana. Las historias aquí contadas, en especial las que muestran la capacidad de resiliencia de personas, familias y grupos en situaciones de crisis, pueden nutrir la conversación pública e impulsar aprendizajes recíprocos.

Agradecemos a las y los autores de los textos que se publican en este volumen, así como a cada una de las más de cuatrocientas personas y colectivos que escribieron y compartieron sus historias. Manifestamos nuestro aprecio

también a las personalidades del Jurado por su rigurosa labor que permitió llegar a buen puerto en el Concurso. Y al equipo organizador por su eficaz trabajo en las diferentes fases de esta iniciativa, en especial a Cecilia Campos Villafani.

Queda en sus manos, lectoras y lectores, este libro-espejo para seguir remando la crisis y, mejor todavía, navegar sus salidas en sociedad.

Jan Souverein
Director FES Bolivia

José Luis Exeni Rodríguez
Coordinador de proyectos
FES Bolivia

Septiembre de 2021

Textos premiados

PRIMER LUGAR

Cabalgando entre dos mundos para esquivar el COVID-19

Dionicia Apaza Mamani

Paradojas de la vida: “obligados a salir de aquí y de allá”

Siempre pensamos y soñamos que vivir en una ciudad capital como La Paz nos garantizaba una vida con muchas oportunidades, próspera y feliz en el aspecto socioeconómico, en especial para nuestros hijos, porque no queremos que sufran lo mismo que nosotros en el área rural. Sin embargo, la llegada de la pandemia del COVID-19 a nuestro país nos ha “frenado en seco” sin trabajo y sin dinero, encerrados en casa y los niños sin educación escolar. Dicha situación nos ha obligado a retornar a nuestro lugar de origen, a repensar y reorientar nuestro proyecto de vida familiar y social, porque creemos que lo elemental para la vida es la alimentación, vivienda, salud y educación. Aquí recuerdo las sabias palabras de nuestros abuelos y padres que decían “el dinero es pasajero, mientras que la producción agrícola y ganadera en nuestro pueblo está en nuestras manos y jamás nos faltarán los alimentos básicos”.

Soy Dionicia, de 38 años, y voy a contarles nuestra historia de vida familiar de cómo estamos enfrentando y

sobrellevando el aspecto socioeconómico frente a la pandemia del COVID-19.

Somos una familia (quechua kallawayaya)¹ *residente*² de cinco miembros: mi esposo (43 años), tres niños y mi persona. Hace diez años nos hemos visto “forzados” a salir de nuestro pueblo, Amarete, de la provincia Bautista Saavedra, a la ciudad de La Paz, a falta de un centro de salud bien equipado y con personal calificado en atención maternoinfantil. Me encontraba con nueve meses de gestación de mi segundo niño y he sufrido una fuerte hemorragia porque mi bebé no podía nacer a consecuencia de un problema denominado placenta previa que han identificado los médicos en la ciudad de La Paz. Mi esposo me cuenta que en el camino casi he perdido la vida. En ese entonces en la ciudad no teníamos casa ni familiares a quienes acudir. Unos amigos extranjeros, que hoy son nuestros compadres, me han llevado al Hospital de la Mujer de Miraflores. Felizmente y gracias a Dios, luego de una intervención quirúrgica salimos vivos mi bebé y yo.

Gracias a la cooperación de nuestros compadres alemanes, mi esposo ha conseguido un trabajo por las noches y en el día iba a pasar clases en la UMSA³, mientras yo me quedaba en casa con los niños y de vez en cuando salía a vender frutas y refrescos por las calles. En ese tiempo nuestra familia se encontraba regularmente estable en el aspecto económico y laboral.

1 La cosmovisión kallawayaya fue declarada como Patrimonio Oral e Intangible de la Humanidad por la UNESCO en el año 2003.

2 Personas originarias de una comunidad o pueblo que residen en la ciudad, lo que “significa mantener un pie en los dos mundos” (véase *Chukiyawu: La cara aymara de La Paz*, Cuaderno de Investigación CIPCA N° 29, 1987, pág. 1).

3 Mi esposo es egresado de la carrera de Sociología.



Nuestra familia el 27 de mayo de 2021 en mi pueblo, Amarete.

La vida te golpea una y muchas veces, pero te hace más fuerte

El año 2017 mi esposo pierde su empleo, por lo que yo he tenido que salir a vender por las calles y trabajar como ayudante de cocina por la zona de Sopocachi, con lo que ganaba apenas hemos podido cubrir el tema de la alimentación, el alquiler de la vivienda, así como el pago de los servicios básicos.

A principios de 2018 he conseguido un puesto de venta de batidos de huevo en calidad de ambulante en la puerta de la escuela Agustín Aspiazu, en el que estudiaban dos de mis *wawwas*. Con el pasar de los meses han aumentado mis ventas y ganancias. Lamentablemente, el 30 de abril del año 2019⁴ hemos sufrido una fuerte desgracia: la casa en la que vivíamos fue afectada por el deslizamiento de la zona de Kantutani y Bajo Sopocachi. A causa de ello hemos perdido bienes materiales y estuvimos evacuados por dos meses en los campamentos de la cancha Fígaro. Las autoridades nacionales y municipales nos han prometido la reposición de los bienes materiales y la construcción de una vivienda, pero hasta el día de hoy no hay nada.

Mi esposo continúa sin trabajo y ya teníamos una deuda de seis meses por el alquiler de la vivienda. A pesar de que cada vez aumentaban mis ventas y ganancias, no era suficiente para cubrir todas las necesidades de nuestra familia. Felizmente en el mes de noviembre de 2019 mi esposo consigue un trabajo y parecía que la situación económica de nuestra familia iba a marchar sin problemas. Comenzamos a planificar la compra de un terrenito a crédito y la construcción de una casita, pero ni siquiera nos imaginamos que una terrible pandemia acechaba a toda la humanidad.

4 <https://www.lostiempos.com/actualidad/pais/20190502/deslizamiento-kantutani-es-tercero-mas-grave-declaran-desastre>



Con mi carrito de venta de batidos de huevo en la calle Agustín Aspiazu, La Paz.

Comenzamos el año 2020 llenos de sueños e ilusiones de tener una vivienda propia en la ciudad de La Paz, pero todo ha quedado postergado con la llegada de la enfermedad a nuestro país y la declaración de una cuarentena total. Si bien mi esposo ha continuado trabajando, yo no pude salir a vender y mis niños se quedaron sin educación escolar. Vivíamos en una vivienda casi en condición de hacinamiento, con un patio muy chiquito como un pasillo. Sin trabajo y los niños sin poder ir a la escuela ni salir a jugar a los parques, nos sentíamos muy aburridos, lo que ha causado la ansiedad y problemas alérgicos principalmente en mis pequeños. Luego de la flexibilización de la cuarentena he intentado retornar a mi puesto, pero ya no había venta porque mis principales clientes eran los estudiantes del colegio, profesores, padres y madres de familia, y desde ese momento hasta el presente me encuentro sin poder generar un ingreso de dinero para mi familia, he intentado vender otros productos, pero apenas se gana para la comida del día.

La mala situación económica familiar se vuelve insostenible y dijimos “más vale lo viejo conocido que lo nuevo por conocer”

A finales de 2020 ambos quedamos sin empleo. Llega 2021 y nuestra mayor preocupación era la educación de nuestros niños; no teníamos la posibilidad de seguir pagando alquiler, menos todavía de sostener una educación virtual de los chicos, por ello decidimos regresar a nuestro pueblo, sin mayores inconvenientes porque siempre hemos mantenido un nexo social mediante el cumplimiento de cargos comunitarios. En nuestro pueblo teníamos una vivienda propia y segura, ciertos productos básicos para la alimentación que



Con el cargo de Jilaqatas originarios en nuestro pueblo, el día martes de Carnaval.

habíamos conservado, los chicos irían a la escuela de forma presencial, ya que el área del colegio es grande a campo abierto y hay 12 alumnos por paralelo. Pero no era suficiente. El año anterior, estando en la ciudad, no habíamos sembrado nada porque la época de preparar la tierra para los cultivos en todo el país fue declarada cuarentena rígida y por ello no se podía viajar. Entonces, este año, para tener suficientes productos alimenticios del lugar, hemos tenido que acudir a los familiares y paisanos ayudándoles en sus cultivos en calidad de *mink'a*⁵, principalmente en la época de cosecha⁶ en los meses de mayo, junio y julio, mientras mis niños los fines de semana y feriados iban a pastear las alpacas de mis padres a cambio de 20 bolivianos por día. Aquí tengo que resaltar la vigente solidaridad social de las familias rurales porque les ayudas en alguna actividad agrícola o ganadera y a cambio te invita productos alimenticios, en el pueblo, si eres sociable y tienes voluntad para trabajar, no sufres de comida, por eso mis hijos tienen grabado en su consciencia que “en el campo el trabajo es esforzado, pero no se pasa hambre”.

Con esta dura experiencia, este año estamos preparando varios espacios de cultivos y hemos vuelto a criar animales domésticos para el consumo familiar porque sabemos que la “maldita enfermedad” durará por mucho tiempo.

5 Según el cuaderno de investigación CIPCA N° 29, la *mink'a* es un contrato de mano de obra comunal a cambio de un pago en dinero o en producto (1987: 23 y 24).

6 Los pagos en productos en el área rural en tiempos de cosecha son mucho mejores que en otras épocas del año. Por ejemplo, por el trabajo de un día en la cosecha de papa te pagan cerca de un quintal del mismo producto.



Mi segundo niño pasteando las alpacas.

Ver en hoja de coca si tenemos o no COVID-19

El coronavirus nos ha afectado a los dos. En el mes de enero mi esposo se enfermó con un dolor inmenso de garganta y cabeza por dos semanas. A veces no podía tragar agua ni saliva, hasta el punto de que ha expulsado gotas de sangre. Yo me he enfermado en el mes de febrero y tenía una tos muy seca, dolor insoportable del cuerpo y los huesos, además de mucha fiebre. Como no tenemos seguro médico ni dinero, nos hemos cuidado y curado en nuestra casa a base de plantas medicinales y otros remedios naturales. Aquí quiero decir que es falso que la gente del campo no fue afectada por la pandemia. Muchas personas, incluso familias enteras, se han enfermado, pero, a falta de personal médico, equipamiento adecuado y dinero, la gente no acude a los centros de salud y se cura con lo que está a su alcance y con los conocimientos en medicina tradicional como pueblo kallawayá. Sin embargo, no puedo afirmar que todas las personas de mi pueblo se hayan enfermado o muerto por COVID-19 porque hasta el presente se tiene muy poca o nada de cobertura con pruebas y medicamentos para este virus; por eso algún familiar nuestro dijo que, en el campo, para saber si tienes o no COVID-19, se tenía que leer en las hojas de coca.

Nuevamente debo resaltar que en nuestro pueblo continúa vigente la ayuda entre personas y familias porque cuando un comunario se enferma, se ayudan unos a otros con remedios caseros, orientación de qué tipo de plantas o productos consumir. A pesar de que muchas familias fueron afectadas por los síntomas del COVID-19, la gran mayoría se han sanado gracias a que en el campo hay un medio ambiente sano, no existe mucha aglomeración de gente y los niños pueden jugar en espacios abiertos.

Convivir con el COVID-19, no tener miedo y buscar otras estrategias de vida social y económica

Sabemos que el coronavirus se va a quedar por mucho tiempo con nosotros, por ello tenemos que cambiar nuestra forma de vida. Debemos practicar un aseo permanente: personal, familiar y comunitario, comer alimentos sanos producidos por nosotros mismos, usar barbijo, no juntarnos con mucha gente, ir a los centros de salud para recibir la vacuna y que las autoridades en todos los niveles implementen políticas de salud integral e intercultural principalmente de carácter preventivo.

En mi familia hemos decidido otros proyectos de vida: mis *wawas* se quedarán en la escuela de mi pueblo hasta que las clases en la ciudad también sean presenciales y tengamos trabajo y fuentes de ingreso económicos estables. Mientras tanto, trabajaremos la tierra para cultivar productos como papa, oca, haba, arveja, cebada, trigo y maíz. Además, criaremos animales domésticos como cuyes, gallinas, ovejas, chanchos y alpacas para que el alimento sano y orgánico no falte en nuestra casa; felizmente el territorio de nuestro pueblo consta de cinco pisos ecológicos que nos proporcionan una diversidad de productos. Mi esposo dividirá su tiempo y trabajo entre nuestra comunidad, la ciudad y el terreno que tenemos en Achocalla, con su proyecto de huerto y consultorio de plantas y productos medicinales tradicionales.

En nuestros sueños de vida familiar, nada ni nadie, menos la pandemia del COVID-19, nos va a detener porque hemos sabido trabajar desde el momento en que hemos aprendido a caminar y desde niños tenemos consciencia de que la vida tiene muchos obstáculos y hay que ser fuertes para salir adelante. En mi caso, he quedado huérfana de padre en el vientre de mi madre, esa condición me ha forjado más en mi personalidad.



Mi esposo en la cosecha de cebada.

Permanecer arraigados en el campo

Finalmente, quiero llamar a una reflexión a personas y familias migrantes del campo en las ciudades capitales: que mantengan siempre un nexo familiar y social permanente con sus comunidades de origen. El año pasado, a causa de la enfermedad, muchas personas después de muchos años han regresado a sus lugares de origen, algunos no tenían a dónde llegar, no sabían cómo preparar herramientas de trabajo y cultivar la tierra porque se han dedicado solamente a una vida y trabajo urbanos. La gente en el pueblo comenta que han llegado varios “desconocidos”⁷, antes y después de la cuarentena, y han retomado chacras que estaban abandonadas hace muchos años; además, como nunca, los peces (truchas) en los ríos se han acabado.

Nosotros hemos mantenido siempre una vida entre la ciudad y nuestro pueblo, cumplimos con las funciones sociales y por eso en cualquier momento podemos dar un paso hacia la comunidad para luego retornar a la ciudad cuando ojalá todo vuelva a la normalidad, por eso el título de nuestra historia es “cabalgando entre dos mundos para esquivar el COVID-19”.

7 Los “desconocidos” eran hijos o nietos de los mismos lugareños, que hace varios años habían salido hacia las ciudades capitales de Bolivia, Argentina y Brasil. Dicen que era novedad ver jóvenes intentando cultivar con calzado y muchachas con el cabello teñido.

SEGUNDO LUGAR

María de las montañas

Sonia Canqui

Un sueño, una decisión

“Yo quiero construir mi propio cuarto, estoy cansada de dormir en una misma habitación con mis hermanas mayores y menores”, una afirmación enérgica y decidida dada por María, en un momento de conversación con las niñas, cuando todas se quejaban de lo molesto que es vivir en una misma habitación con toda la familia.

Al oír tal afirmación, las niñas solo sonrieron. Era un sueño de todas. Un sueño imposible de lograr para su edad. A los diez años, ¿cómo alcanzar ese sueño, cuando la familia apenas tiene para comer?, y... ¿María podría lograrlo?

Acostumbraba oír sueños y ver cómo se hacían trizas frente a la realidad que enfrentan las familias. Yo mismo he visto mutilarse mis sueños en varias ocasiones, dadas las circunstancias difíciles en las que me ha tocado vivir.

Meses después de nuestra conversación, María comentó que estaba ahorrando para comprar ladrillos para su habitación, y que el esposo de su mamá iba a ayudar a construir.

Pasaron algunos días, y luego... todo quedó paralizado, cerrado. El temido virus, que amenazaba al mundo entero había llegado a nuestro país y a nuestra ciudad. Era apremiante tomar medidas de contención. Una cuarentena total fue la única respuesta. Cerrar fronteras y mantenernos encerrados en las casas. Y nadie sabía cómo enfrentar ni imaginar lo que vendría después.



Y nadie sabía cómo enfrentar ni imaginar lo que vendría después.

¿Será que las pandemias de la peste negra o de la viruela han causado la misma conmoción emocional, económica y social en las naciones como el COVID-19?, porque al igual que la pandemia actual, se desconocía las causas y su tratamiento, solo se sabía que estaban diezmando la población mundial de una manera alarmante.

Pandemia de COVID-19

Era el día de mi salida. Me levanté más temprano que otros días. Me vestí adecuadamente, preparé el alcohol en gel para desinfectarme constantemente, y el barbijo sobre la boca. Estaba lista para hacer frente al virus que quería destruirnos.

Todos estábamos temerosos del nuevo virus, solo faltaba un pequeño descuido para contagiarnos o contagiar a otros sin distinción.

Rápidamente me dirigí al mercado, intentado no acercarme, ni conversar con nadie por la calle. En el momento de entrar al mercado, por la única puerta habilitada, oí una vocecita conocida:

—¡Señora Sonia, buenos días!

Ahí estaba María, parada junto a un carrito de dulces, tomando un helado. A sus 11 años se había atrevido salir de casa y trabajar, había recorrido unos 40 minutos a pie para llegar al centro de la ciudad. No había transporte desde hacía cuatro meses. Creo que era la única niña fuera de casa en este tiempo de pandemia (todo niño y niña estaban dentro de sus hogares, protegidos por sus padres). María no era la única que trabajaba; en la esquina del frente se veía algunos adultos mayores pidiendo monedas, más allá, a media cuadra, sobre la acera estaban algunos inmigrantes venezolanos pidiendo ayuda, y muchos vendedores ambulantes ofrecían sus productos desafiando a la enfermedad. Muchos no tenían opción. Salir y trabajar era la única.

Me acerqué para saludar y vi que tenía unas 15 variedades de productos, entre chicles, chupetes, masticables, chocolates, galletitas, etc.

—Hola, mi niña –le dije sonriendo–, ¿hay venta?

—Casi nada –respondió.

Me despedí e hice mis compras rápidamente. Cuando llegué a casa, luego de desinfectarme según recomendaban en los medios de comunicación, ya más relajada, pensé en María y me sentí culpable de no haber comprado algún producto. Solo pensé: “no me gustan los dulces y tengo que ahorrar”, los últimos meses no había recibido sueldo.

María estaba enfrentando esta pandemia como una oportunidad y yo como como un problema.

Somos egoístas cuando nos centramos solo en nuestras necesidades y problemas. No fui capaz de pensar en la necesidad de María. El egoísmo te hace perder empatía hacia los demás.

Tres meses después, otro día de salida según el número de carnet. Era un día lluvioso, en el momento que cesó la intensidad de la lluvia, me dirigí apresuradamente hacia el

banco para pagar servicios, pasaba por la plaza central de la ciudad, cuando oí la misma vocecita de hace meses.

—¡Señora Sonia!

Cuando volteé, vi a María parada bajo un árbol, levemente mojada, con una bolsita colgada al cuello a modo de cartera, con el barbijo en la barbilla.

—¡Hola, María!, ¿qué haces? —pregunté, mirándola con extrañeza, mientras me acercaba lentamente, cuidando de guardar la distancia necesaria.

—Vendiendo estos chicles —y rápidamente sacó unos chiles Beldent de la bolsita.

—¿Y a quiénes vendes? —pregunté.

—A las personas que pasan en los autos —dijo ella, señalando algunos autos particulares que empezaban a circular por las calles.

—¿Y hay venta?, ¿cuánto vendes, más o menos, al día? —pregunté con curiosidad.

—Aquí sí hay venta. Vendo más o menos de 50 a 80 bolivianos al día —dijo ella, muy seria.

—Te va bien —comenté.

María sonrió levemente.

—¿Y a qué hora regresas a tu casa? ¿Y a qué hora sales? —pregunté.

—Regreso como a las cuatro de la tarde, a veces a las cinco, depende. Salgo a las seis de la mañana —respondió sin inmutarse.

—¿Y dónde almuerzas? —seguí interrogando.

—En el mercado o en algún otro lugar —respondió con indiferencia.

—¿Y qué haces con el dinero? —pregunté otra vez.

—Estoy haciendo construir mi cuarto. Ya compré ladrillos y cemento para las paredes, ahora estoy haciendo poner el piso —respondió con toda la inocencia de una niña, como si fuera lo más natural de este mundo.

—¡¡¡Qué bueno!!! –exclamé con alegría– y ¿de qué color vas a pintar las paredes?

—Violeta –respondió rápidamente–. Es mi color favorito.

Impactada por la valentía, decisión y trabajo con que enfrentaba María esta crisis sanitaria mundial, me despedí rápidamente (¡upss!, olvidé comprar chicles).

María es una persona que enfrenta su realidad con acciones, hace que las cosas sucedan. Y al parecer estaba logrando avanzar con su sueño.

Los inicios...

¿Cuándo y cómo conocí a María?

Un día llegó la señora Margarita al centro donde trabajo, en busca de ayuda para sus dos niñas, María de nueve años y Lucía de siete años. La señora Margarita tenía cuatro hijas más y una bebita con el actual esposo. En total siete niñas. Una familia numerosa. La señora vendía almuerzos los fines de semana y las hijas mayores (menores en edad aún) se desempeñan como trabajadoras del hogar durante el día con el fin de continuar los estudios en la escuela nocturna.

El problema de María, según indicaba la madre, eran las constantes huidas de casa y de la escuela para ir a trabajar al mercado. No seguía ninguna instrucción o consejo. Salía muy temprano y regresaba muy de noche a casa, algunas veces no llegaba ni para la hora del almuerzo. Las llamadas de atención, los castigos, no habían tenido resultados de cambio. Estaba muy preocupada. Tenía miedo de que le ocurriera algo malo.

Y Lucía tenía problemas de aprendizaje.

María era un huracán, nunca estaba quieta ni tranquila, siempre apurada y corriendo, nunca caminaba, realizaba sus tareas escolares y los quehaceres del centro muy rápido, pero

su trabajo era deficiente. Se enojaba y se molestaba cuando tenía que volver a hacer las hojas de tarea o volver a lavar un plato. Actualmente, la actitud hacia el trabajo escolar ha mejorado, cuida mejor los detalles y es más cuidadosa en los quehaceres del centro.

Lucía estuvo unos meses con nosotros, pero al final desistió.

María trabajaba desde sus seis años, y desde esa edad fue independiente en sus finanzas, y muchas veces cooperaba con algunas monedas para la comida de la familia.

Su trabajo era cargar agua o “changuear” como dicen aquí. Las vendedoras del mercado necesitan agua para lavar sus productos o limpiar sus puestos de venta al final del día. María recibe agua de la pileta común en baldes y la lleva a los puestos y luego lleva al botadero el agua sucia, también trabaja llevando basura. Por ese servicio recibe entre 2 y 5 bolivianos. Y como ella siempre está corriendo, entonces puede prestar servicios a varias vendedoras. Ese era el empleo de María hasta que llegó el coronavirus. Y como los mercados cerraron, María también quedó sin trabajo.



Al principio, pensamos que María no iba a adaptarse a la disciplina y a los límites del centro. Sin embargo, permaneció y aún está con nosotros. Actualmente tiene 11 años. Lo mejor que hemos logrado: hacerla sonreír. No es algo natural en ella, porque siempre está con el ceño fruncido y preocupada.

Las tristezas de la vida roban sonrisas a nuestros niños y niñas.

Después de ocho meses de cuarentena y de haber suspendido la atención a los niños y adolescentes del centro, decidimos ir de visita a los domicilios de nuestros niños llevando el refrigerio. Como era de suponer, no encontramos a María ni a sus hermanitas en la casa. Las pequeñas estaban cuidando las ovejas en el monte. Y María trabajando. Una vecina dijo que veía salir a María cada día muy temprano para vender, porque era una niña esforzada y de coraje.

A fines del año 2020 abrimos el centro, María volvió, y como de costumbre, estaba muy apurada en salir porque tenía que ir a vender o llegaba tarde porque había estado vendiendo. Ella nunca paraba.

Muchos podemos estar en desacuerdo con el trabajo infantil. ¡Qué fácil opinar!

¿Qué hacer cuando las leyes y los derechos de nuestros niños y niñas son solo letras muertas, repetidos cada 12 de abril, y no suplen las necesidades inmediatas que enfrentan día a día ni mejoran la calidad de vida de estas familias?

Sueños logrados

Por no inmutarse ante los problemas familiares y económicos que la aquejan o circunstancias como la pandemia, yo suelo llamarla María de las montañas. La visualizo como la niña que corre por encima de sus propias limitaciones.

La semana anterior nos sentamos en la misma mesa para almorzar. Conversando, pregunté si ya había terminado de construir y pintar su cuarto.



María dijo que sí, y que había comprado una cama, ropero y un televisor más. Pero que no gustaba de los programas televisivos, porque el celular era más interesante por las aplicaciones que poseía y era más divertido.

María fue una de las primeras niñas en tener un celular propio y ser usuaria de WhatsApp en el centro.

—¿Y con quién compartes tu cuarto? —pregunté, porque era muy numerosa su familia.

—Con nadie —dijo ella—, porque yo sola hice construir, mis hermanas sí comparten con mis hermanas pequeñas su cuarto.

La mejor amiga de María sueña con ir a China y ha estado aprendiendo algunas palabras en mandarín. Contagiada por ella, María comenzó a interesarse por China y Corea. Siempre que puede me pregunta cómo son esos países y cuánto es el valor de los pasajes. Y cuando le digo el monto aproximado, solo mueve la cabeza y sonrío.

María sueña con viajar a otras ciudades de Bolivia y a otros países (solo la detiene el saber que tiene que tener un permiso firmado por los padres), y sobre todo quiere conocer Corea, y dice ser admiradora de los grupos musicales coreanos, y ya es miembro del club de fans de estos grupos.

María no ha podido seguir trabajando en el mercado por la pandemia. Eso no fue un obstáculo para ella, se ha reinventado, ha probado nuevos trabajos y formas de generar finanzas para concretar su sueño. Ha continuado y terminado con lo que se ha propuesto: *un cuarto para ella sola*. No es una habitación como a la que estamos acostumbrados, aún tiene sombras de pobreza, pero, para María es su palacio. Su valentía y coraje la empujan a seguir luchando por días mejores.

Los obstáculos ayudan a crecer, madurar y vivir la vida.

La casa de la familia de María está ubicada en la ladera de un cerro de una zona periférica de la ciudad y es la última casa del barrio, sin murallas que protejan las tres habitaciones construidas por la familia. Aún no tiene vecinos colindantes.

Desafíos del futuro

En este momento, María está luchando por concentrarse y vencer el sueño para seguir las clases virtuales. Otro reto de estos tiempos de pandemia.

El estar sentada frente a la pantalla por horas la cansa, se distrae fácilmente ante cualquier movimiento o ruido, y “causa sueño”, como dice ella. Y por supuesto no entiende casi nada la lección y por ende se aburre. La escuela *online* no está dando sus frutos en ella.

Interrogantes que dan vueltas por mi mente:

¿Podrá María hacer frente a este nuevo desafío y salir victoriosa?, ¿cuánto tiempo más resistirá?, ¿será María una niña más que pase de grado, pero con poca instrucción y al final abandone la escuela?, ¿podrá María acceder a estudios superiores?

Y tengo miedo... por ella.

TERCER LUGAR

La esperanza en el camino

Mónica Jiménez Mancilla

En la avenida Costanera que une el puente Bolivia con el puente Río Seco en El Alto, comenzaron a aparecer, poco después de la cuarentena rígida, unas carpitas de distintos colores que se instalaron sobre las aceras que bordean el camino. Por cada color, hay una persona que agita azarosamente un pañuelo o la mano para atraer a los choferes que, afanados, pasan con sus vehículos por el lugar. Son puestos de venta de helados artesanales que en pocos meses han cobrado fama por su exquisitez y que dan un motivo a conductores y transeúntes para hacer una pausa en el camino y disfrutar un poco del paisaje indómito de la ciudad andina.

Bajo un toldo amarillo, doña Lidia Aruquipa, una de las *caseritas*, prepara ágilmente la nieve para sus clientes, y al recordar su historia sonrío y se sorprende de los azares del destino.

“En mi vida he pensado que yo un día iba a vender helados, pero la necesidad por la pandemia nos ha hecho cambiar nuestro rubro”, dice Lidia, quien en realidad es artesana desde que tiene memoria, y que antes de la pandemia, se dedicaba a confeccionar material escolar, como

tapas de carpeta, cuadernos empastados y otros materiales tan queridos en época de clases.



“En mi casa somos cuatro: mis dos hijos, mi esposo y yo. Cuando llegó la pandemia pensamos que solo iba a durar unas semanas, teníamos algunos ahorros y dijimos: ‘¡por fin vacaciones!’ . Dejamos de trabajar, hicimos comilonas como nunca, y pasó un mes y seguía la cuarentena, luego vino el segundo mes y ya empezamos a amarrarnos un poco los cinturones, pero, al cuarto mes ya no teníamos nada de entrada de dinero, no había trabajo, no había movimiento”, recuerda nostálgica aquella época en que todo cambió de la noche a la mañana.

Subsistiendo a la luz de los celulares

A inicios del 2020, nadie en Bolivia entendía bien lo que significaba la aparición del coronavirus en el mundo. Habíamos salido hacía muy poco de una crisis social que dejó

una profunda herida en el ideario colectivo de la población, muchas instituciones retomaban sus actividades, los niños apenas retornaban a clases y los maestros comenzaban a organizarse con sus estudiantes, pero el diez de marzo de aquel año Bolivia entró en pánico y todo cambió de repente, la pandemia había llegado a nuestro país.

Las escuelas tuvieron que cerrar de nuevo, se interrumpieron las actividades laborales y, ante la declaratoria de un *estado de emergencia* y el mandato de *cuarentena rígida*, miles de familias dedicadas al comercio, artesanía y otros emprendimientos, quedaron confinadas en su casa, sin opciones de trabajo ni dinero.

A Lidia, que fabricaba material escolar, le cancelaron los pedidos por los cuales había trabajado desde 2019 y durante meses, ella y su familia, tuvieron que subsistir únicamente con el dinero que tenían ahorrado.

La pandemia no solo significó la debacle económica para muchos, sino que puso a prueba la fuerza emocional y de espíritu de cada integrante en nuestras familias.

Al recordar esa época, Víctor Uscamayta, esposo de Lidia, difícilmente puede contener la emoción, un torbellino de ideas y sentimientos encontrados vienen a su mente. Describe aquellos días con intensidad, cuando la necesidad hizo que las personas en El Alto se dieran modos para generar movimiento económico, aunque bien sabían que corrían el riesgo de ser arrestadas por infringir la cuarentena.

“Una noche (eran las tres de la madrugada más o menos), me levanté y mi esposa no estaba en la casa. Dije: ‘¿qué ha pasado?’. Estaba muy preocupado sin saber dónde buscarla. Llegó recién en la mañana, cargada de unos bidones y ahí me dijo que se había ido a vender fresco de linaza. Esas fechas aquí en el puente Río Seco era lleno de gente. A las dos de la mañana las personas salían a vender, todos con sus celulares alumbrando en la oscuridad. En el día todos

desaparecían, pero salían en la madrugada, a esa hora de la noche hacían feria y mi esposa había escuchado eso y salió para ofrecer fresco”.

Víctor recuerda haber esperado la llegada de Lidia sentado en una silla, y también la emoción de verla entrar por la puerta al amanecer, contenta y cargada de su aguayo; recuerda también la mescolanza de sentimientos, la tristeza, el enojo y la alegría a la vez, el alivio de verla sana y salva, pero sobre todo recuerda el amor y la admiración que sintió por ella, que pese al crudo frío de las madrugadas alteñas había salido a probar suerte.

Escuchó su relato el resto de la mañana, de cómo Lidia había buscado un lugar para ofrecer “linaza caliente”, de cómo algunas vendedoras la habían echado del lugar y su recorrido por la feria, hasta descubrir que incluso existía una parada de minibuses que secretamente realizaban viajes interprovinciales, donde aprovechó de vender la nutritiva infusión. Él, después de guardar silencio y escuchar, decidió olvidar cualquier molestia y apoyar a su esposa en aquel emprendimiento.

Víctor es protesista dental y no olvida los buenos tiempos antes de la pandemia, cuando su esposa, quien además de artesana es enfermera auxiliar, le ayudaba con su trabajo. Era doloroso darse cuenta de cuánto había cambiado la situación, pero ante la valentía y creatividad de Lidia para generar dinero, solo pudo sonreír y mirar hacia adelante.

Ella, por su parte, estaba decidida. “Yo pensaba en mi esposo, en mis hijos; ¿qué iba a hacer? El dinero se iba acabando cada día. Entonces decidí salir a vender fresco por la necesidad, ya no tenía con que solventar a mi familia y por esa razón salí a vender”, dice; pero en junio, cuando el nuevo negocio comenzaba a rendir frutos, Lidia y su familia enfermaron de COVID-19. Lo que viene después es una historia de amor y sobrevivencia.

El ángel de la solidaridad

En 2020, más de 9.000 personas fallecieron en Bolivia a causa del coronavirus. Cientos murieron por falta de atención hospitalaria y, de acuerdo a un informe de la Universidad Johns Hopkins, nuestro país se colocó entre los diez primeros con mayor tasa de mortalidad en América.

Para muchos fue un tiempo oscuro y confuso, amigos, familiares, seres amados se fueron con la pandemia. Las redes sociales se convirtieron en obituarios, las personas buscaban con desesperación plasma hiperinmune, los hospitales y cementerios colapsaron y había escasez de medicamentos y de oxígeno.

Lidia Aruquipa fue la más afectada de su familia y estuvo conectada a un respirador por varias semanas. Ante el colapso de las salas UTI, Víctor tuvo que improvisar una suerte de terapia intensiva en su domicilio; durante el día cuidaba de ella y por las madrugadas salía en busca de oxígeno y medicinas.

Fue la solidaridad de sus amigos, vecinos y familiares lo que mantuvo en pie su espíritu y su esperanza.

“Lo más bonito, lo que nunca me voy a olvidar, es que cuando nos enfermamos, había gente bien solidaria; era como para llorar, porque llegaban a nuestra casa verduras, comida, hierbas, eucalipto, manzanilla, matico, *kari*, para curar el COVID-19 con medicina natural. Algunos lloraban en la puerta, pero no podían entrar. También mis hermanos me ayudaban: me acuerdo de que cuando me quedé sin dinero, mi hermano me regaló mil bolivianos para el tratamiento, es decir, hemos recibido mucho cariño”, cuenta Víctor.

Pero otra de las anécdotas que la pareja recuerda con alegría fue la aparición repentina de un médico que comenzó a llamarlos desde Santa Cruz y que orientó a Víctor en los cuidados de Lidia durante los días más críticos.

“No sé de donde apareció este doctor que nos llamó. Es bien raro, jamás pensé que iba a existir una persona así, la dedicación de ese médico era muy especial. Pueden tildarme de loco, pero para mí parecía un ángel de Dios. Ahora perdí el contacto, pero le agradezco mil veces”, expresa conmovido Víctor.

Luego de varios meses, por fin Lidia volvió a la vida, comenzó a caminar, se estaba recuperando ya y los peores momentos habían pasado, aunque, gracias a la enfermedad, la economía de su familia quedó “en cero”, como ella misma describe.



Una luz en la carretera

Siempre atenta, Lidia Aruquipa atiende a sus clientes con toda calidez. Es como una luz en la carretera que contagia de alegría a los demás. Las personas que pasan por el lugar la conocen bien y no pierden la oportunidad de tomar uno de sus helados.

Canela, maracuyá, chirimoya, bicervecina, leche y otros, son los sabores que ofrece, y que, combinados en el vaso, asemejan la forma de un colorido *payasito*, que es, de hecho, el nombre con el que muchos conocen sus helados.

El puesto de Lidia queda al final de una larga hilera de toldos, y es que, en el sector, cerca de un centenar de heladerías se han instalado a ambos lados de la avenida Costanera. Algunos se han organizado en sindicatos, para pedir a la alcaldía que les permitan permanecer de manera fija en el lugar, por ser familias de escasos recursos y que no tienen otra opción más que el trabajo informal.



Muchos han pedido préstamos de dinero para poder conseguir las máquinas donde preparan la nieve y continúan con el esfuerzo, ya que la peculiaridad de las carpitas de colores en medio del paisaje amarronado de esta sección de El Alto incluso atrae a turistas y es un buen medio de ingreso para las familias que se han arriesgado por este emprendimiento.

Así, en el último puesto y el más concurrido, Lidia bate afanosamente el hielo en sus máquinas artesanales, su esposo y sus dos hijos Víctor y Yuri, trabajan junto a ella. Sus helados tienen una marca especial.

Luego de la enfermedad y con la economía por los suelos, Lidia y Víctor, al saber que otros vecinos saldrían con el emprendimiento de las heladerías, decidieron reinventarse a sí mismos y asumir el riesgo de un nuevo proyecto de vida.

El primer paso para comenzar fue aprender en YouTube una serie de recetas y empezar a experimentar con sabores y texturas, pero decidieron ir más allá, al saber a través de sus investigaciones que el helado de canela es tradicional de Oruro.

“Decidimos arriesgarnos, comenzamos a investigar, viajamos hasta Oruro para saber cómo se prepara la canela, y un amigo de mi esposo que trabajó antes en *Superel*, nos enseñó cómo debíamos preparar los demás sabores. Conseguimos las máquinas artesanales mediante amigos y conocidos. Ha sido difícil, hasta nos hemos hecho un préstamo porque estábamos en cero, no teníamos nada”, dice Lidia y ríe al recordar que hasta echaron a perder casi un quintal de azúcar y mucha fruta en busca del sabor ideal para sus helados.



Hoy, tanto ella como su esposo se encuentran felices y agradecidos por la prosperidad de su nuevo emprendimiento y sueñan con hacer crecer el negocio.

“Admiro la valentía de mi esposa. Llevamos 22 años casados, somos una pareja feliz y nos apoyamos en los emprendimientos. Ahora queremos innovar los sabores andinos en el helado y también queremos construir una heladería a futuro. Son sueños que tenemos, uno piensa en grande, pero hay que ver si resulta”, dice Víctor entusiasmado.

El proyecto de Lidia y Víctor para la innovación de estos sabores incluye la recuperación de la *thayacha*, un helado tradicional que solían hacer los aymaras desde tiempos inmemoriales aprovechando los meses fríos y cuya preparación consiste en solear el *isaño* (una variedad de oca) para que adquiera dulzura y luego de hervirlo, exponerlo a las gélidas temperaturas de la noche andina. La intención es combinar los métodos aprendidos en este tiempo con las formas ancestrales.

También contemplan crear el helado de cañahua, de quinua y de camote.

Pero lo mejor de este emprendimiento es que le ha permitido a la familia de Lidia trabajar unida. Si bien, antes de la pandemia, cada integrante hacía las cosas “por su lado”, hoy comparten la experiencia de combatir juntos la crisis que aqueja al mundo, tienen la oportunidad de conocerse mejor y aprender uno del otro.

“Hacer este emprendimiento es algo muy bonito, nos une a la familia, porque trabajamos con mis hijos, intervenimos los cuatro y nos ayudamos, es un trabajo muy lindo”, refiere con alegría Víctor, y es que hay circunstancias en cada historia que nos permiten adquirir nuevas perspectivas de vida.

Pueblo combativo: sobrellevando la crisis

Si uno levanta la mirada, más allá, en los alrededores de Río Seco, puede encontrar a muchas otras personas tratando de sobrellevar la crisis. Allí se instalaron a trabajar hombres y mujeres en el lavado de camiones y buses grandes a los que llaman *Pachajchus*. Ellos retomaron su trabajo pese a la pandemia y sin mayores opciones. Y es que la llegada del virus tuvo consecuencias terribles en su economía. Ahora, tras retomar su modo de subsistencia, tratan de salir a flote.



Otros venden barbijos. Jhon Villca es un adolescente que ayuda a su mamá. Su padrastro murió por COVID-19 hace un año y desde entonces él contribuye con la manutención del hogar. Cuenta que durante la cuarentena pudo conseguir tela y empezó a coser barbijos, los cuales, en un inicio se vendieron muy bien. Sin embargo, ante las preferencias de los clientes, tuvo que limitarse a vender mascarillas quirúrgicas.

“Ahora la venta de barbijos ya no sale tanto”, afirma, y agrega que es probable que el comercio de este insumo se reduzca aún más a medida que retorne la normalidad. “Ya pensaremos en un nuevo negocio; así nomás es”, dice y sonrío.



Por otro lado, los que han tenido más suerte y una perspectiva visionaria de la nueva realidad, han construido saunas en diferentes lugares de la ciudad de El Alto. Incluso se pueden encontrar en viviendas privadas, en lugares alejados y poco comerciales, donde la gente acude para librarse del estrés de la cotidianidad y sobre todo para limpiar sus pulmones y seguir dando batalla a la pandemia, sin perder la esperanza de que tiempos mejores vendrán.



Este es el pueblo combativo que sabe reinventarse una y otra vez. Incluso en los momentos más fríos y oscuros, es el pueblo que lucha mirando de frente al porvenir, que no pierde las esperanzas en un mañana mejor y que sabe sonreír y agradecer incluso por las dificultades que suele poner el destino, porque cada una es una lección y un aprendizaje.

“Yo estoy agradecida con Dios por la vida y por el cariño de todas las personas que nos han ayudado”, dice Lidia Aruquipa y una lágrima de alegría asoma por sus ojos. Hoy sabe que su mayor tesoro en el mundo son su familia, sus amistades y su salud, “con eso tengo todo”, agrega fortalecida y continúa preparando con entusiasmo sus “payasitos” helados, mientras cosecha los frutos de la esperanza que ella avivó en su camino.

Menciones especiales

Pueblos que viajan

Ana María Calle

Es marzo de 2020. En la radio acaban de decir que ha empezado una cuarentena rígida. Nunca hemos escuchado eso, no sabemos qué significa. Tal vez por eso han suspendido los viajes interdepartamentales. Nosotros somos un pueblo que viaja siempre.

El día anterior, mi hermanito y yo hemos viajado a Potosí, al municipio de Uyuni, queriendo trabajar en la cosecha de quinua para juntar platita para nuestros estudios. Aprovechamos que mis clases no estaban queriendo empezar todavía y las de mi hermanito se suspendieron, primero por dos semanas, por la situación de cuarentena. Estábamos esperando a ver cómo se organizaban los profesores para que las escuelas sigan sirviendo, pero no nos decían nada. Al principio estábamos tranquilos porque no teníamos que caminar desde tan temprano para ir al colegio; estábamos nomás en la casa. Pero ya luego la platita comenzó a faltar y en mi casa, si no estás estudiando, tienes que trabajar.

Cuando hemos llegado a Uyuni no conocíamos a nadie y nadie tampoco nos conocía. Era la primera vez que nos animamos a ir a ese lado queriendo trabajar en la cosecha

de quinua para juntar platita para nuestros estudios. Una semana hemos estado buscando trabajo y no hemos encontrado nada y como sin nada también nos fuimos, estábamos preocupados. Las gentes agricultoras de quinua solo llevaban a las gentes que conocían y habíamos muchas otras gentes que queríamos trabajar en la cosecha, pero la cosecha parece que no alcanzaba para todas las manos que había. Los que no hemos sido elegidos, nos hemos quedado con las manos vacías, algunas manos más vacías que otras. Otras manos que, aunque sea, tenían algo para pagar dónde dormir, pero como nosotros ya llegamos sin nada, nos tocó dormir en la calle. Así nos dimos cuenta del frío y quizás ese abrazo que teníamos que darnos para dormir fue la única bienvenida que nos dio Uyuni. En nuestro pueblo pareciera que el aire fuera más caliente. Durante esa semana en incertidumbre, también conocimos el hambre, no hay mucho que comer cuando las manos y las calles están casi completamente vacías. No había ni un alma caminando, parecía que todos miraban hacia sus propias casas, la calle con nosotros dejó de existir.

Clarito era cuando de alguien se había caído una galleta en el piso, desde lejos se veía rápido aparecer a los perros callejeros, hambrientos igual que nosotros, a pelearse por el pedazo de galleta en el basural. Casi igual, cada cuanto venía un agricultor de quinua y nosotros, como los perros callejeros nos quitoneábamos el trabajo.

Una mañana, un señor que habíamos visto varias veces y que él nos había mirado varias veces también, se nos acercó y nos preguntó diciendo: “¿no quieren trabajar?”. Y nosotros nos emocionamos mucho, era la mejor noticia, era lo que habíamos venido a escuchar, de no sé dónde nuestras manos se pusieron fuertes y aceptamos, como si nunca hubiéramos tenido hambre, ni frío. Ya estaba levantándome para ir con mi hermanito, pero el señor me detuvo y me dijo que solo necesitaba hombres para fumigar quinua (¡me sentí

impotente! Yo también puedo fumigar la quinua, “por qué puro hombres estarán agarrando”, decía hacia adentro, pero no le pude decir nada), lo miré a mi hermanito “andá vos nomás”, lo mandé solo. Se fue un poco con miedo, y yo sigue me quedé sin trabajo y sin mi hermanito. Me sentí sola todo el día, esperaba que aparezca algo, pero también pensaba qué pasaría si me contrataran y me tuviera que ir de ese lugar, capaz mi hermanito volvería y no me encontraría. “Cómo le voy a decir dónde estoy”, pensaba. Igual me asusté pensando que por ahí él se tendría que quedar a dormir en ese lugar y que a mí me tocaría dormir solita en la calle. Comenzó a oscurecer, sentí más miedo que frío.

A las siete y cuarto de la tarde, más o menos, llegó mi hermanito. Hasta ese momento no me había sentido más feliz en toda la semana. Ilusionados, lo primero que hicimos fue dividir el jornal que le dieron, una parte para comer algo y la otra para llevar plata a nuestra casa. Pero no nos alcanzó la ilusión, porque luego gastamos nomás cada centavo antes de poder regresar.

Al día siguiente, como si estuviéramos viendo a nuestros padres y hermanos mismos, hemos despertado alegres al reconocer a algunas personas en ese pueblo vacío; nos hemos encontrado con unos de nuestros paisanos y nos hemos juntado con ellos como en el pueblo, estábamos felices. De alguna manera ya no nos sentíamos solos.

Más tarde, y como día de buena suerte, un señor llegó y nos llevó a 15 personas que estábamos ahí a su campo. Y recién, al fin, desde ese día hemos empezado a trabajar en la cosecha de quinua que tanto habíamos buscado. Dos semanas hemos trabajado ahí, nuestras manos estaban cansadas pero felices, ya no estaban acariciando el cemento frío de la acera, ahora se mezclaban con las quinuas, tocaban la tierra y producían, trabajábamos juntos, como en nuestro pueblo. Tanto nos habremos alegrado, que uno de esos días por estar

llegando la Semana Santa, nos hemos comprado un corderito entre todos los paisanos para compartir. Creo que no hubo una comida más rica ni más agradecida hasta ese día y hasta parecía que toditos nos habíamos olvidado de todas nuestras tristezas.

Cuando terminó el trabajo, parecía que otra vez volvíamos a las calles de Uyuni. Pero como nos pagaron, con eso sabíamos que podíamos estar en mejores condiciones y eso nos hacía sentir que ese pedazo de felicidad ya era de verdad nuestro. Antes de irnos vimos al dueño charlando con otro señor con cara de preocupado. Luego nos avisaron que la cuarentena rígida se puso más dura y había más controles militares, así que no podíamos irnos de día, teníamos que volver de noche, no había otra opción.

A las tres y media de la mañana el agricultor nos dejó en la orilla del pueblito de Uyuni, de ahí hemos entrado caminado con el cielo todavía de noche. Como sombras, de calladitos, hemos llegado donde siempre venían a buscar trabajadores, ahora estaba completamente vacío. Hemos esperado a que amanezca y parecía que el pueblo nunca despertaba. Todo estaba vacío. Nos hemos quedado sin trabajo por una semana y, poco a poco, nuestros paisanos iban decidiendo salir a pie a sus lugares, algunos con sus hijos, algunos hasta solitos salieron a pie de noche. Nadie tenía que caminar, “todos quédense en casa”, decían, pero de nosotros nuestra casa estaba lejos. Algunos han sido detenidos en medio camino y dice que les hicieron hacer una cuarentena. A nosotros, seguramente viéndonos niños, una señora nos alojó en su cuartito para que durmamos ahí y hasta ahora le agradecemos, aunque ella ya no sepa de nosotros.

Desde su cuarto de doña Mirian cada mañana íbamos a las orillas del pueblo para buscar algo, alguien que necesite cosechar. Aunque haya cuarentena “la quinua qué va a saber de cuarentena”, pensaba. “Se crece nomás y algún rato hay

que cosechar”, pensaba, salíamos a buscar. Pero nada, parecía que hasta la quinua se quería quedar en su casa.

Una mañana a las cuatro y media, más o menos, de la nada como espejismo o aparición, llegó un señor, estaba buscando gente para la cosecha. Nos llevó a su campo. Una semana hemos trabajado, aunque ya no tan felices como la primera vez, no sabíamos qué iba a pasar cuando acabe ese trabajo, dónde íbamos a ir. Al final de la semana nos tuvo que sacar de su campo otra vez a las dos y cuarto de la mañana, con el cielo todavía de noche, en su auto nos trajo. “Hasta medio camino nomás”, nos dijo. Ya no se arriesgó a llevarnos hasta la orilla del pueblo porque podían detenerlo. De ahí teníamos que ir caminando hasta Uyuni. Habíamos estado lejos. Ha sido la primera de largas caminatas que todavía nos iban a tocar.

Al mediodía recién llegamos; estábamos sin comer, sin desayunar. Nos cansamos. No del trabajo, sino de esa situación. Queríamos estar en nuestra casa, en nuestra casa de verdad. No hemos aguantado más. Decidimos volver caminando a Sucre.

Preguntando, preguntando a algunas personas para saber por dónde comenzar a caminar. Antes de respondernos, nos miraban preocupados, “que era lejos para caminar”, nos decían, nos hacían acobardar. “ustedes chiquitos son, no van a aguantar”, nos decían. Así que nos hemos quedado de nuevo en Uyuni.

Por los días el pueblo estaba mudo. Por las noches en cambio estaba llenito de murmullos. Toda la gente de Uyuni estaba caminando de noche, algunos a pie, algunos en autos. La gente sufrió. Mucho más los que son del campo, o mejor dicho los que éramos de otros lugares y hemos ido solo en busca de trabajo, y nos encontramos con un castigo. Tal vez la gente no sabe que habemos pueblos que estamos siempre de viaje. Que nuestro lugar está siempre esperándonos para cuando volvamos, pero nosotros siempre estamos de viaje,

nuestras manos viajan a la cosecha de quinua, a la cosecha de la caña de azúcar, vamos donde nos lleva el trabajo, no hemos podido quedarnos en casa, como lo hacían otros.

Después de tiempo, las autoridades decidieron dejarnos viajar, regresar a nuestros pueblos. Para eso contrataron flotas y nos animaron a irnos rápido, pero los choferes cobraron el triple de lo que costaba el pasaje antes de la cuarentena y para nosotros que teníamos todas las ganas de irnos, la intención no alcanzaba. Las autoridades del gobierno municipal nos dijeron que teníamos que sacar papeles para viajar a nuestros lugares y llegando allá hacer la cuarentena. Mucha gente, por desesperación, empezó sacar esa papeleta para volver a sus lugares, no solo hacia Sucre sino a otros departamentos igual, habíamos hartos viajeros de todas partes del país en el pueblo de Uyuni.

Apenas juntamos nuestras últimas platas, nos prestamos incluso, hicimos la fila para sacar los papeles y al día siguiente, fuimos a las puertas de la alcaldía a esperar la flota, pero nunca llegó. Mucha gente nos hemos quedado sin comer todo el día y los policías y militares nos decían que no podíamos caminar en las calles –“que vayamos a nuestras casas”, nos decían–. De la puerta de la alcaldía, algunos que podían se fueron a las casas de sus conocidos; algunos, para evitar pleitos con los militares, se fueron a dormir en las orillas del pueblo, sin hacerse ver, sin molestar a nadie. Yo y mi hermanito nos hemos quedado otra vez en la casa de doña Mirian, que nos recibió con mucho cariño.

Al día siguiente en la madrugada hemos ido de nuevo a las puertas de la alcaldía, pero nada, no salían las flotas. Todo el día las esperamos. Algunos esperaron tomando sodita con pan, a otros para Yupi con pan nomás les alcanzaba y algunos ni siquiera comieron. Los que no tenían plata dijeron que solo tenían para sus pasajes y ya habían invertido eso en las flotas que no llegaban nunca.

Estábamos sufriendo mucho, de hambre y de rabia. Ya no queríamos estar allá. Varios grupos empezaron protestar en las puertas de la alcaldía y recién en la tarde empezaron a salir las flotas con destino a diferentes departamentos, las flotas no salieron hasta el día siguiente, pero aguantamos un poquito más el hambre, porque la esperanza de esa flota nos hacía sentir un poquito más cerca de nuestra casa.

Pero las flotas solo llegaban a las ciudades capitales. Cuando llegamos a Sucre, estábamos otra vez en un pueblo mudo. No encontrábamos cómo irnos. La gente ya no quiso esperar más, ni rogar otra vez a ninguna autoridad, así que mucha gente decidió irse a pie a sus campos. Por eso mi hermanito y yo nos hemos mirado y sin decir nada hemos decidido. Hemos salido a pie.

Los que estábamos yendo a mi lugar éramos cinco personas. Dos días y una noche enterita hemos caminado. Nadie tenía nada para comer, ni un alma en el camino. Ya no había fuerzas para caminar.

Apenas hemos visto desde el camino nuestro lugar, más rápido queríamos ir, pero parecía que nuestros pies ya no nos oían, nuestro corazón ya había llegado, ya había sacado agua del pozo, ya había servido el agua en dos vasos y ya la estaba bebiendo, ya estábamos raspando el último pedazo de comida de nuestro plato, ya estábamos abrazando a nuestros papás, pero nuestros pies seguían caminando en el asfalto.

No llegamos ni a hacer la cuarentena, hemos ido directo a nuestras casas y hemos llegado todos apenas, de hambre.

Nuestra casa nos esperaba con la comida que sacábamos de nuestra propia tierra, y aunque aprendimos lo que era el hambre, sabíamos que ahí ya no iba a dolernos el estómago por eso. No nos faltaba nada, cada mañana salíamos junto con nuestros papás, salíamos a trabajar en cosecha, otros a pastear los animales, y en la tarde de nuevo todos juntos comíamos lo que teníamos, pero no nos faltaba. A veces,

mientras pasteábamos a los animales, veíamos con mi hermanito gente caminando en la carretera. “¿Desde dónde estarán viniendo, y hasta dónde tendrán que llegar?”, diciendo nos mirábamos “ojalá ya estén cerca” nomás les deseábamos con todo el corazón.

* * *

Ahora les contaré en breve de la historia de tiempos de pandemia en idioma quechua¹:

Kay unquy COVID-19 ñisqaqa manchay llakiy kawsayta apamuwanchij tukuy runaman kay jallp'a patapi kawsakujkunaman, intirun suyusman, kunan willarisqaykichij potosí municipio Uyuni llantapi kawsaymanta maymanchus askha runakuna riyku llanq'arikuj kinua ruthuyman, chay llajtapiqa manchay llakiyta kawsakurqanku askha runakuna, mana karqachu llank'akunapaj quinua tarpuj runakunaqa rijsisqanku runasllata pusaj kanku llank'achij, askha runas ñak'arirqanku Uyuni kallispi llajta kantusninpi puñukurqanku chirita awantaspá yakhaymanta ñak'arispá kauwsakurqanku, wakiy runakuna manaña kakuyta munarqankuchu chay llajtapi chaynijta chakipi japuyta llajtasninkuman khallarirqanku wakiy wawitasniyuy ima yanta jampushaspá jap'ichikurqanku kuarintinasta ruwahirqanku ñin chay wajcha runasta, wakiy khipakujkuna runa masis ñak'arishallarqankupuni wakin llank'akuj kanku wakintaj mana, jillapi kuraj kamachijkuna ñirqanqu kutipuchunku llajtasninkuman nispa flotayujkunata mink'arqanqu llajtasnismán apapunanjá runakunata, llajtasninkuman kutipunankupaj runakuna papila urqunanku- karqa y chaymanri askha runakuna chinpaykurqanqu.

1 Este texto en quechua se reproduce tal como fue entregado al concurso (Nota de edición).

Q'ayantintaj alcaldía punkuman askha runakuna chinpa-ykurqanku llajtasñinkuman kutipunankupaj, chay p'unchay mana llujsimunchu flotakuna uyuni llajtamanta chaynijta mana mikhusqa tukuy p'unchaw kakurqanku askha runakuna alcaldía punkumanta policias militares kajkunaqa wijch'umarqayku ripuychij wasisniykichijman ñispa, wakin runakuna ripurqanku rijsisqankuj wasisninkuman wakintaj llajta kantusman manchay llakiyta, q'ayantin p'unchaytaj watijmanta kutiriqanku alcaldía punkuman kutipuyta munaspa llajtasninkuman, chay p'unchaytaj manapuni flutaqa llujsimunchu, kusqan punchaytataj askha runas t'antata yupitawan mikhuspa kakurqanku, wakinqa ni imata mikhuspa kakurqanku manaña qullqi kapurkhañachu pasajita payañallaykupajña kawin nirqanku, chaynijta manchayta ñak'arisharqanku wawanisninkupis waqarakurqanku llakiyta mikhunamanta, nipuni llujsimurqachu flutakunaqa chaynijta runakuna raywakurqankuña mana kuraj kamahijkuna saqejtinku llujsimujta flotakunata, chaynijta alcaldía punkuspi khaparqacharqanku ripuyta munayku llajtasniykuman ñispa, manachayqa saqewayku chakipi ripujta amaña jinataqa jark'awaykuchu ñirqanku manachu rikujankichij kayjinata runamasisnischij ñak'arishanku ñirqanku, chaymantataj wakillan llujsimurqanku Uyuni llajtamanta llajtasniykuman tukuy chhiqankunaman kinsa ura kuskanniuj chayta, Sucre llajtaman chayamuyku, k'ayantinqa manaña kuraj kama-chijkuna municipiosmanta yanapayta munawarqaykuchu, paykunaqa unquyta apasqaykuta piensarqanku, chaynijta chakipiti ripuyqayku campusniykuman iskay p'unchayta huk tutatawan puriyku mana mikhusqa llakiyllataña wasisniykumanqa chayayku chakisniykupis punkiraykuwarqayku mana puriytapis atirqaykuñachu, chaynijta mana kuarintina ruwajpis rirqaykuñachu Poroma llajtaman, wasisnillaykupaña khepakurqayku, aylluyku kunaqa maychay kusiywan jap'iqawarqayku, ñuqa hermanituywanpis manchay kuisisqa

sientikurqayku, watijmanta aylluikuwan kuska kasqayku-
manta, chaymantaqa sapa p'unchay rij kayku cosichaman
uywakunaman alluykuwan kuska kampu kawsayqa k'achito
kajarqa, kayllapi tukuni kay llakiy kawsaymanta willariyta.
yachanchikjina kay Bolivia suyunchijpiqa huk llakiyta kawsa-
kunchij, ñak'arispakanchij. Kawsay patipi. Yachakuypartipi
jiñallataj qullqi partipipis, tukuy runas manchasqallaña,
phutisqallaña kawsakunchis kay unquymanta, manaña unay
jinachu kawsayqa kunantiempopiqa, tukuy kuidakuna kachun
simi tapanastapis churakunapuni, maskisninchijtapis may-
llakunapuni jabunwan o si no mana qullqi kajtin usphawan
mayllakuna y ahsqa yakuwan, maynijpichus ashqa runas
qhutuchasqa kashanku chaymanpis mana chinpaykunallachu
kashan, ajillapi atipasun kay unquytaqa.

El retorno¹

Laura Derpic Burgos

Qué peligroso es volver a los lugares donde se fue feliz. Mucho cuidado, volver es un viaje al pasado. Puede descolocarte por completo la cabeza, y peor aún el corazón. Volver es un acto espiritista, evocarás inevitablemente a todas las personas que conociste y ya no están más. La sentencia del paso del tiempo se hará presente cuando pases por tu vieja escuela y veas que, en su lugar, ahora hay una plaza. Nada peor que reconocerte en el reflejo de los ojos de tus familiares que se quedaron en tu pueblo natal, y volver a respirar esos aires que también fueron tuyos. Y que, de pronto, aparezca esa posibilidad que te habías negado tantas veces estando lejos: ¿qué hubiera pasado si no me hubiese ido?

El cielo nunca estuvo tan celeste como ahora, pensaba esa mañana, cuando recibía los primeros rayos del sol en mi comunidad. Me sentía un completo extraterrestre dentro de ese traje de bioseguridad, además del doble barbijo, la

1 Los nombres de los personajes de esta crónica se modificaron para preservar la identidad de las personas que vivieron esta situación.

maskarilla y los guantes de látex. También me sentía extraño porque había podido volver a ese lugar que también era mío.

La vida se ha vuelto muy extraña. Es un menjunje de alcoholes en gel, sanitizadores de manos, lavandinas y antibacteriales que flotan en el aire y se deslizan sobre nuestras ropas. Nuestras pieles se secan a consecuencia del constante chisgueteo de estos líquidos y también por la falta de caricias; tanto o más que nuestros cuerpos que ya no abrazan, sino que se deslizan escurridizos entre las personas que caminan por las calles. Nuestros labios ya no besan ni sonríen, o si lo hacen, no sabemos, porque todo eso ocurre detrás de los barbijos.

La salida del sol confirma la sensación de tranquilidad que se presagiaba unas horas antes. Siento que algo profundo se ha modificado en mí y no puedo resistirme, en toda mi *extraterrestrialidad*, a ser parte de la ronda de *sikus* y tambores que giran cerca de mí, recordándome con cada vuelta, lo feliz que fui cuando crecí aquí.

La noche anterior fue muy frenética. Hace unos días, me enteré de que una tía mía, Norma, junto a su hija, Abigail, enfermaron de COVID-19. Cuando las encontré, era claro que llevaban varios días sin saber que habían contraído la enfermedad. Quién sabe, si por la desinformación o la soledad, no tomaron las medidas necesarias y el cuadro de ambas era muy complicado.

Desde que mi tía dejó la comunidad en 2015 y se vino a vivir a La Paz, las cosas no habían sido fáciles. El hombre del que se enamoró le había hecho una serie de promesas para que vivieran juntos en la gran ciudad. Ella, ilusionada, un buen día agarró sus cosas, a su hija, y se fue a vivir con él. Sabía que su hermano, mi tío Germán, con quien no volvió a hablar, no iba a estar de acuerdo y antes que pudiera hacerle cualquier comentario, se fue sin decir que no volvería. Qué más daba, si hacía tanto tiempo que no se sentía tan feliz al lado de alguien. Esta era su oportunidad.

Pero, cuando llegaron a La Paz, el hombre no pudo disimular su molestia. No esperaba que mi tía realmente se fuera a vivir con él y menos con mi prima, que además es sordomuda. Reaccionó muy mal, diciendo que no iba a hacerse cargo de dos bocas más. Menos con esa condición de Abigail. Las echó de su casa y las dejó a su suerte, en una ciudad que no conocían, cuya modernidad y velocidad hacían indescifrables los códigos para poder arreglárselas.

Fue entonces cuando mi tía retomó contacto con mi madre. Habiendo crecido juntas en la comunidad, tenía la confianza suficiente para contarle lo sucedido. Mi madre se encargó de ayudarlas a buscar un cuartito en El Alto, donde vivirían los próximos años.

Cuando decides irte de tu comunidad y llegas a un entorno tan diferente como el de la ciudad, no hay trabajo malo, ni oportunidad que no quieras aprovechar. Lo importante es salir adelante y ellas se las ingeniaban para trabajar de lo que fuera, aunque su deseo más grande era volver a su comunidad. Algo que no ocurriría bajo ningún concepto, porque confirmarían los malos presagios de mi tío Germán.

En los últimos años, mi tía y mi prima trabajaban haciendo limpieza en diferentes casas, pero con la imposición de las restricciones para evitar la propagación del virus, de pronto ya no las llamaron más. No les quedó otra que inventarse un puestito de venta, en la 16 de Julio, que funcionaba algunas veces y otras no tanto, pero les servía para cubrir los gastos más urgentes. Afortunadamente, cuando terminaron las cuarentenas, pudieron volver a trabajar en una de esas casas, en Achumani. Harían limpieza, tres veces por semana.

Aunque la casa quedaba lejos, ir desde Ciudad Satélite hasta la Zona Sur, siempre era una aventura. Más aún, cuando podían tomarse el teleférico, además de un par de minibuses, y sobrevolar por las diferentes casas y barrios que, de alguna manera, reflejan la idiosincrasia de sus habitantes. Este

era un trabajo estable y les daba cierta tranquilidad junto al puestito de venta que decidieron mantener, por si acaso. En este contexto, habían aprendido que, en cualquier momento, las cosas podían volver a ponerse mal.

Esa semana, mi tía había ido a trabajar a esa casa un par de veces. La dueña solía esperarla en la puerta. Era una mujer joven, madre de dos hijos adolescentes que solían estar en la casa, y un marido con el que se había cruzado un par de veces. Ellos eran amables, pero, desde que volvió a trabajar en las condiciones de pandemia, no hablaban de otra cosa que no sea los contagios. Sentía cierto recelo por su parte. Los notaba hasta más distantes y desconfiados. Las recomendaciones por los cuidados que había que tener eran constantes, y eso le generaba mucha incomodidad. No quería ser ella quien lleve el virus a esa casa y los contagie. Sin contar que trabajar tantas horas con el barbijo puesto le daba mucha angustia.

Esa noche, cuando volvió a su casa, se sintió especialmente cansada. No sabía bien si por el trabajo o por qué, pero estaba mareada. Después de comer sin muchas ganas, se recostó en la cama que compartía con su hija y se quedó profundamente dormida. Al día siguiente, despertó con dolor en el cuerpo. El mareo no se había ido, sino que se había intensificado, y se sumó un fuerte dolor de cabeza.

Acompañó a Abigail a vender a su puestito, pero no se sentía bien. Por la noche tuvo escalofríos y fiebre. Se recostó y durmió profundamente. Le empezó a faltar el aire, pero pensó que era un resfrío. Mi prima quemó una naranja con cáscara en el fuego, como también hacía mi abuela, para después hacer una infusión con ese fruto caliente, manzanilla y limón. Más tarde, los dolores se intensificaron.

A la mañana siguiente, recibió una llamada de la señora de Achumani. Su marido dio positivo. Había contraído el virus y esta semana no iba a ser necesario que vaya a trabajar.

Sin darle más explicaciones, cortó la llamada. Horas después, Abigail también empezó a sentir los mismos síntomas. Ambas se quedaron en esa misma cama a descansar.

No sé por qué, mi madre anteayer se despertó contándonos de su niñez. Había tenido un sueño algo confuso, pero nos dijo que las sensaciones eran tan reales que hasta sintió el aire fresco del pueblo, pudo ver ese cielo celeste que tanto extraña y sintió la tierra en los pies mientras caminaba. Llamó a mi tía para contarle. Del otro lado no se entendía lo que decía. Se escuchaban balbuceos y una voz ronca que se esforzaba por decir palabras que se cortaban por la agitada respiración. Temía lo peor y nos convocó a mi hermano y a mí para ver si alguno de nosotros podía visitarlas.

Me ofrecí yo. Hace un tiempo me sumé a la red de apoyo de mi barrio, donde ayudamos a los vecinos que se contagiaron de COVID-19 con medicamentos, información para el tratamiento y la colaboración de médicas voluntarias que hacen consultas gratuitas.

Cuando llegué a la casa de mi tía, me sorprendí mucho cuando las vi. No sabía que vivían apenas con lo necesario para subsistir. Las encontré mal y con fiebre. Abigail presentaba más deterioro. Mi tía estaba muy agitada y tenía tos.

De inmediato me comuniqué con una de las doctoras de la red de apoyo, que me confirmó que el cuadro que le contaba era complicado. Era urgente conseguir espacio en la unidad de terapia intensiva (UTI) más cercana.

Empezamos una búsqueda a contrarreloj. Llamadas, mensajes, pedidos por redes sociales. “Se requiere UTI urgente en La Paz”, escribí en varios grupos de amigos y vecinos. Con este, eran cuatro los casos que, en los últimos días, requerían urgente de una UTI en mi barrio. El sistema de salud estaba colapsado. Los casos de la tercera ola habían empezado a subir. No había ni una sola cama de terapia intensiva en ningún hospital de La Paz o El Alto.

A través de la red de apoyo, conseguí ponerlas en una especie de lista de espera en un hospital en El Alto, pero que estaba sujeto a confirmación, una vez que podamos entregar en garantía, una alta suma de dinero, que francamente salía de las posibilidades que tenían ellas y también mi familia. El sentimiento de impotencia es grande. Por primera vez en mi vida, la salud de dos seres queridos está comprometida por un virus que nadie entiende y limitada por un sistema de salud casi inexistente. Es triste confirmar que el acceso a una UTI, ya sea en un hospital público o privado, está condicionado al poder adquisitivo.

El tiempo sigue avanzando y la salud de ambas se ve cada vez más comprometida. La opción de “no hay mucho más que hacer” se va consolidando como la única posible. Mi tía casi no puede hablar, pero, entre agitación y agitación, repite el nombre de la comunidad. Está claro que quiere volver para descansar en paz. Ahí es cuando lo entiendo y empiezo a buscar algún servicio de transporte que nos pueda llevar esa misma noche.

Con mi hermano y los amigos de la red de apoyo, hacemos una colecta. El servicio de transporte es muy caro, por el riesgo que el chofer teme sufrir al estar expuesto al virus de manera tan cercana. En todo caso, el costo del viaje es más accesible que el pago de la UTI.

Una vez que llegamos al monto, guardo en el auto las cosas de mi tía y prima en dos cajitas y un par de bolsas de mercado. Con mi hermano, las subimos a ellas también. Verifico que llevo los inhaladores para el asma que me dio la doctora, por si en el camino los llegamos a necesitar. Me hubiese gustado conseguir un botellón de oxígeno, pero con esta opción vamos a estar bien hasta llegar.

Esa noche, la carretera está completamente vacía. Voy de copiloto. Mi tía y mi prima, separadas por un plástico, van en la parte de atrás. Siento mucha frustración. Cómo es posible

que siendo familia no hayamos podido saber antes que nos necesitaban. Además, se supone que yo, siendo voluntario de la red de apoyo del barrio, podía prevenir este tipo de casos. Pensando en eso, me doy vuelta y miro sus rostros. Están extrañamente iluminados, como si mostraran cierta tranquilidad. También entiendo que esa paz tiene que ver con volver finalmente a la comunidad.

Cuando llegamos, veo a un grupo de personas reunidas en lo que sería la casa de mi tía. Me acuerdo de que algunas veces jugábamos ahí con mi hermano. Nos recibe mi tío Germán. Tiene los gestos tiesos, aunque está igual a como lo recordaba. Me ayuda a bajarlas del auto y las llevamos a dos lechos que ya tenía preparados en la casa. La distancia social y las nuevas reglas de contacto físico evitan que nos acerquemos mucho, pero cómo me hubiese gustado darle un abrazo fuerte. Una vez acomodadas, me quedo afuera como un espectador más entre las personas que se acercan para acompañarnos. Pasaremos la noche afuera, mascando coca, tomando alcohol y rezando para el descanso final de ellas dos.

Es extraño, pero me da la sensación de que los comunarios estuvieron esperando este momento. No se siente el miedo ni el agobio por el que tuvimos que atravesar los últimos días en la ciudad. Solo se escucha el murmullo de los rezos que me generan calma, en medio de alguno que otro ladrido que se escucha por ahí.

Desde adentro de la casa, se escuchan voces y tal vez algunas risas. Entro a ver qué pasa y encuentro a mi tío German, tratando de conversar con mi tía. Se hablan como dos hermanos pequeños. Llego a escuchar que le dice que se alegra que hayan podido volver.

Esa madrugada, los comunarios no pararon de hacer rondas, tocando *sikus* y tambores para comunicarse con los dioses, y pedirles que acompañen a mi tía y a mi prima en su último adiós. Lo hacen con mucha tranquilidad. Ellos saben

que la muerte es un paso más, en esa dualidad que arman la vida y la muerte, siendo parte de ese todo indisoluble, que es la base de nuestra cosmovisión.

La tranquilidad en el aire reafirma que nuestra existencia es una celebración. La fuerza colectiva que produce la unión con estas personas es muy potente y emocionante. Entonces soy consciente de que hay tanto por aprender, mientras miro al cielo y pienso que quizás el cielo nunca estuvo tan celeste como ahora.

Las traficantes de alimentos

Martha Mamani Velazco

*Durante la cuarentena del año pasado, dos mujeres insomnes,
cual reinas magas y clandestinas, “traficaron” alimentos,
no solo para salvar su economía familiar,
sino para alimentar a las urbes.*

Abrió los ojos súbitamente. Finalmente, Felipa M. había ideado una mejor manera de aligerar la pena de sus papás octogenarios. Era un plan clandestino, casi secreto, que no le convenía propalar porque la perjudicaría, la delataría, pero sobre todo quería cerciorarse de que no era una locura.

Su ingenioso plan pronto daría frutos. Cada mes, a plena noche, después de atravesar la hoyada paceña, surcaba las tierras del Altiplano. Allí, a la luz de las estrellas y un frío chirriante, en complicidad de su madre, la matriarca Juana V., cual reinas magas, transaban alimentos. Víveres por quesos y viceversa.

—Yo no tenía miedo, no hay que tener miedo en la vida —me dice tajante Felipa. Su mirada me intimida de entrada.

Ciertamente, la acción de su ingenio era para mucho coraje.

Las mujeres laboriosas



Felipa y Juana, en su vivienda familiar, allá en Patarani.

Felipa es una mujer de aspecto jovial, alta de estatura y fortachona, bastante parecida a Juana V. Claro, si es la primogénita. Vive en la ciudad de La Paz, pero es migrante. Siendo apenas niña había emigrado de la comunidad de Patarani al igual que sus cuatro hermanos, al ver que la agricultura no daba para vivir bien. Es muy laboriosa, a lo largo de sus 50 años ha trabajado casi de todo, desde empleada doméstica, comidera, hasta cuidadora de ancianos. Hoy su labor es más estable: gestiona una tienda de carne de pollo en la populosa zona de Alto Tejar. Pero no por ello ha roto el vínculo con el área rural; de cuando en cuando trabaja la tierra.

En cambio, Juana V. es agricultora a tiempo completo. Junto a su esposo, José M., vive en Patarani, una comunidad aymara del Altiplano norte, alzada en el punto intermedio entre el lago Titicaca y el complejo arqueológico de Tiahuanaco. La anciana de 75 años cumplidos, además de trabajar la tierra, cría vacas lecheras y produce queso. Su comunidad

es parte de la cuenca lechera con más de 15 mil familias dedicadas a ese rubro. Juana, a diferencia de las familias jóvenes, vende queso por cuenta propia, no está afiliada a asociaciones ni se relaciona con las empresas acopiadoras como PIL Andina, Delizia, Panda u otras.

Felipa, varias veces, con cierto desdén, había dicho: “yo no quiero ser negociante de queso, el mercado es chico y saturado”. Pero la matriarca Juana, hace algunos años, empezó a decaer y ya no pudo cargar los amarros de quesos a los mercados locales para venderlos a las *alaquipas*¹. Entonces a Felipa no le quedó otra que combinar su negocio de pollos de granja industrial con los quesos artesanales de su madre. Finalmente, entre madre e hija, habían encontrado una estrategia de economía familiar estable hasta que la pandemia la quebró.

Un comunicado de espanto

El sábado 21 de marzo de 2020, cuando se confirmó que la COVID-19 había ingresado al país, quedó marcada como una fecha fatídica para las dos mujeres. Juana bisbiseó: *ay, tatituy, kunapiniy paschistani*². Esa noche no pegó ojo, pensó en sus hijos, rememora. A Felipa le costó digerir sobre cómo sería su negocio de pollos en un confinamiento. Ninguna pensó en los quesos.

Desde aquella fecha, el campo y la ciudad parecían dos mundos diferentes. El servicio de transporte público no tardó en suspenderse, también las ferias locales. Los medios pronosticaban que la pandemia arremetería contra las ciudades

1 Revendedores o intermediarios.

2 Expresión en aymara que significa: ¡Ay, Dios!, qué nomás nos va a pasar.

y no así contra el campo. Al inicio, la vida rural y el trabajo agrícola parecían continuar con normalidad.

La jornada laboriosa de Juana poco o nada había cambiado. Seguía su rutina: cada mañana, los siete días de la semana, con coca en la boca, jarra y balde en mano, sentada sobre una banca de madera, ordeñaba manualmente sus siete vacas pardas. Después del ordeño, Juana se sumergía en su cocina y se entregaba a otro procedimiento: cernir, calentar y cuajar la leche. Tras unas horas, con una dedicación inquebrantable, acomodaba la masa gelatinosa en moldes de paja. La faena no terminaba ahí, entre otras cosas más, debía salar y lavar los quesos, aunque ella no las cuenta como tareas.



Juana, en la puerta de su cocina, con insumos para elaborar queso.

Sin embargo, había algo que andaba mal. Decenas de quesos se atiboraban en su almacén. De siete a ocho quesos al día. Ella percibía que algunos se ponían amarillos, otros denotaban hinchazón e iban perdiendo su forma de cilindro. Las otras familias, igual que la de Juana, apretaron los dientes, porque las empresas restringieron su operación a cuatro días por semana y abarataron el litro de leche de Bs 3 a Bs 2,50.

Para la anciana, a ojos vistas llegaba un ocaso enorme, más que sanitario, económico:

—Dígame a ver, nosotros qué íbamos a hacer con el queso y la leche, cada día se acumulaban y no había manera de trasladarlos para venderlos.

Pero eso no sería toda la congoja de *mama* Juana. Su despensa, que solía estar llena de víveres y alimentos frescos, se vació de a poco. No había carne ni verduras, tampoco pan, azúcar, sal, aceite. Solía decir a su esposo: “tenemos que buscar la quinua que teníamos guardada”. Eso sí, había que conseguir de cualquier forma los fósforos y el querosén para el fogón.

En realidad, durante la cuarentena, los proveedores de alimentos, sean empresas o agricultores familiares, tenían cierta flexibilidad para movilizarse de día, pero previa firma de autorización, una de circulación y otra de comercialización; trámites estatales, aunque virtuales, igualmente tortuosos y casi siempre sin éxito por la saturación de solicitudes.

Además, era para los que tenían auto propio y las reglas variaban por municipio y ciudad, “así uno se mareaba con los procedimientos”, señala un lechero, vecino de Juana.

Fabuloso ingenio

Muchas familias lecheras, con la expectativa de garantizar el ingreso, suelen priorizar sus productos para el mercado. Pero durante la cuarentena, debieron, con más resignación que satisfacción, añadir queso y leche a su menú cotidiano hasta quedar hastiados. Juana también hizo eso; aún recuerda que comió todos los días bastante queso frito con papa *qhati* recién cosechada. Pero esa no sería la solución, sin duda, para ella.

Juana, solitaria, mascullaba sus preocupaciones. Cuando no podía contener su pena, porfiadamente pedía a su esposo

llamar por teléfono a sus hijos. Juana recuerda con claridad que una vez, una de sus hijas, identificándose con su pena, le sugirió tres cosas: ya no elaborar más quesos, dejar que las crías lacten toda la leche y sepultar los quesos ya malogrados. A cambio enviaría plata para cubrir parte de la pérdida. Eran ideas para aligerar la tristeza de la anciana, pero ella estaba muy enojada.

Sin embargo, Felipa pensaba distinto a sus hermanos. Silenciosa concebía un plan que no quería contar a nadie hasta estar segura de que no era solo una idea loca. Primero rastreó entre sus contactos y clientes taxistas dispuestos a viajar por la noche al campo. Mejor si tienen permiso de circulación, precisó. Añadió más requisitos: mucho mejor si yo lo conozco de cerca.

No tardó en encontrar transportistas interesados en la oferta, pero merced a una tarifa elevada: de 300 a 400 bolivianos por cada viaje; 30 veces superior a la tarifa normal en transporte público, claro, antes de la pandemia. “Es demasiado caro”, había dicho por varios días. Finalmente, sacó cuentas y comprobó que eso no sería una gran limitante.

Estaba decidida, iba a desafiar las órdenes del Gobierno y la oscuridad de la noche. Recreó los peores escenarios y sus posibles enemigos: los policías y las patrullas camineras, personal de puestos de control de peaje. La perturbó sobremanera la multa de 500 bolivianos para los infractores de la cuarentena. Barajó estrategias:

—Si me iban a agarrar los policías iba a rogarles... Ellos te entienden cuando les hablas bien, sin prepotencia, tampoco uno debe humillarse —me cuenta con detalle.

Finalmente, Felipa fijó fecha. No tanto pensando en su dinámica sino en la disponibilidad del taxista, que suele ser como un “rey chiquito”, según ella. El plan se tiene que ejecutar una noche de inicios de abril, dijo rotundamente y se lo comunicó a su interlocutora anciana.

Esa noche pactada, Juana debía esperar atenta la llamada de Felipa, que sería la señal de que el plan se ejecutaba. El plan era que Felipa viajaba en la madrugada, cuando se paraliza el control policial, de 12 a 4 de la madrugada, hacia Patarani. Mientras Juana debía trasladar su centenar de quesos a uno de los caminos intermedios entre la carretera principal y su vivienda familiar. Allí cargarían los quesos al taxi rumbo a La Paz.

Los hermanos de Felipa, ni bien se anoticiaron de su hazaña, con cierto enfado le dijeron que no viaje, que no arriesgue tanto su salud, que no involucre a su hijo.

Felipa hizo oídos sordos.

La travesía clandestina

Cuando el murmullo de la ciudad de La Paz languidecía, a las 12 de la noche, Felipa, tras despertar a su hijo, tomó selectivamente sus mantas más gruesas y calientes, alistó las rejillas de pollo e inspeccionó de nuevo su *q'ipi*³ de aguayo y las bolsas negras. En realidad, su plan no solo era recoger los quesos sino aprovisionar de víveres a sus papás. Había dicho alegremente: “matar dos pájaros en un tiro”. Por eso, días antes hizo compras febrilmente: cien panes, dos kilos de carne de res y un kilo carne de chanco y, además, varias libras de sábalo. Por si eso no fuera suficiente, yapó con patas y pechugas de pollo. Recordó que papá José suele contentarse con sopa caliente, entonces le pidió a su casera de verduras unas libras de nabos, habas, zanahorias, zapallo, amarros de apio, acelga, perejil y otras hortalizas. Lo que no podía olvidar eran las tres hierbas medicinales del momento: manzanilla, eucalipto, wirawira. Tranquilamente

3 Bulto o carga.

gastó más de 350 bolivianos en esas compras, confiesa hoy Felipa con cierta timidez.

Así, atestada de *q'ipis*, cual reina maga de alimentos, alrededor de la una de la madrugada, cerca de la puerta del Cementerio General, en un taxi de luces diminutas partía hacia Patarani. Llevaba a la mano termo con café y bolsas de galletas, además de coca. Felipa animaba el viaje con buenas charlas y comida, a pesar de todo.



Carretera La Paz-Desaguadero al amanecer.

Los ancianos, ni bien recibían el anuncio de su hija, alborozados trajinaban en la oscuridad los quesos. Juana, en el zaguán de su vivienda, amarraba quesos en yutes blancos combinados con nailon. Sabía perfectamente el estado de cada queso: fresco, amarillo y duro, y según esto dividía los amarros. Mientras su esposo, José, iluminado por la luz incipiente de una linterna, transportaba en su carretilla destartalada los amarros de quesos hasta el lugar del encuentro, durante unos 20 minutos por cada carga. *Mama* Juana no iba al encuentro, sus piernas malheridas no la dejan andar trechos largos, el traqueteo de cargas era una tarea reservada para su esposo.

Felipa, tras recorrer unos 80 kilómetros de la carretera La Paz-Desaguadero, arribaba a Patarani cerca de las tres de la madrugada, a veces un poco más tarde. En medio del frío propio de los inviernos andinos, entre los viajeros y los campesinos insomnes la transacción de las cargas era rápida y sagaz, como relámpago. Felipa acomodaba los amarros de queso en rejillas, mientras José amontonaba los víveres en su carretilla. No había lugar para muchas palabras, mucho menos para el apretón de manos por el miedo al contagio del virus, aunque Felipa, más de una vez, no aguantó las ganas de convidar el café caliente a su papá:

—Yo rápido le hacía tomar café con pan a mi papá, y a los que le ayudaban también. Eran noches realmente muy frías, heladas.

Felipa volvía a la ciudad con el corazón agazapado, en medio de rejillas apiladas de quesos. Quería que el taxi avanzara rápido, pero a la vez tenía miedo a que vuelque por exceso de velocidad. Mientras tanto, José retornaba a su hogar a paso lento, propio de sus 80 años de edad, pero el peso de años sería menos que el peso de los víveres.

—No sé qué siempre traen. Parece que te han mandado piedras, esto es demasiado pesado —refunfuñaba en aymara frente a su esposa.

Juana a las siete de la mañana cuando su hija le confirmaba el arribo a su destino, recién respiraba tranquilidad y a la lumbreira del sol descubría, bolsa tras bolsa, los alimentos frescos. Su emoción era tan grande que se destocaba el sombrero.

La retaguardia

—¿Nunca te han descubierto los policías? —le pregunto a Felipa.

La mujer recapitula que durante sus travesías clandestinas se tropezó varias veces con los policías y las patrullas camineras. Recuerda con claridad al menos tres sobresaltos. Uno de vuelta, dos de ida. El primero fue en las intermediaciones de El Alto, el segundo y el tercero en el campo: el puesto de control de Laja. En los dos primeros casos fueron cuestionados por circular fuera de los horarios permitidos, en la tercera por trasladar alimentos sin autorización municipal.

Tuvo que espetar sus súplicas preconcebidas, con una actitud firme: “tengo dos ancianos solos en el campo, hace mucho que no los veo, llevo comida para ellos y de vuelta traigo queso”. Pero notó que su voz no tenía mucha validez frente a los agentes verde olivo como la del conductor.

—En el primer viaje, el taxista era muy sumiso; rápido se asustó y nos detuvieron por mucho tiempo. Mientras en los últimos viajes, el chófer era zalamero y en seguida convenció al policía y nos dejaron pasar rápido —relata.

Con o sin ruegos, en los tres casos Felipa pagó de 20 a 50 bolivianos al policía y se disiparon las trabas, “pero siempre cuando sea después de medianoche y antes de las cuatro de la madrugada”.

Trasladar los quesos a su tienda no sería el único apuro para Felipa. El problema mayor, asevera la mujer, era encontrar compradores. El precio del queso bajó sobremedida: de 10 a 4 bolivianos. Ella tenía una ventaja, varios de sus clientes de pollo regularmente buscaban queso hecho por *mama* Juana. Entonces pudo vender al menos la mitad de los quesos a un precio regular de 10 bolivianos, otros a 8 bolivianos, algunos a precios más bajos. Solo una vez no pudo vender todo y terminó invitando a sus familiares cercanos.

Misión cumplida de las reinas magas

Felipa y Juana hicieron esas travesías nocturnas al menos en seis ocasiones durante la cuarentena rígida y la dinámica que duró desde marzo hasta agosto de 2020.

Al final, Felipa confiesa que ella y su mamá no fueron las únicas mujeres que trajinaron alimentos de noche. Durante sus obstinadas travesías a Patarani se dio cuenta de que muchas campesinas se movilizaban en la oscuridad para vender sus productos. Unas en moto y otras en movilidades, acompañadas de varones, iban a los centros urbanos a vender papa, huevo, cebolla, leche, chuño a las *alajipas*.

Hoy Felipa se siente satisfecha, hasta con orgullo dice que su plan ha funcionado de lo más bien. Sin duda no era una simple chifladura suya, sino incluso había cosechado ganancias. Por cada viaje, descontando el pago del transporte, generó 600 bolivianos de ingreso, aunque no sería ni la cuarta parte del salario mínimo, era un ingreso valorable. En total sumó cerca de 3.500 bolivianos y los guardó hasta encontrarse personalmente con Juana, que sería después de casi medio año.

Lo que Felipa no sabía, tampoco la matriarca Juana, así como muchas trabajadoras rurales, es que su esfuerzo casi sobrehumano no solo fue por cuidar su economía familiar y ya, fue por aligerar la escasez de alimentos y frutos de la tierra en las urbes.

Fue y es la magia cotidiana de estas trabajadoras rurales que sostuvieron el sistema alimentario boliviano en medio de una crisis global.



Juana y José, en primavera de 2020.



Felipa M. en la ciudad de La Paz.

Las hijas de las vertientes: Las otras víctimas de la pandemia

Jorge Quispe Condori

*Las lavanderas de ropa de Tacagua y Cotahuma luchan
hace años contra el virus del hambre, pero la pandemia
y las restricciones sanitarias trajeron algo impensado.
Cada vez hay menos ropa que lavar y sus ingresos
bajaron a más de la mitad.*

“Si no lavo, no comemos”, sentencia Emma Álvarez, una de las seis lavanderas de ropa del sector Curva de San Juan, un sitio enclavado a 3.800 metros de altitud, en la zona de Tacagua, palabra aymara que significa ‘ojo de agua’, donde el líquido vital mana a borbotones. Allí, en ese barrio paceño, las “hijas de las vertientes”, como se hacen llamar, libran una pelea desde hace años ante el virus del hambre, un mal que llegó antes que la pandemia del coronavirus estalle en Bolivia.

Próxima a cumplir 50 años, Emma aparenta tener mayor edad, algo que ella no niega. La vida ha sido muy dura para la mujer que nació en la tropical Caranavi y que llegó hace más de 30 años a La Paz en busca de mejores días. Ahora debe velar por sus seis hijas y cuatro nietas. “Una de mis hijas se fue a la calle a tomar...”, masculla con dolor al referirse

a la hija que ahora se encuentra en situación de calle con bebedores consuetudinarios.

Por eso, si Emma no lava ropa, no come ella, ni tampoco su familia. La abuela debe velar por sus hijas y nietas, y el único sustento que tiene es la lavandería en la Curva de San Juan. En esa ladera, ella comparte sus sueños con otras mujeres que también viven del lavado de ropa, un oficio venido a menos con las restricciones sanitarias por el coronavirus.

En esos parajes de La Paz, el agua nunca se acaba, pero eso sí, la ropa para lavar es cada vez más escasa.

“Hijas de las vertientes”

Tacagua es una zona vecina de Cotahuma, el otro rincón paceño que, según la leyenda, es rico “en agua del lago”, ya que, según los vecinos antiguos, llega desde el Titicaca a las decenas de vertientes. En ese lugar, al oeste de La Paz, los habitantes nunca dejaron de tener la preciada agua. Allí, donde las conexiones de la empresa del líquido elemento no llegan, la Pachamama no solo calma la sed de sus habitantes, muchos de ellos inquilinos, también da de comer a las familias de las lavanderas, que se convirtieron en las otras víctimas del coronavirus.

En Tacagua y Cotahuma la abundancia del agua, que según vecinos antiguos llega por filtraciones desde el lago Titicaca y que atraviesa El Alto, ha sido tanto bendición como maldición para sus pobladores. En plena crisis del agua en La Paz en 2017, a los moradores del lugar nunca les faltó ese recurso, pero la humedad ha originado también derrumbes fatales como el de 1996, que se llevó consigo barrios enteros.

A metros de esos sectores inestables de la ciudad, las mujeres se ganan la vida con el oficio más molesto y más duro, y que por la pandemia también fue afectado. Antes, en las

dos zonas lavaban ropa una veintena de mujeres, pero ahora apenas alcanzan a diez. Unas se enfermaron de COVID-19 y otras dejaron el oficio, porque ahora además pocos traen ropa para que ellas laven. A continuación, cuatro testimonios de “las hijas de las vertientes”.

Lourdes dejó de ser vivandera

Lourdes Calderón tiene 35 años, vive en cuarto alquilado en la zona de San Juan, cerca de Tacagua y Cotahuma. Tiene dos hijos y es casada, pero el dinero no alcanza para sostener a la familia, por eso ella, al igual que Emma, lava ropa.

“Antes no venía diariamente, ahora vengo todos los días, por necesidad. Con esto ayudo a mi familia para pagar el alquiler de la casa donde vivimos”, agrega Lourdes, mientras una vecina intenta callarla. Algunos vecinos quieren que las lavanderas se vayan, pese a que ellas hicieron arreglar las vertientes con su dinero para no dañar el asfalto vial.

Antes, Lourdes era vivandera. “Vendíamos en las fiestas, pero ahora no tenemos ingresos; por eso lavo ropa. Este es un trabajo digno, no denigra a nadie”, afirma con seguridad. Ella forma parte de la Asociación de Lavanderas de San Juan, como se llama la entidad que formaron hace tres años.

“Nosotros vivimos de la vertiente y no nos pueden quitar este sustento”, insiste con firmeza. Hace dos años, ellas rechazaron un intento de la alcaldía que buscaba clausurar el sector.

Doña Emma es padre, madre y abuela

Emma Álvarez, de 49 años, pareciera tener las manos entumecidas todo el tiempo. La mujer es abuela, madre y padre

de sus seis hijas y cuatro nietas, y como la mayoría de las lavanderas de ese barrio, también vive en alquiler.

“Lavo ropa hace unos tres años. Primero no venía seguido, pero ahora por la pandemia vengo de domingo a domingo, porque necesitamos comer y alimentar a los niños. Lavando ropa me ayudo económicamente”, dice mientras saca ropa para lavar en uno de los seis ojos de agua que brotan en la Curva de San Juan. El sector es además la parada del minibús 211 del transporte público, motorizados a los que deben esquivar para lavar y luego secar la ropa.

Y cuando sus compañeras hablan de Emma, inmediatamente se les viene a la mente la imagen de ella escapando de los policías en plena cuarentena. “En la cuarentena rígida (de 2020) no podíamos salir, pero yo me las ingeniaba para seguir lavando. Por eso un día vino la Policía y me hizo escapar. Ese día yo agarré el bañador con las ropas y hui”, cuenta doña Emma, que tiene dificultades para caminar por una vieja lesión en la pierna izquierda que no pudo curarse hace años por falta de dinero. En ese sector, antes de la pandemia había hasta diez lavanderas, pero ahora solo quedan seis, entre ellas Emma.

Antes de ser lavandera, Emma era vivandera. Vendía comida en las puertas de locales de fiestas. “Cada fin de semana siempre había trabajo, pero luego todo se cayó con las restricciones, por eso ahora lavo ropa todos los días, porque no podemos generar ingresos”, refiere. La alcaldía de La Paz y la gobernación aún mantienen la prohibición de hacer fiestas por temor al contagio del coronavirus.

Al igual que otras compañeras, Emma narra que antes de la pandemia podía lavar hasta diez docenas de ropa, pero ahora, con mucha suerte, alcanza a lavar cuatro. “Nosotros tenemos que ir a buscar ropa para lavar, porque la gente ya no quiere venir”. Emma podía ganar antes 150 bolivianos, pero ahora apenas alcanza a 40 bolivianos diarios.

“Nosotros somos ‘hijas de la vertiente de San Juan’, aquí lavamos ropa y vivimos del agua”, responde Emma.

María burló al virus

“En este lugar éramos seis compañeras las que lavábamos ropa todos los días, pero ahora apenas somos dos y además no hay ropa que lavar, porque nuestros clientes se han perdido, no salen de sus casas o tampoco tienen dinero”, cuenta María Mamani, madre de seis hijos y que se gana la vida con este oficio en las lavanderías de la zona Niño Kollo en Bajo Tacagua a los pies de la ladera que sostiene al Faro Murillo de la ciudad de El Alto. El lugar queda a 10 minutos de la Curva de San Juan.

Dos de las compañeras de María se enfermaron por la COVID-19 y otras dos se dedican al comercio como gremiales. “No han vuelto más, nos dijeron que se enfermaron con ese *ñanka usu* (enfermedad del diablo)”, se lamenta en aymara, mientras refriega unas camisas que una cliente le dejó para que se las lave. María desempeña ese trabajo hace 20 años y ya pasó el medio siglo de vida.

En ese sector, la subalcaldía de Cotahuma de La Paz, colocó diez piletas, que son administradas por los vecinos, por donde brota el agua de las vertientes que era utilizada en sus mejores momentos por al menos diez lavanderas, pero al lugar llegan inquilinos de las casas vecinas que lavan sus prendas.

“Yo llego a las ocho de la mañana y el agua, aunque no me crea, es caliente a esa hora. Yo vivo de esto y doy gracias a Dios porque puedo al menos lavar ropa para ayudarme”, cuenta afanada María, con los pies dentro de una pileta.

Vicky, de manos ágiles

La otra sobreviviente de las lavanderas de Niño Kollo, que en aymara significa ‘cerro niño’, es Vicky Sarmiento, otra mujer de pollera.

Sarmiento, de 52 años, es abuela de tres nietos y ayuda a sus hijas lavando ropa. “Con la pandemia, la gente ya no deja su ropa. Antes, en los buenos tiempos yo lavaban hasta cinco docenas de prendas, pero ahora apenas dos con mucha suerte”. Antes sus ingresos diarios llegaban a 75 bolivianos y ahora bajaron a 30 bolivianos por día.

De contextura pequeña, pero de manos ágiles cuando se trata de lavar la ropa, Vicky Sarmiento confiesa que cuando oyó hablar del coronavirus jamás creyó que ella sería una víctima y aunque no se enfermó, porque según ella siempre toma mates de matico y eucalipto, que la medicina tradicional recomendó desde que estalló la pandemia, no pensó que el virus le quitaría clientes. “Antes, la gente venía temprano y nos dejaba sus bultitos con ropa sucia y hasta nos faltaban manos para lavar, pero ahora seguro no tienen dinero o tienen miedo de salir a la calle”, relata.

Lourdes, Emma, María y Vicky son cuatro de al menos diez lavanderas que se ganan la vida en la Curva de San Juan y Niño Kollo donde el agua cristalina brota las 24 horas. Y aunque ahora hay poca ropa que lavar, ellas expresan su interés de formar parte de esta asociación para ayudar mejor a sus familias. “Ya somos 20 compañeras, seis lavan diariamente, pero hay otras diez que no vienen seguido y que quieren ayudarnos a formar la asociación. Algunas de ellas son madres solteras. Sin embargo, la mayoría como yo somos inquilinos que debemos lavar para ayudarnos económicamente”, confiesa Lourdes.

Las lavanderas de Niño Kollo y San Juan cobran 15 bolivianos por una docena de ropa y por el lavado de frazadas

piden entre 10 y 20 bolivianos, según el grosor de las prendas. Y como la oferta y la demanda también se imponen en este oficio, algunas tienen promociones. “Por docena es 15 bolivianos, pero por captar clientes, que nos faltan ahora, estamos cobrando 10. ¡Los invitamos a que venga aquí a la Curva de San Juan!”, dice Emma Álvarez, madre, padre y abuela de seis hijas y cuatro nietas que el coronavirus no pudo doblegar.

La vida en verde fosforescente

Valeria Sandi

“En la olla colectiva no cabe un quintal de palabras, por eso las repartieron en la voz de cada vecino, para conseguir papa, arroz, fideos, azúcar, carne y pan. Siciar el cielo de la necesidad en el barrio El Carretero, de Santa Cruz de la Sierra”.

La Choca se llama Liliana, pero la reconocen por su apodo y por ser la más entusiasta cuando pinta con una sonrisa un mejor color a las palabras. La Choca y su enorme torrente abraza con su sangre a Mario Alejandro, Dulce María y Liliana, ellos abrazan también a su descendencia y así el gran bordado se extiende en los días, desde la mirada.

La Choca tiene una pequeña tienda en Barrio Lindo, en Pro Mayor, en el sector de prendas para niñas. Mi madre la acompaña y es una de sus mejores amigas. Ambas han madrugado a la vida, para que esta no les cobre intereses por dormir más de lo debido. Lo que no contemplaban es que pronto empezarían a retirar los ganchos, dejar los maniqués desnudos, hacer un arcoíris de ropas dobladas y cubrir con hules azules la mercadería con las horas inciertas que la COVID-19 en olas, estaba trayendo.

Cerrar mercados, eventos culturales y restaurantes estaba entre la lista que abrían un poco más sus miradas de aquel miércoles, uno de los peores días de venta.

Ambas llegaron a su hogar mojadas. La Choca encontró a su hijo Mario Alejandro, escribiendo sobre un letrero verde fosforescente:

“Comida en fosforescente”

La Choca dictó a su hijo Mario Alejandro: “Pollo a la canasta/ Lunita/a la brasa y broaster” para continuar con uno nuevo que decía “Casa quinta en venta”. Esa ruleta de palabras, con el paso de los días, sería su único ingreso económico del hogar. Los horarios se fueron conteniendo, por las restricciones, los letreros se empezaron a ofrecer en diversas redes sociales: “Se llevan letreros a domicilio y sin recargo”. Recorrían con ellos cada anillo, avenida y barrio. Los semáforos brillaban a noche abierta, cada vez con menos ruidos de pasos.

Hamburguesas, pacumutos, fideos uchu, charque, planchita, lapping, lomito, silpancho, majadito, loco y refresco, sin cortesía se congelaron en el tiempo, pero no en el hambre. Tripas y corazón al ver las noticias en la televisión con cifras de contagios que iban creciendo y presionando la mirada de la Choca y Mario Alejandro.



Letreros, para negocios cerrados

Seguir recorriendo avenidas para ofrecer colores llamativos, letras grandes y bien moldeadas para que intimiden al dolor y hagan pensar que la vida continúa y pronto volverán a cocinar los grandes emprendedores de esta Ciudad de los Anillos.

Las semanas pasaban y las preguntas llegaban en la voz de su nieto Daniel, que veía a su abuela extender las telas verdes fosforescentes, sin palabras.

En la TV escucharon que estaba llegando un encierro de meses, pronunciado por las bocas de los gobernantes. Ellos se miraron y desde su sala susurraron: todavía se puede aguantar.

Dos quintales de arroz y uno de azúcar, fueron sus provisiones antes del encierro anunciado.

Recorrieron algunas calles, observaron cómo los semáforos eran más fosforescentes que los letreros y cambiaban con mayor rapidez de amarillo a rojo, sin autos, buses ni transeúntes, así iba anocheciendo.

Al día siguiente su hijo Mario Alejandro despertó con ardor en la garganta, acompañado de fiebre y dolor en las articulaciones. Él le pidió a su madre que no se acerque, que parecía ser un resfrío común, pero prefería que tomen distancia.

La Choca le preparaba cada tres horas té con miel, le pidió que repose, que ella iría a ofrecer las pancartas. Con un letrero vendido, podían comprar aspirinas y algunas frutas. En la noche ella regresó con dos billetes de 10 bolivianos y una moneda de 5 bolivianos, coloreando un poco la esperanza de una pronta recuperación.

Pasó una semana y la fiebre continuaba, pero ahora también en la cabeza de la Choca que presentaba un síntoma diferente, tenía pérdida del sentido del gusto y del olfato. Su hijo Mario Alejandro le dijo “Mamá, el majadito está salado”. Ella respondió, guardando las palabras del miedo, que se le

pasó un poco la mano con la sal y que no había tomado en cuenta que el charque estaba salado, que tendría más cuidado para la siguiente comida.

Esa noche ambos durmieron apenas, tenían agitado el pecho, ambos querían creer que la tristeza se acumula en meses y empieza a jugar con la cabeza. La Choca esperó que amanezca para llamar a sus hijas Dulce María y Liliana.

Cuando llamó a Liliana, ella le contestó que estaban estables en casa. Cuando llamó a Dulce María, ella le dijo que quería visitarlos. La Choca evitaba comentar de los síntomas que presentaba junto a Mario Alejandro. Le pidió un poco más de paciencia, cuando los horarios dejen de ser tan restringidos.

Así pasaron los días, que fueron casi un año. Los pulmones de la Choca y de Mario Alejandro continuaron con sus funciones y ellos siguieron sin enterarse si tenían algún deterioro. YouTube los ayudó a alcalinizarse con lo que tenían a mano y unos rezos de petición por las cadenas de Facebook apoyaron el transcurrir de sus días.

Una tarde, Dulce María fue a visitarlos. La Choca abrió la puerta y al ver a su hija, olvidó dar el codo y le entregó los brazos, la sonrisa y la mirada.

Ese día está marcado para la Choca, lo último que recuerda es que la oración terminaba en que Dulce estaba haciéndose más estudios y viendo tratamientos, porque le detectaron cáncer de mama.

Volvió el abrazo sostenido y prolongado entre ellas. Dulce de 33 años, con tres hijos de 11, cinco y dos años fueron el motivo de que la Choca empiece a pasar a sus contactos de WhatsApp en los grupos de la escuela de los nietos, en los grupos de las juntas vecinales: que había promoción de letreros, que se dejaban letreros al crédito y había de diferentes tamaños y colores todos fosforescentes. Pudo vender varios que decían “Kermesse solidaria para...”.

La Choca también empezó a visitar el oncológico y como realidad encontró a niños con cáncer, familias que escondían su tristeza en su barbijo pero que el dolor les subía hasta la mirada.

Allí se enteró de que las enfermeras estaban por entrar en paro, porque se les adeudaba meses de salario. Ser testigo de la quimioterapia y su agresividad impulsaban a la Choca a cortarse el cabello y donarlo y esperar paciente que le crezca un poco más para donarlo de nuevo, hizo campañas para pedir cabello y comentó de la importancia de devolverles una sonrisa a niños, jóvenes y mujeres.

Hizo marchas y bloqueos en algunos eventos al aire libre que tenían ocasionalmente reunidos a los gobernantes en la manzana uno.

La Choca lideraba las acciones, con pancarta en mano y el apoyo de varias familias que padecían en carne propia lo que era depender de un sistema de salud que consideraba que la pandemia era la preocupación primordial entre todas las aflicciones en nuestra actualidad. Una noche volvió a su casa y encontró a su nieto llorando porque sus mascotas habían desaparecido.



Se dará recompensa al que de información de mis Mascotas anoche se las robaron junto cn otras pertenecías .. Ya puse la denuncia en la policía



**Cualquier información al:
70254051 _60009361**

Eran sus chivitos Dumbo e Isabella y su ovejito Algodón, que habían vivido con ellos en el establo cerca de su casa desde hace cuatro años. La Choca le prometió a su nieto Daniel que los encontraría. Continuó con una segunda campaña, esta vez con más fe para dar con el paradero de sus mascotas. Tocó muchas puertas, elevó su voz. Así recorrió el barrio y conoció más a sus vecinos, supo que había un grupo de WhatsApp especial de apoyo en el que hacían ollas comunes. Ella se comprometió en cocinar o servir los platos como parte del trabajo colaborativo en esa realidad marcada para todos en pequeña y gran escala. La Choca iba a las ollas comunes mientras seguía preguntando a cada vecino por sus chivitos y ovejito, dejando su número en los postes, afuera del centro de salud de su zona, y de la unidad educativa; luego de semanas, gracias a un contacto del barrio, se enteró de que sus mascotas estaban encerradas en una casa, le facilitaron la dirección con mayor exactitud y ella le pidió a su hijo Mario Alejandro que la acompañe. Pudieron recuperar sus mascotas, una victoria en medio de las heridas, esta vez no anocheció tan temprano.

La Choca tenía jornadas extras para pintar los carteles y, de a poco, las noticias empezaron a mencionar que se volverían a abrir nuevamente los mercados, centros comerciales, restaurantes, que las vacunas comenzaban a llegar. Por el rango de edad, ella fue una de las primeras en obtener su primera dosis y así retornó a trabajar en la feria de Barrio Lindo. Desempolvó el hule azul, volvió a colgar los ganchos, extender la ropa, hacer campañas de rebajas y promociones en las prendas para poder mover su capital, aprendió a pintar en los carteles “No me dejes morir” en diferentes tamaños. Ahora visita con más frecuencia a sus nietos, abraza más seguido a Dulce y le prometió que no desperdiciará acto cívico de autoridades públicas para pedir por su salud y los que están en su misma situación.

La Choca, hace unos días, celebró el cumpleaños de su nieto Daniel. Le preparó una torta que no fue tan llamativa como el nuevo cartel que le pintaron para celebrar un año más de vida, a su lado. Porque el color fosforescente también se lo acompaña con letras y formas alegres que delinean la esperanza como un modelo que debería ser replicado para toda nuestra humanidad.

La Choca, palabra a palabra, sostiene su hogar. Cuando ella ríe, le devuelve la voz a su barrio, a los vendedores de cada puesto del Pro Mayor. Es entusiasta, vive y en su mirada continúa ese prolongado tejido que da luz a los ojos de sus hijos, nietos, chivos, ovejos, amigos, vecinos y todos los que ahora la podrán conocer porque la vida también es verde fosforescente.



Crónica no autorizada

Julio Vásquez

*No queda más que el sujeto y el predicado:
En cada hombre hay una fuerza y debilidad:
Audacia y miedo, firmeza y vacilación,
Limpieza y suciedad. Pero aquí no puede
quedar una cosa u otra.*

Julius Fucik

¿Ves? Este es el recinto penitenciario de San Pedro. Tal vez jamás sepamos por qué un santo nombre en lo que constituye parte del infierno descrito por Dante; aquí podría decir que el COVID-19 fue la comadrona de mi historia, de nuestra historia, porque la historia nos atañe a todos y no existen historias aisladas, solitarias. Para escribir se necesita de todos; se necesita de muertes y partos necesarios internos, propios, para que esta arcilla que pongo en tus manos tenga la forma, le des el precocido y la envoltura para abrigarse, caminar y contar. Entre estertores, convulsiones y miedos afiebrados, este conjunto de palabras se reúne en un colosal grito para golpear el caos y el silencio.

Nadie que lea esta realidad puede exigir al dolor ningún orden, género o estilo. Esta crónica no es un parto cualquiera,

es una denuncia y una filiación de vida, y lo señalo así porque no he querido escribir pensando en el dolor ni buscando esconder en las axilas ateridas de ayeres tristes, las circunstancias exactas del cadalso. En suma, mi voz ayer escondida, emerge para, junto a este tropel de palabras escritas, enseñar un poquito de la odisea vivida.

Qué más decir, entre la mortal presencia del COVID-19 y los insultos de la Policía, con estos escritos, he soñado una fuga y me he visto corriendo, barriendo el frío del desgarrar cotidiano con mis doloridos húmeros aguados; con estos escritos, he soñado una fuga y he abierto las prisiones para volar con mis cartas clandestinas al cálido encuentro de la libertad.

En memoria de Lucio Quispe, amigo y compañero

Este es un tiempo no autorizado para hablar lo que aquí sucede, un tiempo de voces ahogadas, un tiempo de crisis, de dolor, de pandemia, de COVID-19. Desde que se anunció su aparición, los jinetes del apocalipsis parecían haber hincado espuelas en los ijares de sus potros que, con los belfos babeantes luego de un globalizado trotar, ¡vaya uno a saber!, quizás en complicidad con el sistema, llegaban para golpear la vetusta estructura del recinto penitenciario de San Pedro en la ciudad de La Paz. Llegaron como una maldición, trayendo en sus cascos el miasma de la peste, que obligó a la Dirección de Régimen Penitenciario a suspender toda visita en los penales.

Supimos entonces que, si deseábamos vivir, debíamos luchar...

Los primeros días pasaron casi sin sentirse. Luego, empezó a hacerse carne la necesidad de recrear el espíritu de

colectividad, de otorgarle alma para que fuese capaz de romper con la soledad que hace de los penales una isla lejana, donde los derechos, las leyes y la justicia forman una triada ajena, existente tan solo en la legislación, en la retórica jurídica y en las buenas intenciones de sus creadores. Si la justicia a fines del siglo XVIII fue un acto de teatro público, hoy, la justicia con el concurso del capital, los medios y el COVID-19, se constituye en una tragedia social.

Fue necesario, entonces, inventar para sobrevivir.

Los deportes como el futsal animaron las horas, se convocaron campeonatos intersecciones como una forma de romper con el encierro y el aislamiento (la risa llegaba para ocultar el miedo); el torneo de ajedrez como el llenado de crucigramas se articuló con esa desesperada tentativa de iniciar debates sociales, políticos y culturales. Se insistía en sacar a la luz un periódico de presos, como un instrumento de denuncia y debate, mientras clandestinamente dábamos vida a una página web que llamamos La Grulla, habíamos comprendido que el drama de las cárceles agudizada por la pandemia había duplicado su caminar, supimos entonces que, si deseábamos vivir, debíamos luchar; entonces, como golpeados prometeos, encendimos la antorcha de la esperanza.

En la cárcel como en la vida, no hay espectadores, el telón, se ha levantado

Desde entonces, ya nada fue igual, afuera “los muertos necesarios” del *establishment* permitieron la aplicación de una desastrosa medida signada como “cuarentena” y aquí en el penal de San Pedro *la cuarentena* no fue una excepción: nadie implementó medidas de contención a una posible crisis

sanitaria; nadie dotó de medicinas a ese espacio administrado por presos llamado “sanidad” donde Jorge, antiguo *boy scout*, fungía de médico. Nadie envió un profesional médico, San Pedro pasó a ser un *ghetto*, propio de este siglo y de esta democracia que enfrentaba un terrible azote, sin nada más que el desorden y la improvisación frente a la muerte.

La declaratoria del Gobierno de una “cuarentena total” no cambió nada; el riesgo de un “contagio comunitario” se convirtió en una posibilidad real mientras todos callaban. El temor a posibles traslados a penales del interior “por exigir” acciones de contención ante la pandemia constituyó un terrible freno al derecho a vivir; los miembros del comité electoral que asumieron representación interina, ausentes de humanidad, asumieron lo individual y optaron por toda respuesta el rezo y la oración; la hora de la lista era el encuentro exacto de la plegaria, pedían la intervención “divina” mientras, en otros penales, los presos morían. Ciertamente, la cárcel no es un espacio sagrado, y Dios no se sienta en la mesa de los desgraciados.

Desgarrada la acción solidaria, el Estado y Dios señalaron su ausencia, esto me obligó a redoblar lectura y a escribir para poder describir el dolor, la angustia y el olvido. No niego que los hábitos han cambiado, veinticuatro horas de encierro han hecho el milagro de que la celda cobre vida, con ese aliento de infinitos soles, la historia es revisada cada mañana e hilvanada en las tardes (esto me llena de esperanza).

Tengo miedo y la incertidumbre de no volver a ver el mañana me aterra, dicen que no hay victoria en la tragedia, pero aún mi voluntad persiste en intentar como iniciativa abrir el telón de este doloroso espectáculo: las charlas sobre el COVID-19 permiten dar vida a conversatorios “artesanales”, abrir el debate y dar paso a una cierta conciencia. Eso

hizo que “los hombres de las cavernas” llamaran a nuestra iniciativa con cierta sorna: la “actividad de los intelectuales”. No éramos expertos en la materia, pero algo debíamos hacer. Afuera el COVID-19 se expandía y nosotros intentábamos pasar de observadores mudos a actores de un drama que inexorablemente buscaba envolvernos.

Desde el 27 de marzo de 2020, retomamos junto a otros compañeros de desventura, el ritmo de los trotes mañaneros, intentábamos elevar nuestro espíritu de confianza. Tristes Quijotes apretando ijares, ya que el tiempo de cuarentena es también el tiempo de una forzada felicidad, puesto que todos estábamos encadenados a la universalidad trágica de la cárcel y la pandemia.

Hoy es 3 de abril, los noticieros anuncian que el “pico de muertes en el mundo asciende a un millón”, nadie habla, el silencio nos embarga y, mientras inicio una partida de ajedrez comprendo que, si no existe una respuesta organizada, no tendrá esta pandemia ni su balanza ni su cura.

Mis días son un grito impotente que carga una pesada cadena y conmigo 337 presos sin sentencia, asumen el desgarrado papel de un doloroso heroísmo; casi en harapos médicos muestran adheridos a sus pieles, viejos, ajados y sucios barbijos, que “los representantes” de la sección o las familias, donan o dejan entre los víveres, perviviendo a su vencimiento. Puedo señalar sin equivocarme que el sufrimiento es también una escuela, como escuela fue la escasa intervención del director del penal quien, sin optimismo alguno, señaló que de surgir contagios en el penal no habría forma de enfrentarla pues no estábamos preparados ni teníamos zonas de aislamiento.

En el gran banquete de la naturaleza, no hay cubiertos para nosotros, la naturaleza del sistema penitenciario exige que nos vayamos... a la tumba.

Escribo desde una cárcel

Hoy me tocó escribir, si no mi epitafio, una carta desesperada, es una tarde de cuarentena, de inquietudes, de resistencia, conspiración y de recuerdos; escribo desde una cárcel subvencionada por los presos en medio de este vendaval llamado COVID-19 que ha desnudado el armazón de todo el sistema: de salud, de infraestructura, de hacinamiento y por el que nadie hace nada; en todos estos meses de crisis sanitaria, con el poco “ingreso” económico a la sección, los miembros del comité electoral han comprado una fumigadora, lavandina, dexametasona, paracetamol y de vez en cuando nos reparten barbijos. Se pretende resolver la competencia del sistema penitenciario.

Esta es nuestra historia, cuya continuidad trágica tendrá en el mes de junio su génesis que, abrazada al campeonato de futsal, llegaría silenciosa. Habíamos creído que, a mayor encierro, a mayor aislamiento, existiría mayor seguridad sanitaria y solo habíamos inventado una mentira. Cuando el “resfrío” se masificó, entre broma y broma, Molotov diría “el COVID ha llegado”.

Nadie habla de ello, el frío arrecia y los contagiados de “gripe” aumentan cada día. A la administración del penal eso no le importa; se niegan a que pasemos lista en nuestras celdas; el patio continúa siendo el espacio donde cada mañana la Policía controla la existencia de 337 internos. Casi apretujados, tosiendo casi encorvados, sin protocolo de seguridad alguna, escribiríamos la historia de la crisis sanitaria.

El esfuerzo colectivo de los detenidos es insuficiente, a esta ausente política de prevención, se sumarían las “audiencias virtuales” en reducidos espacios para las audiencias de juicio oral, donde la maquinaria judicial que, haciendo oídos sordos a las recomendaciones de la OEA, esperaba “un muerto” como prueba para tomar el enfoque de derechos humanos en sus resoluciones y sentencias.

A la existencia de un régimen de aislamiento penitenciario se sumó el olvido sanitario. Sin medidas preventivas por parte del Estado. Se tuvo que recurrir a las costumbres como mecanismo garantizador de vida. Para sobrevivir, teníamos que hacer la guerra a la pandemia. Sin embargo, la noche de San Juan fue el canal por donde el COVID-19 hizo su aparición. No lo sabíamos, pero esa noche la muerte vino a nosotros.

Hoy, cinco de julio, es domingo, y no un domingo cualquiera, luego de más de dos semanas de “gripe colectiva”, el COVID-19 acaba de cobrar su primera víctima en la sección. Peñaranda fue encontrado muerto en su silencioso lecho. Para todos era el resultante de una probable “broncoaspiración” tan común en los diagnósticos forenses. Tan solo un poco de temor recorre mi humanidad, luego el silencio.

Cerca de las 11:00 a. m., Lucio Quispe, un interno definido como “adulto mayor”, luego de tomar un jugo en el patio, se dirigía a su celda cuando observamos cómo desesperadamente se quita el barbijo e intenta abrirse la camisa en busca de aire. No tuvo tiempo para nada, cayó al suelo fulminado. Fue esta muerte la que puso en alerta a todos y la señal para que la Policía obligara a que todos ingresáramos a nuestras celdas. Falta poco para el mediodía y la “cuarentena total” nos confinó a nuestras celdas por un periodo de casi 90 días, mientras autoridades penitenciarias improvisaban una “zona de aislamiento” para posibles contagiados en un sector de la propia sección denominada “Murallita”.

Separada por paredes de venesta o ladrillos, cada celda se convirtió en morada, hospital y tumba. En ese espacio nos convertimos en enfermo y enfermero; allí organicé el cuidado de mi salud y convertí ese espacio de dolor y angustia en un escenario de lucha y resistencia.

Nadie salió al patio sin autorización, solo podíamos salir a usar los servicios higiénicos. La ducha dejó de ser

utilizada y entonces lo colectivo se volvió individual, y la existencia más solitaria todavía; mientras la directiva de los internos buscaba cómo implementar un protocolo de contención mientras realizaba periódicas fumigaciones de celdas, pasadizos y patio. Nadie atendía a nadie, el “sálvese quien pueda” fue una consigna general que obligó a nuestras familias a establecer una verdadera economía de guerra y un ritmo de asistencia; con restricciones, desafiando su propia existencia, llegaban a la puerta del penal cargando víveres, medicina y hierbas naturales para luchar contra una desconocida y mortal plaga.

Un recetario, producto de una larga tradición de medicina doméstica, reemplazó a la acostumbrada medicina alopática. Con ella combatíamos la fiebre, el dolor muscular, la sudoración corporal y el escalofrío, todo lo que teníamos a mano era válido: amoxicilina, ketorolaco, aspirina, manzanilla, limón y eucalipto. Después del domingo 12 de julio, en que médicos externos revisaran nuestra temperatura y preguntaron si teníamos alguna enfermedad de base, nadie vino. El abandono estatal no era una novedad.

Tengo fiebre y escalofríos, me duele la cabeza y he perdido el gusto de las comidas; la pérdida del sentido del olfato me angustia, por lo que me veo obligado a buscar el apoyo familiar y solicitar medicinas como azitromicina y dexame-tasona. “Toma por cinco días”, rezaba la nota introducida. Cada mañana mi desayuno se vio reducido a un mate caliente de manzanilla, un té de limón o un preparado caliente de jengibre y ajo, sumando a este tratamiento gárgaras de agua y sal con agua tibia.

El temor a la muerte me obliga a realizar vahos de eucalipto a cualquier hora del día o la noche, mientras el sueño se aleja; medio dormido creo escuchar la voz de mi madre, tierna, apacible, mientras llega la risa de mis hijos. Entonces me pongo de pie y repaso un libro.

“¿Cómo puedo describir esto?”, me interrogo. ¿Qué diferencia existe entre una cárcel y un laboratorio de experimentos? “Nada”, me digo, pero entonces, ¿qué hacen aquí estos voluntarios que llegan para convidarnos ivermectina preparada en grandes ollas con leche? ¿Quiénes ordenaron suministrarnos dióxido de cloro que “solo se debe tomar con agua de mesa”? No tenemos respuesta y, sin embargo, la desesperación y el temor a la muerte obligan a beberla. Éramos, por así decirlo, conejillos de indias de tiempo de pandemia, mientras afuera el Gobierno prohibía su uso. Entre nosotros no hay preguntas, la vida es importante y el preservarla no conoce límites.

Desde marzo, el recinto penitenciario de San Pedro pasó a ser el gueto de San Pedro, allí pasamos casi siete meses de confinamiento social, de aislamiento y automedicación, donde los más pobres solo tenían acceso a su propia orina como medicina.

El temor, ese humano sentir, se ha marchado con el tiempo; solo nos queda la resignación cuando ratonescos asomos indican un nuevo día, lentamente primero vamos saliendo de nuestras celdas para intercambiar emociones, abrazarnos y compartir unos cigarrillos. Poco a poco, abandonamos nuestras trincheras. Nos anima la necesidad de sabernos continente, nos impulsa compartir la dicha de haber vencido a la muerte. No importa si hace frío o calor, el cielo gris es verdaderamente hermoso y la resurrección es un acto único; ahí están los 330 héroes esperando que las puertas del penal se abran para dar paso a las visitas; no importa que el protocolo sanitario sea en mayor grado responsabilidad nuestra. Importa sentir que vencimos.

No sé qué día sea hoy. Sin descuidar los protocolos de salud, los internos, luego de la cuarentena obligada, arreglan la infraestructura, remodelan el patio de la sección, mientras las visitas llegan a este devastado campo de batalla.

Estamos casi todos, sin cantos, banderas ni cortejos. El COVID-19 ha cobrado siete vidas en esta sección: Peñaranda, Lucio, Sandy, Pari, se cuentan entre los visibles; por los demás nadie se ha pronunciado. El silencio, el miedo, la ausencia de solidaridad han permitido partidas, sin adioses, sin lágrimas y compañías. He visto Cristos crucificados y pocas Marías que los lloren. En este Gólgota me preguntaron cómo debía escribir estos luctuosos sucesos, entonces me dije: “un detenido, una víctima de la justicia, no necesita escribir un trozo de su vida, no necesita exponer sus gritos ahogados, no necesita cuajar sus lágrimas en tanta palabra, necesita humanidad”.

Son las cinco y treinta de la madrugada, me despido callado, escondiendo mis apuntes: la requisa y el COVID-19 han llegado y, mientras tocan mi puerta, he soñado una fuga para escribir con los pétalos de una rosa el exacto tamaño de los hombres.

Gracias, Justicia, por tu ausencia...

Un dios y sus guerreras

Boris Zuazo Meneses

Casi a medianoche me persiguen tres perros correteándome de forma implacable, me cerraban el paso zigzagueando mi ruta mientras buscaba la forma de evadirlos. Las calles vacías en la cuarentena están volviendo paranoicos también a los perros, el dolor crónico de cada paso que yo daba me lleva a imaginar una persecución de película, traté de darle un toque de humor a esta situación hasta que sobrevino una fuerte caída.

No es la primera vez que me enfrento al dolor, y hasta parece que ya estoy acostumbrado a él... Usted se preguntará por qué...

La pandemia empezó para mí un año antes, con una artritis reumatoide fulminante que me convierte en un viejo prematuro. Los bolsillos vacíos me confiesan la verdad, el único capital con que cuento es mi talento como dibujante. Por mi condición física el lápiz resultó ser la única herramienta que puedo sujetar. ¡Mi mujer me “abandonó como a un perro” y se fue con otro, “¡Los enfermos resultamos ser una carga...!” y, por si fuera poco, una taquicardia nerviosa por reunir dinero para la pensión de mis hijos.

Anquilosado y taciturno, me preocupa no poder realizar los mismos trabajos respecto a las personas normales. El día más hermoso para mí es el día de mi “poderosa” inyección de dexametasona. Experimento la dicha y el gozo por recuperar la completa movilidad de mi cuerpo fuera del dolor, siento libertad, logro cumplir uno que otro capricho, como correr un poco, brincar de alegría, o pintar el deteriorado zaguán de mi casa, placer que dura tres gloriosos días.

El doctor dijo clarito: “Aléjese del estrés, busque un pasatiempo”, advirtiéndome mi contraída postura a causa de la preocupación.

“¿Será posible tener un pasatiempo o realizar lo que a uno le apasiona y vivir de ello en esta pandemia?”, me pregunto con desazón.

Una profunda bocanada de aire ayuda a reflexionar. Lo que sea que haga, deberé insistir hasta el borde de la necesidad si es preciso. Mi enfermedad es un gasto adicional. Irónicamente: “el tiempo bien empleado ahora resultó ser desde ahora mi único capital... ¡Hallar empleo ya no es una alternativa real...!”.

Toca reinventarme con lo único que tengo a la mano: un rendidor bolígrafo y hojas de papel reciclado, lo único que puedo costear y, por órdenes médicas, una necesidad imperante de emprender vuelo hacia el “país de la imaginación”.

Fue un mágico sábado, aún recuerdo vívidamente cuando empezó esta fascinación, cuando en la estación del teleférico Rojo instalaron el *ring* de las “cholitas cachascanistas”. Mis ojos se inundaron con coloridos y carismáticos personajes, sus brillantes lentejuelas y deslumbrantes acrobacias y esas delirantes y retorcidas caras de dolor.

De tanta euforia logré dibujar los personajes principales y logré sentirme por momentos como “un dios” dentro de mi “propio universo”; quien decide quién vive o muere, un ser supremo que acondiciona los sucesos y es omnipresente.

Una carcelaria cuarentena rígida sobrevino tiempo después. Fue severamente traumático porque la posibilidad de hacer dinero simplemente se redujo a “cero”. En mi solitario encierro los personajes fueron mis únicos compañeros y mi determinación se volvió de hierro, incluso pensé en diseñar sus propios muñecos de acción. Hasta ese grado de fe le tenía.

Pálido, con rostro enflaquecido, salgo a escanear mis bocetos a un internet cercano, y noto que casi todos han cerrado definitivamente. Mis vecinos quebraron y me duele la situación de sus familias.

Logré hallar un internet. Unos tutoriales en YouTube ayudan a saber cómo se diagrama un cómic. A partir de hoy todo es nuevo para mí...

Una avalancha de niños aún temerosos, pero al mismo tiempo ávidos de diversión, fueron los clientes de un divertido *ring* de cachascán a escala que fabriqué con material reciclado y una estructura hecha con esquineros metálicos, que completé con un colorido elástico. Niños y padres “se flechean mutuamente en un delirio hilarante que se apoderó de los niños que jugaban con los muñecos de tela de los personajes de mi cómic. Junto a mi amigo Alejandro Cuevas, solíamos cobrar dos bolivianos por turno de juego. ¡Fue un éxito!

Reunimos 470 bolivianos. Ahora toca comprar insumos para producir 100 cómics de forma artesanal. Incluso empeñé artefactos para subsistir asumiendo una empedernida actitud positiva y es así como escribí el guion con la siguiente historia:

Capítulo 1

Lady es una mujer viuda con dos tiernos hijos: Abril, de ocho años, y Sebastián, de diez, a quienes quiere dar lo mejor, por eso halla en la lucha libre un medio solvente para salir adelante asumiendo un triple sacrificio entre las

labores domésticas, el rigor del entrenamiento y el dolor de las lesiones deportivas. Ella prefiere ir sola a los combates porque su hija menor es muy sensible y no soportaría verla sufrir. Un día le sucedió algo triste al llegar a su casa y ver llorar desconsoladamente a su hija, a quien sus compañeras de colegio han discriminado cuando ella les presumía con orgullo que tenía una madre “luchadora”, recibió de manera envidiosa la siguiente réplica: “Tu madre no es una chola de verdad... porque no tiene joyas, TU MADRE ES SOLO UNA BIRLOCHA”. Lady, compungida viendo esas tiernas lágrimas, le dice a su hija que saque de la alacena una cuchara de plata y se la pone en una cadena al cuello. “¿Ves, Abril?, ¡yo tengo mi joya que es de PLATA...! Además, tus amigas no saben que mi nuevo nombre de batalla será LADY BIRLOCHA”, mientras la mira a los ojos y seca delicadamente sus lágrimas, solucionando la situación de forma ingeniosa. Esa pequeña cuchara de plata simbolizaba el no olvidar jamás el propósito de su lucha y la ostentaría con orgullo. A lo largo de los combates, solo verla le permitiría levantarse cuando sus fuerzas se agotaban y así lograr conquistar el tan codiciado título de CAMPEONA.

Capítulo 2

(Ambientado en tiempos de pandemia, y debo agradecer públicamente la inspiración de la dolorosa persecución con los perros): Lady Birlocha logró reunir dinero para un anticrético gracias al premio del CAMPEONATO. Ante la inexistencia de espectáculos masivos en pandemia, una mafia organizada decide incluirla por su talento acrobático de luchadora dentro de un *show* clandestino de luchas a muerte y apuestas ilegales por internet. Ya habían intentado atraparla contratando matones. Sin embargo, Lady, acostumbrada a vivir en barrios

peligrosos, los redujo con sus dones de guerrera, por lo que los criminales ejecutan una emboscada sincronizada con perros. Pese a su agilidad, Lady cae cautiva y debe luchar por su vida. Fue así como nació una interesante trama para la nueva secuela gracias a la furia de esos furibundos canes.

Para no perder la inspiración, busco frenéticamente el lápiz y escribo este flamante argumento con una mano, mientras con la otra me autoinflijo el ardor característico del desinfectante en la herida.

Entre curarme las heridas y satisfacer mi arranque creativo, son las 2:30 de la mañana y me pongo a pensar en las palabras de nuestro querido poeta Juanjo Braulio: “Los escritores son los saqueadores de la realidad”. ¡Qué tan cierto había sido esto...! Me arrebató una risa de ironía ¡AJAJA, HAHHAHA! “¿HABRÁ UNA REALIDAD MÁS SAQUEADA QUE ESTA...?” me pregunto a mí mismo... con una mueca parecida a una sonrisa, y ni bien termino de reír, siento un agudo nudo en la garganta de angustia por vivir en esta realidad distópica, y una lágrima se tiñe del sucio polvo de mi rostro producto de la caída.

¿Podría usted responderme con la mayor de las franquezas? ¿Alguna vez sintió el llamado de las palabras, convocándolo, llamándolo para explicarle susurrando sus secretos? ¡Si fue así me comprenderá...! Y es que para publicar estuve investigando que la palabra “cachascán” es un modismo coloquial boliviano. El verdadero significado en inglés es: *catch as can* (agárrate si puedes). Esta frase termina siendo una invocación y desafío al espíritu humano a no languidecer pese a las vicisitudes, CREO QUE LA VIDA ES ASÍ..., UNO TRATA DE AFERRARSE A LO QUE SE PUEDA PARA SOBREVIVIR y es hora de demostrarlo!

Paralizado, surge en mí una revelación..., veo mi vida en perspectiva. Saqué la conclusión de que estoy retratando mi propia vida, Lady Birlocha, sin duda, es el personaje con

el que me identifico, es guerrera y soporta el dolor igual que yo; el amor y la determinación la hacen realista y la fuerzan a triplicar esfuerzos por brindar soluciones efectivas, y el símbolo de la cuchara de plata que Lady lleva en el cuello es la representación metafórica de mi lápiz, herramienta con la que daré de comer a mis hijos.

La única forma de reunir el dinero suficiente es adquirir un nivel más profesional y producir en imprenta. Las críticas y observaciones de expertos y potenciales inversionistas son específicas: “Falta de prolijidad y realismo en las escenas del epílogo de la historia”, especialmente en el dibujo del “drapeado” de la pollera, que es mi punto débil, ¡y tienen razón...!; sugirieron fotografiar modelos y redibujar sobre estas secuencias.

En lugar de desmotivarme, me puse eufórico, mi nivel de dibujo ha mejorado, y podré llegar a un nivel de realismo. Esta posibilidad me hace soñar con lograr ilustraciones dignas del desenlace, la batalla final entre mis personajes épicos antagónicos: Rudolfa (la ruda) y su archirrival Lady Birlocha (la técnica). ¡Deben ser los dibujos más “riquitos”; ya me imagino las caras retorcidas de dolor! ¡VAYA DESAFÍO...!

Hoy es un día particularmente especial, ayer recibí mi dosis de dexametasona y desperté de buen humor y libre de dolor, y por si fuera poco, cobré un dinero. Mientras contemplaba el cielo, fui sorprendido por un joven con cachucha con comportamiento clandestino en plena Ceja de El Alto, quien me facilita un pequeño volante que decía sugerentemente y hasta me animo decir “proféticamente”: “¡Lindas cholitas harán sus sueños realidad...!”. Mi mente llegó antes que mi cuerpo a una casa de ladrillo con cortinas rojas. Otro joven diligente pide que escoja mientras sale un desfile de numerosas y tímidas cholitas que se cubren el rostro. Por la numerosa cantidad de opciones noto que no soy el único que sufre aprietos económicos. Otra parte de mí recuerda que

estos locales funcionan de forma clandestina y que había la posibilidad de caer en una redada. Sin embargo, recuerdo mi objetivo y trato de no perturbar la magia del momento y pido con firmeza: “¡Dos cholitas, por favor!”. La respuesta fue un sonoro: “YAAAAAAAA...!” por parte del anfitrión, quien de forma burlesca me dice: “Pregúntales si quieren..., se paga adelantado”.

Invitando dos cervezas pude romper el hielo, mientras mi corazón estaba ansioso, una de ellas me pregunta curiosa después de entrar en confianza: “¿A cuál de nosotras vas a escoger?”, a lo que respondo: “¡A las dos, pues...!”. Detrás de esos barbijos noto unas picarescas risas, saco los dibujos de mi viejo morral y entusiasta les cuento mi singular proyecto. “¡Eres un artista...!” , replicó una de ellas, con ojos admirados, y con un derroche de simpatía logro convencerlas, asegurándoles que solo quiero fotografiarlas divirtiéndonos haciendo poses de batalla en el *ring*.

Al entrar a “la pieza” noto que el espacio es demasiado reducido, las condiciones de iluminación son pésimas, y la luz roja no ayuda... Por lo que logré un acuerdo con las ya entusiasmadas cholitas, un pacto de complicidad: ellas dirían que se “desanimaron”, y yo pediría la devolución del dinero, para quedar en vernos en una hora en unas flamantes gradaderas que bajan de la Ceja. De esa manera podía sacar fotos sin barbijo, pero con el debido distanciamiento. Les adelanto algo de dinero y anoto sus números de celular. Mientras, yo aprovecharía para prestarme una cámara digital de mi amigo Alejandro, así como unos aguayos y las rodilleras que él suele utilizar para su patineta, que servirán para caracterizar las escenas.

Con temor de sufrir un robo, nos reunimos en el sitio acordado y sucedió la experiencia más apasionante de mi vida, ya que dichas gradas tienen barandas similares a las cuerdas del *ring*, lo que me permitirá tomas fotográficas

como si estuvieran por lanzar un poderoso *suflex* y de pronto la diversión y la fantasía se transformó en algarabía por pedir graciosas poses, como “un estrangulamiento con las trenzas” y pedir llaves con sus musculosas piernas, quitarnos por un fantástico momento esa natural vergüenza, liberarnos... ¡Una verdadera delicia...! Convenientemente, y por fortuna, poca gente pasó por ahí a esa hora.

Allí estábamos los “rechazados de la sociedad” jugando tal cual niños. Los grises muros se llenaron de los colores de la imaginación, simulando ser el público eufórico vitoreador y, quizá por un momento, también las pupilas de estas circunstanciales amigas pudieron contagiarse del fuego de esta fascinación; compartieron mi visión. Fue una espectacular inversión de mi dinero.

Días después todavía siento que puedo acariciar la piel y los rasgos de estas singulares cholitas, imprimiendo valentía en sus rostros. Cuando pienso que ese pequeño volante “Lindas cholitas harán sus sueños realidad” tenía razón, fue porque en esa algarabía pude ver mágicos colores y fantasía.

Hallé mi cura, la mente es poderosa, dejé de sentir ese intenso dolor y comprendí que la imaginación es infinita y los recuerdos de ese maravilloso día en el que no estuve con dos mujeres sino con dos guerreras.

Textos preseleccionados

De lanas, entrelazados y conexiones

Gillermo Goosen López

“Gracias por comunicarte con Romaguis; este mes tendremos los módulos 3 y 6 de tejido a máquina”, es mi frase al comenzar los audios de este mes. Ya vamos más de un año con nuestras clases virtuales; digo “vamos”, ya que es un trabajo en conjunto. Mi mami enseña a tejer y yo me encargo de las inscripciones, grupos de WhatsApp, videos, dudas y alguna que otra vez de enseñar a alguna alumna a usar las carpetas de Google Drive, a crear un correo o a usar Zoom. Alguna que otra vez ambos hacemos de psicólogos, pero eso va por nuestra cuenta...

Mi nombre es Guillermo, tengo 25 años, soy gastrónomo profesional y estudiante de diseño gráfico. Hace más de un año que iniciamos esta linda travesía junto a mi mami. Ella es Magali Irahola, una excepcional profesora de tejidos. Desde que tengo uso de razón, siempre hubo lanas y palillos en casa; hoy no es la excepción, solo que ahora las lanas se enredan con los cables de nuestro pequeño *set* de transmisiones.

Aún recuerdo claramente el miedo, la emoción y los nervios que ambos teníamos en nuestra primera clase “virtual”, pero aún falta para llegar a la primera clase, faltan muchas caídas antes de llegar al Día D.

Como todos, al comienzo de la cuarentena, tanto mi mami como yo estábamos bastante emocionados, lo veíamos como una oportunidad y un pequeño descanso, era un mes en casa, un mes aprovechando al máximo nuestro tiempo. En esos días poco se sabía sobre el virus que llegaba desde el país asiático, solo que afectaba a las personas mayores y que se transmitía por el aire. Mi mami estaba emocionada, ya que estaba preparando una colección de prendas infantiles para un desfile. Pensó que durante la cuarentena podría terminar todas las prendas para el desfile y al final del mes volvería al CITE, para continuar con sus capacitaciones... Nada más alejado de la realidad.

Ambos somos orureños. Yo llegue a La Paz el año 2014 para estudiar gastronomía. Un año después llego mi mami. Ella es una mujer bastante trabajadora, se define como “adicta al tejido”, puedo dar fe de ello. Es increíble cómo puede mantener una conversación, mirándome a los ojos, mientras sus manos se mueven cual director de orquesta, y sus palillos la batuta que marca el ritmo de un derecho y un revés a medida que avanza el tejido. Cuando vivíamos en Oruro, teníamos una pequeña tienda/taller, en la cual vendíamos ropa de alpaca y capacitábamos en tejido a mano y a máquina. Durante algunas temporadas la tienda se mantenía cerrada por los viajes de capacitación de mi mami; muchos eran a poblaciones rurales para enseñar a tejer, y otros eran invitaciones para que ella cuente su historia de vida, motive y empodere a otras mujeres.

Antes de hablar de nuestra historia de superación, les contaré un poco de mi mami.

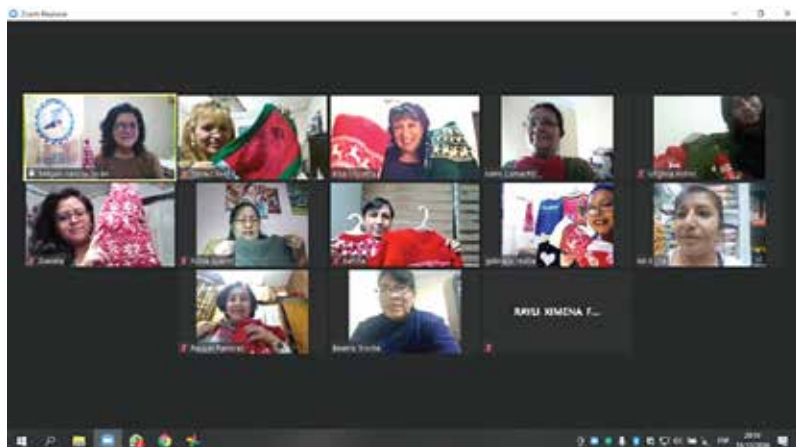
Ella se llama Magali, es orureña, viene de una familia de ocho hermanos (es la hermana mayor). Tuvo una infancia difícil, ya que su padre la dejó cuando era una niña, se crio con un mal padrastro, ayudando con el cuidado de sus siete hermanos menores. Más adelante, su primer matrimonio

fue “difícil”. Su pareja era un alcohólico y la golpeaba constantemente. Después de varios años soportando el maltrato, decidió poner fin a su matrimonio, se mudó a vivir sola con mis dos hermanas, las crio y educó por su cuenta. Pudo mantenerse gracias a que mi abuelita le enseñó a tejer, ella tejía prendas a mano para venderlas y así sustentar su pequeña familia. A medida que fue pasando el tiempo, y de manera autodidacta, se fue superando, llegando a ser directora de producción de textiles en Inti Raymi, dando capacitaciones a lo largo del país, saliendo en revistas y programas de televisión, en su segundo matrimonio la situación cambió totalmente, su marido era un hombre amoroso, atento y servicial; era “el amor de su vida”. De esta unión salió su servidor. Lamentablemente mi papá la engañó y terminaron divorciándose, cosa que tampoco pudo detener a mi mami, siempre superándose y saliendo adelante; es una mujer fuerte y luchadora, que no se dejó amilanar por nadie ni por nada.

Conociendo un poco de la vida de mi mamá, es momento de hablar de la crisis del corona... Hablaré poco, porque todos la vivimos, no es necesario sacar a flote esos momentos oscuros... A medida que los días fueron avanzando, las noticias eran cada vez menos alentadoras, las medidas y restricciones impuestas eran más fuertes... Así es como ambos nos fuimos hundiendo, el “mes de descanso” se extendía cada vez más, se veía mucho más lejano el desfile de prendas infantiles, la vuelta al CITE y mi regreso a la universidad. Ambos empezamos a tener miedo por el futuro que nos esperaba; ella no podía volver a dictar clases y el tan ansiado desfile no se podría realizar. Con el pasar de los días fuimos entendiendo que no terminaría pronto, y que nada volvería a ser igual.

En casa todo se empezó a complicar. Ni ella ni yo teníamos el mejor humor; la preocupación, el miedo y la incertidumbre era algo de todos los días, comenzamos a pelear por cosas tan pequeñas como a quién le tocaba lavar los platos

o por una toalla húmeda en el baño. Obviamente el dinero también era una preocupación, si bien mi papá pagaba la universidad y mis gastos, al no poder trabajar mi mami no se encontraba tranquila. Era una constante preocupación el no saber qué hacer, cómo iba a enseñar a sus queridas alumnitas si no podía estar con ellas.



Un día, mientras pensábamos qué podríamos hacer, gracias a mi hermana surgió la idea de dar clases virtuales por Zoom. Le dije que yo me encargaría de todo lo “tecnológico”, mientras ella solo tenía que hacer lo que llevaba haciendo toda su vida, enseñar, pero no le llamó la atención, y pasó como un comentario desapercibido. Todo cambió cuando recibió un mensaje a principios de mayo. Era una conocida suya, le pedía un video tutorial de tejido, para publicarlo en su página de Facebook. Al principio mi mami se mostró escéptica, pero logré convencerla y filmamos un video; era la primera vez para ambos. Pedí prestada una cámara fotográfica a una amiga, mi mami preparó el contenido en un par de días e hicimos el tutorial. Demoramos más de lo esperado, con errores de iluminación,

mal enfoque de la cámara y uno que otro *blooper* durante la grabación, pero este fue el inicio de todo.

Un par de semanas más tarde, y después de varias reuniones de coordinación, decidimos realizar una transmisión por Facebook, para la página “Popes Art Bolivia”, la cual fue creada por mi mami y tres amigas más, para la primera transmisión que realizamos. Todo lo que pudo salir mal lo hizo. Perdimos la conexión a internet, esto porque cambié de lugar el modem, lo que ocasionó que un cable se desconecte. Después de solucionar el tema del internet, comenzamos la transmisión y, a medida que teníamos más espectadores y mi mami daba la bienvenida, nos llegaron comentarios sobre el audio: no se escuchaba nada y la imagen se veía con cierto retraso. Para no perder más tiempo realizamos la transmisión con el celular; la clase iba por buen camino, pero la transmisión quedó a medias, ya que mi celular se apagó por falta de batería. Ambos terminamos con un sabor amargo en la boca, nos sentimos derrotados en nuestro primer encuentro con “Facebook live”.

**CURSO BÁSICO 1
TEJIDO A MÁQUINA**

Curso online vía ZOOM
Inversión 200 Bs.

**12 al 2
Oct - Nov**
Lunes - Miércoles - Viernes
de 16:30 a 18:30
Turno Tarde

Requisitos:
• Máquina de tejer
(Que funcione)
*No se requiere
conocimiento previo*

Inscripciones:
• Realizar un depósito a la
transferencia bancaria de
BNB, Banco Unión o Fie,
• Enviar el comprobante por
WhatsApp al (591) 7443203

Más información:
@PopesArt Bolivia Facebook
PopesArt Bolivia

**Dictado por
Magali Irahola Terán**



Un par de semanas después, luego de varios videos tutoriales en YouTube y comprar cables para tener una conexión directa a internet, tuvimos un segundo *round* con la tan temida transmisión por Facebook. En esta ocasión salimos victoriosos, este fue el impulso que necesitábamos para continuar.

Mi hermana Romina animó aún más a mi mami a dar las clases virtuales. Le dijo que, con mi ayuda, ella solo tendría que enseñar. Fue entonces cuando dimos un par de clases por Zoom a unas alumnas antiguas. Usando mi computadora y celular e improvisando un pequeño escenario, nos acomodamos en nuestra sala y comenzamos. Durante toda la hora de clase, mientras ella enseñaba yo estaba sentado al lado suyo, leyendo las preguntas, ayudando con las cámaras y resolviendo dudas de nuestras alumnas; desde ese momento fue un continuo aprendizaje para ambos.

Después de las clases piloto, empezamos a prepararnos para lanzar nuestro primer módulo de tejido a máquina, preparamos el sílabo del módulo, textos de apoyo, fichas técnicas y armamos un pequeño escenario con mi computadora y la tele de mi habitación. Realicé artes para redes sociales, y los publicamos en nuestra página de Facebook “Romaguis” (el nombre es por las iniciales de los tres hermanos: Romina, Magali y Guillermo). Obtuvimos una buena respuesta, nos llamaban, recibíamos bastantes mensajes por WhatsApp y Facebook. Al comienzo nos escribían exalumnas de mi mami, entusiasmadas por la modalidad virtual, pero con el paso de los días empezamos a recibir mensajes del extranjero. Así empezamos el primer módulo con 32 alumnas bolivianas y ocho extranjeras.

Pasados un par de meses desde nuestra primera transmisión por Facebook, mi mami recibió una llamada; era la directora del CITE. Estaban incursionando en las clases

virtuales, y le pidieron una reunión de coordinación, pero para ese momento ya teníamos cierta experiencia con las clases virtuales. Fue un momento de felicidad para ambos, ya que nuestro trabajo estaba rindiendo frutos, fuimos a la reunión y mostramos la dinámica dentro de nuestras clases virtuales. Tanto la directora como el administrador quedaron fascinados. Nos dijeron que, si nuestras clases salían bien, serían replicadas con otros docentes a nivel nacional.

Al principio fue bastante difícil, tanto para mí como para mi mamá. Ella estaba acostumbrada a dictar clases presenciales, llevaba dándolas más de 30 años, y fue un gran salto pasar a lo virtual. Yo, por otro lado, debía cumplir con mis estudios universitarios, organizar todos los módulos, dar información a todos los interesados, hacer tutoriales para nuestras alumnas de cómo instalar Zoom, ingresar a clases, realizar preguntas, abrir sus micrófonos, etc. Aparte, acompañaba durante toda la clase a mi mami, ya que al inicio ella no sabía cómo utilizar Zoom.

Con el tiempo, y gracias a varias lecciones de por medio, mi mami se volvió independiente con el Zoom. Ya estábamos bien encaminados, pero no estábamos listos para lo que nos deparaban las clases. Recuerdo que, durante una de ellas, una alumna pidió permiso para ausentarse de la misma. Ella era Carla, una alumna bastante cumplida y trabajadora, su voz sonaba quebradiza, como a punto de llorar, salió de la sala de Zoom. En ese momento agarré el celular de mi mamá y le pregunté si estaba bien. Grande fue mi sorpresa al recibir una llamada en ese momento: la señora Carla estaba llorando; me dijo entre lágrimas que su nieto tenía cáncer. En ese momento no pude hacer más que consolarla, y, al terminar la clase, le conté lo ocurrido a mi mami. Ella llamó a la señora Carla, y esa misma noche tuvieron una reunión de Zoom. Mi mami le enseñó a tejer un chulito,

un chulito tejido a mano para su querido nietito. Desde ese momento mi discurso de no involucrarse emocionalmente con las aluminitas se vino abajo. Fue justo y necesario, ya que pasamos de ser “Romaguis cursos de tejido” a ser “la profe Magui” y el “joven Guillermo”. Este discurso que manejé erróneamente por un tiempo nació por buscar proteger a mi mami y, en el fondo, protegerme a mí también, pero entendí que el hecho de tejer una prenda para un ser amado y más aún en momentos difíciles, va más allá de calcular los puntos y carreras para hacer un chulito, es poner un pedacito del alma de cada persona en la prenda que están tejiendo, es pensar en esa persona a medida que el tejido avanza, es crear algo con las manos y el corazón.

Como la historia de la señora Carla tenemos un sinfín de historias, desde infidelidades, familiares fallecidos por el COVID-19, abandonos, despidos, familias paralelas, abusos físicos, etc. Al comienzo era difícil tanto para mi mami como para mí. Fue difícil ponerse en el lugar del otro y ser empático, pero a medida que las personas se sueltan, hablan y te cuentan cosas, uno se da cuenta de que unas palabras de aliento pueden hacer una gran diferencia, y aún más si vienen acompañadas de una lección de tejido que, más allá del simple hecho de hacer una prenda, es una catarsis para ambos...

A medida que las clases avanzaban, pude compartir más tiempo con mi mami. Descubrí que el tejido es una terapia, que ella no solo enseña a tejer; es una confidente, psicóloga y podría decir que madre para todas sus alumnas y alumnos. Me di cuenta de cómo sus alumnas le escribían no solo para preguntarle: “¿Cuántas carreras debo hacer en la delantera para una chompa de un niño de cinco años?” (lenguaje técnico para los entendidos en el tejido), también le escribían para desahogarse, para pedir consejos, buscando

ayuda, o simplemente para agradecerle. Es gratificante establecer relaciones más allá de la sala de Zoom, saber que tenemos amigos dentro de nuestros cursos y ellos tienen en nosotros dos soportes en los que pueden confiar. A medida que fuimos conociendo las historias de nuestras alumnitas, buscamos ayudarlas, tanto con palabras como con acciones. Siempre tratamos de dar un poco de todo lo que se nos dio, tenemos gran cantidad de alumnitas becadas, es un granito de arena, que significa bastante para nuestras alumnitas.

Desde que comenzamos, hace más de un año, llegamos a conocer personas increíbles que pasaron por vicisitudes a causa de la pandemia, tenemos alumnas que perdieron a sus esposos y ahora ellas son el sustento de su familia, que pasaron por problemas de salud. Hubo un par de ocasiones en que alguna llamó hablando de suicidio. Gracias a Dios, mi mami siempre encontró las palabras adecuadas y supo motivarlas, siempre poniendo como ejemplo su vida, y que se puede luchar contra las adversidades. En este tiempo llegué a conocer un lado de mi mami que desconocía, descubrí que no solo hace el papel de mamá conmigo, lo hace con todas sus alumnas.

Actualmente llevamos más de diez módulos dictados, al mes realizamos al menos dos transmisiones internacionales con páginas del Perú, contamos con más de 150 alumnas tanto de Bolivia como del exterior.

Conocimos grandes historias de vida y buscamos ayudarlas enseñándoles a tejer ya sea como pasatiempo, terapia o como sustento para sus hogares, demostrando que la pandemia es una oportunidad para cambiar y mejorar, buena parte de nuestras alumnitas peruanas y bolivianas, tienen sus pequeños emprendimientos de tejidos, nos llena de alegría y orgullo darles las herramientas para que sigan adelante...

Durante todo este tiempo, tejimos historias, tejimos conexiones, tejimos emprendimientos y sobre todo tejimos amor.

Página de Facebook:

<https://www.facebook.com/romaguis>



Comprame, casera

Ericka Sejas Noriega

—Tienes miedo de la pandemia, ¿no ve? Yo, en cambio, nunca he-stado mejor.

Le pago los cinco pesos del eucalipto y, en lugar de irme, le pregunto:

—¿Por qué?

—Ahora nadie me mira raro –responde bajito, no quiere llamar la atención de los demás y, no sé por qué, no quiere perder la mía. Lo logra.

Antes, ni me di cuenta de que me dijo que se llama Lucy. Ahora, la observo atentamente.

Es una adolescente pequeña y delgada. Por encima de su barbijo, sus ojos parecen bolas de cristal negro en los que se proyectan sus pensamientos. Sus cejas y pestañas son espesas, su cabello está peinado en una coleta que estira sus rasgos. No tiene nada raro aparte de su voz nasal.

Es una adolescente con un abrigo de poliéster verde como el ramo de eucalipto que carga, y con unas zapatillas grises de planta naranja que son su porción de universo horma 35 o 36. Es una más de los menores trabajadores. No tiene nada raro aparte de su nerviosismo extremo.

Es una adolescente parada en la intersección de dos calles caóticas, no sabe por dónde ir: parece que no tiene dónde llegar. Está sola en medio de tanta gente; más que sola, está extraviada, arrojada al mercado como fue arrojada al mundo. No tiene nada raro aparte de que me sigue.

—Y a ti, ¿por qué te miran raro? —le digo mientras avanzamos juntas.

Piensa, duda, contesta con un balbuceo inentendible, esa vez a propósito. Y le dice “comprame, casera” a la mujer que pasa por delante.

Continúo mis compras en el mercado Rodríguez, el más importante de La Paz. Circulo por donde mi abuelo, cuando era niño, se deslizaba por el río en una batea de madera. Después el río fue entubado y circulaban autos; ahora una nueva masa de vendedores ambulantes, cargadores, fumigadores y gente que dice “regálame” cuando está de local y “regálame” cuando está de visitante. En el papel una línea milimétrica, en el mapa miles de kilómetros.

Me concentro en lo que me falta comprar y el dinero que me queda. No quiero olvidar nada porque no podré volver en una semana. Un grupo de cinco o seis uniformados, de policías o militares, controlan las calles que ingresan al mercado. Revisan el último número del carnet para permitir, o no, atravesar su barricada al paraíso de la oferta y la demanda.

Es viernes, día de ochos y nueves. Pese a la restricción, el mercado está lleno como siempre. Antes de las ocho de la mañana llegaron los menores de edad como Lucy; los muy mayores de edad como la anciana de las velas e inciensos, ahora también con poderes desinfectantes; y los indocumentados. Además, la madrugada de los viernes llegan los camiones de productores, más tarde los comerciantes de primera mano para revender esa mercadería a los de segunda mano. Así se abastecerían los demás mercados de la ciudad.

Comienza la cuarentena, debería pensar cómo ahorrar. Quizá en las periferias del mercado donde los campesinos rematan sus excedentes, pero, en lugar de ello, pienso “qué tendrá de raro”, “qué esconde”. La observo desde la fila del pan; creo que me busca con expresión de venado en media carretera. Sus pasos son torpes, da vueltas en su eje, anda y desanda.

No está perdida en la carretera que atraviesa un bosque, sino en la selva del libre mercado. Más libre a medida que más se pueda pagar por la libertad de poder transformar las posibilidades en algo concreto. Unos compran lo que les alcanza, otros venden lo que pueden, el resto pide lo que sea.

—¡Aquí! —agito mi brazo, Lucy viene—, no conoces este lugar, ¿cierto?

—Es la primera vez que salgo.

—Sí que eres rara —se me escapa y lo arreglo—, pero yo te gano.

Se une a mi recorrido. Vende mucho. También compra algunas cosas con sus ganancias, hasta que las sirenas de las patrullas chillan a los compradores que es hora de irse y los guardias municipales chillan a los vendedores que es hora de cerrar. Un hombre de acento caribeño chilla: “no pido por que quiera, madrecita, es por culpa de un murciélago”.

Me voy conforme de haber llenado mi carro inversamente proporcional a mi bolsillo. Me preocupa que la cuarentena se extienda. De ser así, debo tener un plan para continuar llenando ese carro de compras para cinco personas.

Los siguientes días, cuando pienso en dicho plan: vender hamburguesas o queques, pienso en la muchacha que ejecutó el suyo. Recuerdo las cosas que Lucy me contó, imagino las que ocultó.

Me dijo que nació en la isla Suriqui y que ni esos cuatro kilómetros y medio, rodeados por aguas del lago Titicaca, los conoció bien porque prefería quedarse en su casa. Prefería

quedarse en su casa porque ahí su hermana le enseñaba las materias del colegio y jugaban hasta que su hermana menor se escapó. Su hermana menor se escapó para trabajar: nadie sabía dónde, ni con quién y menos en qué; por eso su madre evitó que Lucy siga el mismo camino. Evitó que Lucy siga el mismo camino mandándola a la ciudad porque creía que las familias de La Paz pagaban con dinero, techo y comida. Pagaban con dinero, techo y comida antes de la pandemia, ahora la señora ya no la necesitaba y si quería quedarse debía buscar otro trabajo para aportar con los gastos. Para aportar con los gastos, la noche anterior, se trepó a un árbol de eucalipto.

Dijo mucho, excepto por qué antes la miraban raro y ahora no, por qué tapa con el pulgar la foto de su cédula cada vez que pasamos por una barricada. O por qué me ocultó su condición hasta que la confronté el siguiente viernes.

Después de reconocer unas zapatillas grises de planta naranja, subo la mirada y reconozco un abrigo verde. Subo más la mirada y podría jurar que Lucy sonríe al verme. Podría jurar también que esa sonrisa desaparece cuando le digo:

—Tienes labio partido y paladar hendido ¿Cierto? —Evito decir labio leporino, investigué que esa expresión es peyorativa por su alusión a los lepóridos, una especie de liebre.

—¿Cómo sabes? —se arregla el barbijo.

No puedo decirle que gasté horas de vida en internet para llegar a esa conclusión.

—Aquí es normal, hay varias personas que se hacen operar... y gratis —le explico dónde ir, qué hacer. Sus ojos de bolas de cristal, a los que ahora rodean unas pestañas revueltas, y más arriba unas cejas definidas, muestran su brillo acuoso.

—Harto le he dicho a mi mamá que me lleve al doctor —ese brillo se vuelve acerado—, pero no quería, vergüennza siempre le daba.

—Ahora puedes ir tú sola.

Lucy no responde, se sienta en una grada, habla para sí misma.

—Me ponía todo tipo de hierbas y puedo comer mejor, pero sigue bien feo. Es que ella no quería que nadie sepa, porque van a pensar que somos *kemchbas*. Igualito nomás todos saben, y dice que por eso mi papá nos abandonó a los días que yo nací. Y esto —apunta al tercio inferior de su rostro, habla con seguridad, con rabia—, dice que fue su culpa, le pegaba bien harto a mi mamá cuando estaba esperándome.

Sus manos aprietan tanto su ramo de eucalipto que ese olor la apacigua.

Mientras subimos las calles con la radiación solar en los ojos y el dióxido de carbono en la nariz, le explico mis flamantes conocimientos médicos. Para ella, escucharme es tan irreal como para mi escucharla decir: Ojalá puedan operarme y desaparecer el kencherío.

Lucy piensa que su familia tiene una maldición: su abuelo materno, al que no conoció, era igual.

—Nadie quería acercarse, decían que daba mala suerte. A lo mejor por eso, se arrojó al lago desde su balsa, ¿o será que estaba muy borracho? No sé yo, solo sé que varias veces pensé hacer lo mismo.

En sus ojos de bolas de cristal veo la historia que carga sobre sus hombros estrechos, una historia que, si bien pesa como todas, también la define. Había sido arrojada al mundo, pero había decidido quedarse en él; quizá solo seguía petrificada a orillas del lago metafísico, quizá sabía que saltar o no saltar, era la verdadera cuestión. La fe no alcanza cuando el contrato social ora: “Como te ven te tratan...” y en aras de una belleza criminal se justifica como consecuencia lógica la cláusula: “...si te ven mal te maltratan”.

Ahora nadie la ve mal. Pero aún tiene debajo de su escudo descartable unos labios sellados pese a que no puede ni cerrarlos, la voz muda pese a que retumba por su agudeza.

Su vida tiene más capas que las polleras que ya no usa porque la señora para la que trabaja no quiere. En su pueblo la insultaban “cara de pescado”; de ser pez, nadaría contra la corriente.

—Al principio no me dejaba salir de la casa —refiriéndose a su madre—, después yo ya no quería. Prefería hacerme pegar a ayudar en la cosecha.

—¿Y qué hacías encerrada?

—¡Qué no hacía! Cocinaba, lavaba, limpiaba, era niñera... igualito nomás que en la casa de la señora, pero era mejor cuidar a mi hermanita. Su padre también la abandonó, no porque estuviera hecha nada, es bien bonita. Por eso se echó a perder. Apareció con harta plata, mi mamá feliz le recibió todo y la volvió a mandar con los hombres.

—¿Hablas mucho con tu mamá?

—La llamo una vez a la semana, ella llama cuando hay que cobrar. Lo que gano con esto, no le digo a nadie. Ya no quiero ser sirvienta toda mi vida. Me lo guardo la mayoría y compro algo para que no frieguen.

Las patrullas y los guardias municipales comienzan a chillar. El hombre de acento caribeño, apostado en la salida del mercado, también.

Pasa otra semana en la que mientras pienso en mi plan: Vender barbijos o máscaras de acetato; la recuerdo. Realizo otra investigación.

Apenas la veo, le comento las ventajas del “aceite de eucalipto” y su fácil preparación. Lucy escucha atenta. En sus ojos, ahora delineados, se abre un mundo de posibilidades y compra en la misma cuadra: cincuenta envases pequeños, dos litros de aceite a granel y cinco bolivianos de etiquetas adhesivas.

—Ya no me da tanta vergüenza hablar ni que me vean.

—¿Y la calle?

—Solo me da miedo perderme, o los ladrones.

—¿Por qué yo no te doy miedo?

—No ve me preguntaste “¿cómo estás?”. Por eso pues.

Más allá de su condición, la marcó su crianza. Debía ser protegida porque su labio no se terminó de unir en la gestación. Debía ser escondida porque la descrinarían. Debía ser condenada porque es cómodo invisibilizar a los marginados, cerrar los ojos, girar la cabeza en el peor de los casos. Pero los marginados incluso de las calles siguen ahí, en cualquier casa de vecino. Los marginados de la vida no tienen necesariamente un labio partido, pueden tener las piernas amputadas, la mente disociada o el alma rota. Los marginados que soportan las miradas de soslayo, que provocan codazos al pasar, que interrumpen conversaciones con incómodos silencios y que aguantan las burlas. “Lo peor son las burlas”, me aseguró Lucy.

La cuarentena se extiende a cincuenta días en los que no me decido por ejecutar ningún plan. Lucy, en cambio, se adapta y sobrevive. Cada viernes tiene más productos a la venta, apenas maniobra su carrito ambulante, por lo que pasamos menos tiempo juntas.

El último viernes de la cuarentena, me pregunta juguetona:

—¿Ya decidiste qué vas a vender?

—No. Ya para qué a estas alturas, supongo que volveré a lo de antes. ¿Y tú?

—Estoy vista a compartir un puesto. La gente está buscando *q'uwá* para desinfectar, en mi pueblo hay hartos.

Nos despedimos sabiendo que podría ser la última vez que nos veríamos. ¿No todas las despedidas son así? La vi alejarse con su carrito lleno de varios tipos de aceite, alcohol y hierbas. La vi fundirse en un ecosistema del que es parte: ya no se oculta detrás de paredes físicas o de su abstracción, porque, ahora, nadie la mira raro.

Sobrevivimos

*Colectivo Hormigón Armado*¹

Tenis livianos para caminar todo el día, un buzo para estar cómodos, chaleco para llevar los cepillos, la infaltable gorra para protegernos del sol y el pasamontañas para cubrirnos el rostro. Así nos vestimos los lustracalzados o *lustras*, como nos conocen.

Nos cubrimos el rostro para proteger nuestra identidad por los efectos de la discriminación en la ciudad de La Paz, en la *lleca*, como llamamos a la calle, conocemos a nuestra familia y aprendemos a ser solidarios. Cuando uno menos tiene, más solidario es.

Lustrando calzados no se puede mantener a una familia, pero es un gran apoyo. La mayoría de los *lustras* somos jóvenes y, como cualquiera, queremos mejores días y mayores ingresos, por eso hacemos el esfuerzo de estudiar y salir adelante. En nuestro caso escogemos carreras cortas, de dos a tres años, para no tener que gastar mucho dinero en

1 Texto colectivo presentado por Vladimir Fernando Gonza Mamani, presidente de Hormigón Armado, con el apoyo de Inti T. Rioja Guzmán (redacción) y Julia Sonco Suri (edición).

ese proceso; lastimosamente la universidad es algo lejano. Tenemos personas mayores de 60 años que no han podido conseguir otros trabajos.

La mayoría de nosotros vivimos en casas o cuartos de alquiler, en las laderas de La Paz o en El Alto. Por la mañana bajamos a la urbe paceña y en la tarde nos subimos. En estos últimos años, con el proyecto de la vivienda solidaria, un grupo de 101 compañeros hemos adquirido una vivienda propia. Para quienes hemos vivido en la calle ha sido un cambio trascendental. Otro grupo sigue viviendo donde puede, por la noche duerme en cajeros de los bancos y en el día salen a lustrar. Un *lustra*, por día, ganaba –si era una buena jornada– unos 80 o 120 bolivianos por 12 horas de trabajo. Usualmente, los lunes son los mejores y ya los viernes se logran unos 70 pesos. Tenemos una organización desde donde generamos conciencia acerca de nuestra realidad.

El Colectivo Hormigón Armado se organiza junto con otros colectivos, como los limpiaparabrisas, niños adolescentes trabajadores (NATS), madres solteras que atravesaron procesos de violencia y vendedores de chicles. El Colectivo tiene su origen en la fundación que lleva el mismo nombre y está a cargo de la familia Villalobos. Para la gestión 2018-2021, la organización está dirigida por los *lustras*.

El nombre del Hormigón Armado proviene de su simbología: el hormigón retiene el cauce de los ríos, protege a una zona; el armado es algo concreto y duro, sólido. Nosotros somos así, duros, no nos dejamos rebasar por nada, entre nosotros nos apoyamos.

Antes de ser una organización ya éramos una familia. Entre todos creamos una extensa red de solidaridad, si caemos tratamos de alzarnos, no nos dejamos. El logo es una hormiga porque trabajamos unidos, todos para uno y uno para todos.

En 2018, después de 15 años de fundación y atravesar diversos cursos de liderazgo, decidimos emprender,

aprender y participar políticamente. Por eso, el Colectivo tiene una mesa directiva, estatutos, elecciones; contamos con personería jurídica; mujeres y hombres participamos en igualdad, estamos aprendiendo a presentarnos a instituciones y a la sociedad, por eso tenemos hojas membretadas, sellos y página en las redes sociales. Al asumir la directiva, las bases nos manifestaron la necesidad de trabajar en la inserción laboral, ayudar a las y los niños, fortalecer emprendimientos, entre otros.

Hace años, nadie podría imaginarse que estos elementos nos ayudarían mucho ante lo que venía. Les explico cómo.

“Estamos muertos” fue lo que dijimos cuando se declaró la cuarentena en 2020. Nos tomó por sorpresa y realmente fue muy malo. Un líder de la calle sabe que se almuerza por cinco bolivianos en un buen lugar, en un mercado; pero cuando llegó el momento catastrófico del cierre de todo, no teníamos nada; los que vivimos al día no teníamos dónde comer o alguna posibilidad de generar ingresos. Nos comunicábamos por celular y sabíamos que había situaciones muy graves.

Lo desesperante era no poder movernos, porque sabíamos que muchos la estaban pasando mal. Cuando salió la disposición para las salidas por los números de carnet, desde El Alto íbamos a pie a buscar víveres donados, nos distribuíamos por zonas para ir a dejar a las diferentes familias. Con algunos recursos, íbamos a comprar verdura a El Alto, a las tres de la mañana; aprovechábamos para comprar (víveres) para las personas en situación de calle. Yo me tuve que llevar a un compañero a mi casa, lo encontré en la calle. Ellos estaban más jodidos que nosotros.

Con el pasar del tiempo nos quedamos sin fondos para pagar nuestros alquileres; esto trajo serias consecuencias: nos empezamos a juntar en cuartos, que es lo que podíamos pagar; pero, aun así, no teníamos qué comer y los contagios entre nosotros se dispararon.

Por ejemplo, el lustra Manuel MC (su nombre artístico) contrajo la enfermedad, terminó hospitalizado; pero la música le ayudó a salir adelante. Cuando estaba en un momento horrible, empezó a cantar a los enfermos, al personal médico e incluso compuso una canción con su compañero de cuarto. La música lo abrazó fuerte en el hospital, el hip hop siempre lo acompaña. La canción que compuso se llama *Todo pasa*. Su parte favorita dice: “todo pasará, todo un recuerdo será”.

La cantaban en todas las salas que podían para apoyar a los demás pacientes. La canción habla del dolor, de la mala situación, de la fe que ayuda a pensar que todo va a pasar y que el momento no durará para siempre. Él piensa que la vida tiene tiempos. Nos dice siempre que hay tiempo de llorar, de sufrir, de reír, de luchar y de ganar.

Él me contó que cuando la gente escuchaba la canción, los familiares, el personal, las enfermeras, le decían: “Manuel, tienes talento, tienes que salir adelante. Dios te bendiga”, y le regalaban muchos aplausos a él y a su compañero de cuarto. Salió adelante e hizo una recaudación de fondos mediante un concierto digital para no abandonar a sus compañeros.

No logramos alcanzar ninguna de nuestras metas ese año. ¿Cómo lograr algo si no podíamos conseguir un barbijo, ni alcohol, ni bioseguridad? Si comprábamos un barbijo, no comprábamos pan. Era la vida o el hambre. Afortunadamente nos ayudamos entre nosotros, fomentamos los intercambios. Decíamos: “yo tengo chuño, ¿quién quiere?”, nos comunicábamos en base a la solidaridad. Recuerdo que nos decíamos: “yo tengo esto, yo lo otro”.

Cuando se empezaron a levantar las medidas de restricción, nos empezamos a buscar. Fuimos a los albergues a ver dónde estaban los amigos. Afortunadamente había personas que decían: “¡qué será de los *lustras* y el colectivo!”. Nos empezaron a llegar donaciones de universidades, personas

e instituciones y con eso hacíamos canastones. La fundación Hormigón Armado fue fundamental. Una extensa red de apoyo nos salvó; se puso a prueba nuestra solidaridad.

Doña Ángela me dijo que el canastón que armamos le llegó en el peor momento de todo. Aquellas noches, ella cenaba arroz con leche o pan duro con sus tres hijas y su esposo que necesitaba una operación de coxis. Ella fue desalojada de la casa donde vivía en plena pandemia porque debía dos meses de alquiler. Toda su familia fue a parar a la sala de su suegra. Hasta ahora sigue ahí. Después de que su esposo fue operado y que su hija salió del hospital por neumonía, lo que doña Ángela hizo para salir adelante fue lavar ropa, pero dice que se ha vuelto tan mal pagado, porque hay tantas personas buscando trabajo, que los precios han bajado. Sobre todo, ella encuentra fuerza mirando a sus hijas y dice que una mente positiva es fundamental para no afectar a las niñas en situaciones como esta.

Como dice doña Ángela, los ingresos por jornada de trabajo bajaron. Cuando se levantó la cuarentena, las personas no querían mantener contacto con otros, y ahora se percibe más o menos 50 bolivianos por 12 horas de trabajo. La situación era desesperante. Muchos enfermamos y se complicaron las cosas, perdimos a 10 compañeros a causa del COVID-19.

Nos dimos cuenta de que la situación se iba a alargar, así que dijimos: “a organizarse”. Decidimos empezar a dar respuestas. Algunas de ellas tienen que ver con vender nuestros productos, como el periódico de los lustras, o nuestras postales; también empezó la incursión en Laja Pizza y el Lustra Gourmet que promueve la participación de señoras que ahora se están dedicando a eso, empezamos a hacer música y grabar un disco de hip hop; recientemente hacemos mermeladas. Todo esto lo dirigimos con la fundación. El emprender y la solidaridad fueron nuestras primeras apuestas.

Los emprendimientos que tenemos queremos hacerlos conocer a nivel Bolivia, y primero en la ciudad de La Paz. Queremos dar el ejemplo. Queremos enseñar a otros colectivos a cómo salir adelante. Sería lindo que en otros países nos vean y nos apoyen. Queremos que la gente vea que podemos hacer grandes cosas, estamos aprovechando para cambiar esa mentalidad en la sociedad que nos discrimina. La fundación está en Següencoma. Desde ahí se organiza la venta de periódicos, postales y otros; ahí también está Laja Pizza, los precios son muy accesibles y todo se promociona por redes sociales.

Y con todo esto, nos dimos cuenta de que se necesita conseguir cosas, teníamos problemas con la falta de identificación y el riesgo de no poder ingresar a un hospital, conseguir barbijos, entre otros. Así que llegó el tiempo de dar un paso adelante: nos animamos a participar políticamente –no partidariamente– y hacer incidencia en el Gobierno. No sabíamos cómo hablar u organizar una reunión con una autoridad, pero la calle te da astucia y viveza. Sabíamos que no iba a ser fácil. Si antes teníamos complicaciones, ahora peor. Pero si queríamos cambiar nuestra situación y mostrarle a la sociedad lo que valemos, teníamos que movernos.

Creemos que participar políticamente es una vía para hacer valer nuestros derechos. Entonces, estamos haciendo conocer a la sociedad que este Colectivo está creciendo, organizado por los mismos *lustras*, por los limpiaparabrisas, las señoras maltratadas, y que nuestro objetivo es lograr grandes cosas con poco.

Empezamos mandado 70 cartas, pero nadie nos respondió. Hasta que un día apareció un amigo y nos apoyó a conseguir audiencias. Hemos tenido ya reuniones con el Ministro de Gobierno, con la Ministra de Trabajo, Empleo y Previsión Social, con el Ministerio de Educación, el SEGIP, la Dirección de Juventudes, la Dirección de Niñez, Adolescencia y Adultos Mayores.

Hemos gestionado con el ministro de Gobierno la donación de dos mil barbijos, con el SEGIP carnets para 50 indocumentados, con el Ministerio de Educación nos certificaremos en competencias para obtener un empleo, nos estamos inscribiendo al Programa de Apoyo al Empleo, nos encaminamos a la firma de convenios y otros.

Reunirnos con los ministros ha sido algo fundamental, cada reunión aprendemos más y a las autoridades les compartimos cómo es nuestra realidad. Desde los liderazgos que vivimos en la calle transmitimos lo que uno ha vivido y a lo que estamos expuestos. Sabemos cómo administrar el dinero, cómo comer lo más económico posible, cómo sobrevivir. Podemos enseñar cómo trabajar con jóvenes y niños de la calle y, principalmente, concientizar.

También hemos decidido aprovechar que la gente está en sus casas con Internet, por eso estamos haciendo un vídeo musical para contar la historia de vida de uno de nuestros amigos que murió durante la pandemia, para llegar al corazón de las personas y generar conciencia.

Todas estas acciones nos han servido para dar respuesta a la pandemia. En cada una de ellas mostramos un poco de lo que somos, ya éramos un Hormigón Armado antes del COVID-19 y lo seguiremos siendo al terminar.

En el silencio de nuestras almas

Ronald Beltrán Marcani

El afán desordenado de poseer riquezas se hace fugaz, ya no cobra sentido cuando miramos con los ojos de nuestro corazón.

La paupérrima situación que dibujamos en nuestra mente es solo una apariencia de lo que en realidad somos capaces, incluso en momentos difíciles.

“¡Heydan!”, se escuchó una voz que venía de la parte trasera de patio. Era el grito de mamá, me llamaba para ayudarla sacar la mesita con la que saldría a vender los rellenos que, entre discusiones, risas y decepciones aprendimos a hacerlos, pero al final quedaron muy bien, y hoy se venden como pan caliente. El reloj marca las 7:30 de la mañana y ella, con una manta desgastada, con los zapatos envejecidos por los años y con un buzo casi nuevo, se ve ansiosa por ir a vender el producto; al mirarla a los ojos, llego a verla perdida en la felicidad del momento, y aún recuerdo cómo comenzó todo.

Mamá, a la misma hora, las 7:30, quizá en un panorama más cambiado, más libre solía salir de casa rumbo a trabajar, un trabajo sin aspiraciones de crecer, la causa la desconozco, quizá por el trauma que llevó cuando vivía con la figura aparentemente paternal que jamás tuve en mi vida, o tal vez

por la costumbre que traía desde el origen de sus raíces; un centro minero aislado de la sociedad, el cual no le permitía desenvolverse en su totalidad. Es evidente que las personas de provincia llevan esa característica peculiar desde su nacimiento; ella trabajaba en un puesto de comidas como ayudante. En mi caso, terminaba de hacerme independiente, un estudiante soñador perdido, mis hermanos perdidos e igual acostumbrados a la rutina de siempre, escuela y juegos; nunca nos dimos cuenta de lo que nos faltaba hasta que la vida nos dio solo una opción.

Yo escapé de casa por evitar esa miseria en la que vivíamos. El hacerme independiente por mi edad solo era una excusa bien disimulada que funcionaba, sin ver la gran responsabilidad que la misma conlleva. Un solo cuarto de 3 x 6 era el que nos albergaba; servía de dormitorio, sala, comedor y, al lado, una cocina improvisada con un techo de lona de carpa, en un lote con un muro de adobe que ya estaba pasando por sus últimos esfuerzos para mantenerse en pie. Una que otra vez intentaba negar la situación en la que vivía, fingiendo tener riquezas, riquezas falsas delante de los compañeros de la universidad para quedar bien. En síntesis, negué mi realidad sin medir las consecuencias que en un futuro esta traería consigo, simplemente me limité a no pensar en eso, y solo vivía de la satisfacción mentirosa del momento. La mentira es como adicta de tiempo. Sea como fuere, al fin logré escapar de ese entorno, o en ese momento eso creí.

El año 2020 llegó y sorpresivamente frenó a todos. Escuchábamos rumores, había sospechas, pero hicimos oídos sordos y mirada ciega a lo que marcaría nuestra generación en eterno recuerdo temido. A lo lejos, es invisible, no lo podemos percibir, nos susurra al oído, pero no lo escuchamos, se manifiesta en almas desprendidas de sus cuerpos, y no lo queremos ver, hasta que llega a nuestro ser.

El susurro se convirtió en grito, los hogares cerraron sus puertas, ahora ya no volamos libres, el alimento se ha limitado y la libertad indirectamente se ha truncado, el fantasma que creíamos lejos llegó, es temido por las noches y aún más por los días, cada vez está más cerca, no lo vemos, pero aquí está.

Trajo dolor, angustia, desesperación, pero dentro de estas muchos conocimos nuestras fortalezas, y por estas hoy aún estamos aquí.

Tuve que dejar mi independencia, tragarme mi orgullo y volver al mismo lugar del que un día quise escapar con ansias. Los trabajos se habían cerrado y yo no era la excepción, la situación no ameritaba otra cosa más que respetar mi realidad.

Entre tantas vivencias de sufrimientos, lo menos que podíamos hacer era alimentar ese sentimiento. Nunca pensamos que un texto que muchos tenemos en la mano, que hasta el mismo mendigo que cada día sale a conseguir la comida del día lo tiene, cambiaría nuestra manera de ver la realidad del mundo entero que se ahogaba en la pandemia.

No me refiero a que no sufrí, pero rescato lo bueno del momento; entre tanta tragedia, una moneda de 20 centavos fue la armadura que necesitaba para ver más allá del contexto en el que vivía el mundo, el texto que lleva en la parte posterior fue la clave para no terminar de morir en vida: “LA UNIÓN HACE LA FUERZA”.

Aún seguimos encerrados, y aún pasamos hambre, aún estamos en busca de mejores condiciones de vida, pero le dimos significado a este mensaje.

A principio no fue fácil aceptar la realidad, menos en la condición en la que vivimos, que ya describía las intenciones de no permanecer más en el lugar donde nació. En una esquina había un montón de ladrillos que seguramente en el pasado lo adquirieron para sustituir al viejo muro de adobe, pero jamás lo hicieron, vendiendo falsas ilusiones a los integrantes de la familia, agarré uno de esos ladrillos y me dije: “por

qué no hacerlo ahora que no estamos haciendo nada, quizá en esto podamos despejar la mente y dejar de pensar en los problemas que pasábamos”.

Sin decirle a nadie y en silencio, compre el material faltante, que no era mucho, porque la arena también la teníamos hace rato y sin uso. Aunque la reacción de mamá no era la que yo esperaba, ni bien le informé de mis planes de sustituir el muro viejo, sabía que dentro de ella había una satisfacción que no la quería sacar. En esta situación solo se podía pensar en comida, pero por qué no regalar también un momento de alegría, y la manera creo que era la indicada. Siempre fui bueno aprendiendo cosas con solo mirar, y llegó la hora de ponerlo en práctica. Al principio comencé solo, me puse la ropa más vieja que encontré y empecé a derrumbar el muro, lo que fue bastante sencillo. Como todo joven, si tuve momentos de furia cuando veía que nadie me ayudaba, recuerdo que mentalmente se me escapaba una que otra grosería y, por qué no, una maldición.

Casi por despedir el día, yo también despedía el viejo muro, cansado, un poco enojado, pero al final satisfecho. El método funcionó. Casi todo el día me olvidé de lo que sucedía fuera de mi jurisdicción. Mamá ya tenía el agua caliente que necesitaba para lavarme, pues parecía una momia saliendo de alguna tumba de Egipto por el polvo que el adobe desprendió. Con el mal humor que llevaba por el cansancio del día, el detalle de mamá no fue tan valorado, pero me sirvió. Muchos pasamos en alto la ayuda de nuestros padres por más pequeña que sea, y no nos damos cuenta hasta que nos hace falta. Lo mismo me pasó cuando pretendía hacerme independiente; siendo sinceros, me hizo mucha falta mamá.

Tomé el agua, la mezclé con agua fría, un poco de champú y la momia de hacía cinco minutos se convirtió en una majita, me metí a la cama compartida de dos pisos en la que solíamos dormir mis hermanos y yo. Se apagó la luz.

Junto con la oscuridad de la noche, el temor era evidente, la duda se hacía presente, y el miedo penetraba como una espada de doble filo en las cavernas de mi mente. ¿Qué pasaría si uno de nosotros se contagia?, ¿acaso deberíamos armar una carpa afuera para aislarlo?, ¿y el frío, el calor, las lluvias? Compartir el único cuarto que teníamos era la única opción, esto nos condenaría a que en tan poco espacio se aplicara la ley del embudo, la que manda que por uno pagan todos, y si se corría con la suerte de que uno fuera asintomático, ¿qué pasaría con los gastos de los que no? El dinero en estos momentos es indiferente en especial con nosotros, el aparato productivo se ha paralizado a nivel mundial, truncando muchos ingresos familiares esenciales para nuestra subsistencia, engordando esta lista se encuentra mi familia. En un momento llegué a pensar que si un miembro de mi familia llega a contagiarse, tenemos solo la opción de conseguir directo para los gastos funerarios, es mucho más económico que iniciar un tratamiento de esta escala. Los pobres estamos condenados a pagar un precio muy alto al intentar salvar una vida, y ante la complejidad de esta tarea, optamos por renunciar a ella.

A pesar de ello, todo estuvo en estado mental, porque ni bien me ponía a pensar en el muro que tenía afuera por empezar, la preocupación por la pandemia desaparecía, y la noche que parecía larga al pensar en la situación, paso rápido.

Desayuné el limitado desayuno que teníamos, y me puse manos a la obra. Encontré sentido a cada ladrillo que ponía, cuando en el patio veía a mis hermanos mirarme trabajar con los ojos brillando, su alegría se reflejaba y al parecer la pandemia desapareció para ellos, y por qué no decir que también para mí. Grande fue mi sorpresa cuando mamá se sumó a la construcción, aunque por la susceptibilidad de que no lo hiciera como a mí me gustaba le encomendaba tareas

fáciles. Mis hermanos menores también se pusieron a ayudar, pasando ladrillos, o ayudando a mamá. La rutina duró como una semana por la falta de experiencia que teníamos con el armado de un muro. Mamá sentada en una piedra saliente del suelo irregular, solía *pijchar* coca mientras me miraba, dándome uno que otro consejo y contándome planes a futuro para ampliar la obra. Soñar no costaba nada. Una que otra vez salpicaba el cemento a la coca y a su rostro, y en lugar de cambiar de actitud nos limitamos a ahogarnos en carcajadas. Lo mismo sucedió cuando resbalé del armazón improvisado de un turril y una tabla para llegar a las partes más altas de la pared, el dolor se sentía, pero las carcajadas sirvieron de anestesia.

No construimos un muro, construimos momentos, construimos sueños y, lo más importante, construimos una pared a los problemas que se vivían afuera; fortalecimos ese lazo familiar que por el momento ya parecía nulo. Cada ladrillo representó la fortaleza de lo que como familia somos capaces, y que la unidad nos hará fuertes como el muro que levantamos, y al fin entendimos que las batallas ganadas son las que no dejamos de luchar. Las batallas ganadas en el silencio de nuestras almas nos hicieron ver que el miedo no nos limitó, sino que nos despertó.

Después de concluir el muro, al que bauticé como el muro de la fortaleza familiar, y cuando la situación ya marcaba luz verde a los emprendimientos, decidimos vender relleños, aunque fue largo el camino para llegar a la consistencia correcta. Quizá es poco, pero mamá hasta el momento ya no depende de otra persona para generar dinero, y se cansa menos, pues también la ayudo una que otra vez. Sin duda, el significado que les damos a las cosas suele dar el mismo resultado con que las interpretamos: la moneda de 20 centavos llevaba un significado que nos ayudó a casi pasar sin percibir la tragedia que se vive a nivel mundial; la unión

familiar dio fuerza moral a nuestra manera de pensar y a la situación que vivíamos.

“¡Heydan, apúrate!” vuelve a gritar mamá, pues ya se hizo tarde y debo ayudarla de nuevo a sacar la mesa de la venta. Los ojos de mi madre y de mis hermanos reflejan alegría, quizá una alegría incipiente, pero al final alegría, y solo por ese detalle puedo dar testimonio de que no todo está perdido.

Del miedo a la fortaleza

Omar Candia Quispe

Mi nombre es Julián. Tengo 12 años. Esta historia empezó en marzo de 2020, no recuerdo el día, solo sé que el virus del COVID-19 llegó a Bolivia. En ese tiempo mi madre compró una casita y nos llenamos de deudas. Ella iba a su trabajo y yo a la escuela, ambos teníamos miedo porque ya se habían reportado los primeros casos.

Un miércoles del mes de marzo había reunión de padres de familia en mi colegio, fue el último día que fui a clases presenciales y que vi a mis compañeros de curso, nos dijeron que pasaríamos clases virtuales desde ese día.

Sin clases sentí como que comenzaba un paraíso para mí. A los pocos días, cuando terminó la primera cuarentena rígida y mi mamá en ese tiempo aún tenía trabajo y lo hacía en horario continuo; el dinero que ganaba nos ayudaba a pagar las deudas.

Con tantas horas libres, yo empecé a jugar *Free Fire* y *Call of Duty Mobile*; era una forma de matar el aburrimiento y al igual que pasó con mis compañeros, nuestras vidas se resumieron al celular, empecé a darme cuenta que esos juegos nos volvían adictos al punto de robar dinero a nuestras

alcancias para comprar “diamantes” y “monedas” de *COD Mobile*.

En ese entonces mi vecino se colgaba de nuestro wifi y con su pandilla se quedaban muchas horas en la calle a jugar *Free Fire* gritando groserías, molestando al barrio entero. Lo que me disgustaba era que a la hora de mi lectura hacían mucho ruido, tal era la adicción de mi vecino que le robaba dinero a su mamá porque tenía los trajes de ropa más caros de la tienda del juego.

Yo me divertía mucho cuando les apagaba el wifi en plena partida porque gritaban en coro de forma graciosa, y a la vez era molesto hasta que cambiamos nuestra contraseña. Era el tiempo en que el Gobierno determinó una cuarentena rígida indefinida.

Vivíamos con miedo a enfermarnos, pero no descuidábamos las medidas de seguridad hasta que llegó junio y pusieron fin a la cuarentena rígida y determinaron una cuarentena flexible en que la gente podía salir a tomar un respiro de tanto encierro hasta las cuatro de la tarde.

En mi colegio se activaron las clases virtuales. Lo malo es que estas eran por WhatsApp y yo no entendía nada, aparte de que mandaban videos difíciles de comprender, hasta que mi mamá empezó a enseñarme todo lo que sabía de literatura y de matemática; decía que eran las materias más importantes.

Un día todo cambió.

El paraíso en el que vivía se convirtió en pesadilla. Una tarde llegó mi mamá del trabajo y cuando yo quise abrazarla me dijo que uno de sus compañeros de trabajo estaba con COVID-19. Ella tomó un baño porque así eran las recomendaciones de bioseguridad.

Mi hermana y mi tía enfermaron también con COVID-19 en Cochabamba, estábamos preocupados porque creímos que se iban a morir. Sin embargo, ambas vencieron la enfermedad, una en casa y la otra en el hospital.

A finales de agosto e inicios de septiembre me enfermé con una fuerte tos, me dolía la garganta y pensé que tenía el virus.

No presentaba síntomas, solo era tos, y ahí cometí un primer gran error: busqué los síntomas del COVID-19 en YouTube y quedé traumatado porque explicaba que a un enfermo se le tapan los pulmones hasta no poder respirar en el sexto día de contagio.

Pasaron siete días desde que enfermé, nada podía sanar mi tos hasta que escuché a una señora decir que cuando tenía un resfrío, tomaba una cucharilla de alcohol puro y para la mañana siguiente ya estaba curada.

Mi mamá me prohibió hacer tal cosa, que sonaba como locura, pero para mí era una esperanza y una noche, como de costumbre, estaba con mi mascarilla y me tocaba servir el té, decidí cometer esa locura y agarré una botella de alcohol macerado con hierbas que tenía de mi abuelo y, sin pensarlo dos veces, agarré una cuchara y la llené por completo y me la tomé.

Me ardía la garganta, pero al día siguiente desperté mejor y cada día iba mejorando hasta que sané a finales de octubre.

Yo quería estar con mi mamá, tenía miedo de que una de las tantas tardes que pasamos juntos fuese la última porque el virus estaba matando a mucha gente. Así informaban todos los medios de comunicación y nos quedábamos en nuestra terraza a mirar la tele, disfruté cada segundo con mi mamá y mi mascota.

Volviendo a junio y julio, yo dejé de pasar clases porque no entendía nada. No iba a haber reprobación escolar, dijeron los del Gobierno, y todos los niños celebramos a escondidas.

Tomaba como pérdida de tiempo las clases porque empecé a estudiar inglés de forma particular y me divertía mucho aprendiendo porque la *teacher* era estricta y enseñaba

mil veces mejor que mis profesores de colegio, pasábamos clases por Google Meet y rara vez por llamada de WhatsApp.

Con mis amigos, a veces recordábamos las clases presenciales de 2019, antes de la pandemia. Los viernes comíamos una pizza con un refresco a la salida de clases, esos momentos aún los extraño porque nos divertíamos contando chistes.

Ya para septiembre dejé el inglés porque ya no había dinero y teníamos que irnos de viaje a Cochabamba, pero nos retrasaron las elecciones presidenciales.

Mi mamá votó por Luis Arce Catacora, decía que votar por otro candidato era prolongar la crisis social. Por suerte ganó el MAS, aunque después de unos meses mi mamá se quedó sin trabajo.

Cuando posesionaron a Luis Arce, el país celebró, días después posesionaron a los ministros. Para el mes de noviembre yo asistía a talleres de guitarra con mis amigos del barrio con los que me crié la mayor parte de mi vida.

Un día, Anita, la señora que me cuidaba de pequeño, me invitó a su casa a ver películas con sus hijos que eran mis amiguitos y me dijo que lleve dos películas a disco, escogimos las más divertidas, reímos y jugamos hasta que llegó mi mamá, yo estaba sorprendido porque llegó una hora antes.

La vi triste, no sabía qué había pasado. Me dijo: “Juli vámonos”. Yo tenía mucho miedo por lo que pasaría y pensé que se iría de viaje por trabajo, sin mí.

Le pregunté qué había pasado y me dijo que le habían entregado su carta de despido y yo, sin saber qué es eso, le pregunté que es un memorándum y me respondió con un grito que la despidieron. Yo me sentí mal porque faltaba poco para pagar nuestras deudas.

Y ahí empezó otra pesadilla.

Nuestra crisis económica fue empeorando, aunque podíamos vivir del sueldo que le pagarían por sus vacaciones;

nos fuimos a Cochabamba para Navidad, queríamos viajar el 18 de diciembre, pero por la demora al sacar permiso en la Defensoría de la Niñez, tuvimos que retrasar nuestro viaje para el 21.

Desde que tengo uso de razón, mi madre pasaba apuros por el permiso de viaje, porque debía explicar una y otra vez que mi padre se había ido, que éramos solo los dos.

Le decía a mi mamá: “por lo menos no estamos enfermos y seguimos vivos”. Quería levantarle el ánimo, pero ambos caíamos en una depresión al punto que empezamos a planear qué haríamos si nos enfermábamos de COVID-19 o uno de los dos llegase a morir.

Era inevitable escuchar y ver los medios de comunicación. En las noticias nos decían la cantidad de nuevos contagios y muertes era literalmente como si nos dijeran que íbamos a morir.

Solo el hecho de pensarlo me ponía triste porque sabía que podía ser una realidad, sabía que mi mamá ni tendría una terapia intensiva si no tenemos ni seguro médico.

El día de nuestro viaje junto a nuestra mascota fue de mucha alegría y aunque la flota no era lo que yo esperaba, ya que tenía los asientos sucios y en mal estado, celebramos el reencuentro con mis abuelos y tíos.

En Cochabamba estábamos con mi mamá y mi abuela, mi abuelo llena crucigramas y también se la pasaba leyendo todo el día. Después de Año Nuevo retornamos a La Paz.

Al día siguiente, mi mamá desesperadamente se puso a buscar trabajo. Pensamos en abrir una tienda de abarrotes en mi casa, pero en mi calle, después del COVID, siete tiendas se abrieron.

Todos los días mi mamá recibía llamadas telefónicas de sus amigas que estaban igual sin trabajo. Eran charlas de desahogo, dando propuestas de trabajo. A medida que ellas hallaban un trabajo, dejaron de llamarla.

Eso me hacía renegar porque llamaban cuando estábamos disfrutando de una película. Yo sabía que ellas llamaban para no sentirse solas en esa situación, pero yo siempre estaba con las ganas de decirles que ya no llamen porque la llenaban de expectativas laborales.

Mi mamá y yo no podíamos vencer ese tiempo difícil, al punto que me preocupó mi salud mental, ya que los juegos de celular me aburrían, fue entonces que me acerqué más a mi mascota porque me entretenía.

Una noche, mi mamá propuso hacer tejidos con crochet. Yo por aburrimiento le dije que me enseñara, al principio fue muy fácil hacer las cadenas con las que poco a poco se formaban las figuras de flores bonitas, gatitos alegres y mariposas de colores.

Al otro día hicimos collares, aretes y pulseras.

Todos nuestros productos son de colores alegres, colores chillones para decirle a la gente a través de nuestros tejidos que en el cielo se pinta un arco iris de esperanza más allá de esta pandemia.

Ambos tejemos señaladores de libros que los vendemos entre los amigos y conocidos cercanos, también estoy aprendiendo a tejer con palillos para ver qué otras cosas puedo crear.

Agradezco mucho al crochet porque me acercó más a mi mamá, a tal punto que nos quedábamos hasta muy tarde mirando una película y tejiendo. Es un privilegio que me lleve bien con mi mamá, algo que los niños de mi edad lo toman como burla.

El tejido para nosotros se convirtió en una esperanza porque nuestras manos son creadoras de alegría para las personas que compran nuestro producto, porque además estoy seguro de que vendrán mejores días, no solo para mi hogar, sino para todas las personas que como nosotros están saliendo adelante en tiempos difíciles.

El tejido, aparte de ser un arte, nos alejó del drama que trajo la pandemia porque con nuestras manos construimos nuestros sueños y ahora estamos pensando en crear un microemprendimiento, que estoy seguro será nuestro próximo paso.

De a poco nos estamos levantando.

Agradezco mucho a la vida, estar sano y con sueños. Es otra manera de aprender y crecer. Tengo un techo que me proteja de la lluvia y del frío, agradezco mucho tener un plato de comida en la mesa y, más que todo, agradezco tener a mi madre, a mis tíos y abuelos con vida.

Hoy mi mamá es mi fortaleza, mañana estoy seguro de que yo seré la de ella...

Mis grandes maestros: el Alzheimer y el COVID-19

Julia Beatriz Herbas

La presente historia la escribí en formato de carta y está dirigida a Teresa, quien representa a las mujeres cuidadoras de enfermos de Alzheimer, que durante la pandemia aprendimos a ser más fuertes y contar con un corazón solidario para proteger a nuestros seres queridos.

Antes de presentar mi relato, quiero mencionar que el informe emitido por ONU Mujeres indica que la responsabilidad de los cuidados recae en las mujeres, siendo un trabajo no reconocido por el Estado; no percibe ninguna colaboración o remuneración económica y, además, debe soportar una sentencia social de discriminación y aislamiento. La única recompensa que obtiene una cuidadora es ver al ser amado que viva día a día de forma digna como cualquier paciente dependiente.

* * *

La Paz, 2 de julio de 2021

Mi querida Tere:

¿Como te estás? Hace tiempo tengo pendiente de escribirte esta carta, no he tenido mucho tiempo entre los quehaceres de la casa, cuidar de mi mami Betty, atenderlas a mi Peke (mi perrita), que recién cumplió nueve años, y de mi Lulu (mi gatita), que está por cumplir los cuatro años. Demás está decirte la labor diaria que tenemos como mamás de nuestras mamás.

El otro día me preguntaste ¿cómo superé la crisis sanitaria, social y económica durante de la pandemia del 2020? Ese día no te respondí porque pensé en la respuesta que debía brindarte, pero prometí escribirte una carta mencionándote los detalles de cómo la superé.

Creo que ahora es el momento oportuno en contarte mi historia sobre cómo transitamos la pandemia, cómo aprendí, desaprendí, me reinventé y superé cada uno de problemas que se presentaron.

¿Te acuerdas de que te comenté cómo me convertí en mamá de mi mamá? Empezó en el mes de agosto de 2017, cuando el doctor me explico que a mi mamá le detectaron Alzheimer, glaucoma, osteoporosis, reumatismo y alta presión. Recuerdo que ese día me sentí desamparada y sola en el mundo, sin saber qué hacer o a quién pedir ayuda. Ese mismo mes presenté mi carta de renuncia, junté todos mis ahorros e invertí en pequeñas pymes, con el fin de mantenernos, vivir de forma modesta con el mínimo de comodidades.

Gracias a los ingresos que generaban las pymes, acompañé a mi mami en cada uno de los tratamientos que nos indicaban los especialistas médicos para que no avancen las

enfermedades. Al contar con los ingresos limitados, inicié los trámites para ingresar al programa del SUS (Sistema Único de Salud), eso representaba que debía madrugar, esperar en la fila en pleno frío y a veces con lluvia para obtener una ficha médica. En esa misma época viene a mi memoria el silencio y el olvido de parte de mi familia materna; por otro lado, fue grata mi sorpresa reencontramos a través de las redes sociales después de muchos años y descubrir que estábamos pasando por la misma situación con nuestras mamás.

Continuando con el relato, uno de los especialistas médicos, al verme agotada, me sugirió realizar una actividad física. Vino a mi memoria la película “100 metros” (que se trata de un paciente con esclerosis múltiple que se convierte en un Ironman) y sin dudarlo elegí ser triatleta. La disciplina me obligo en aprender nadar a mis 45 años, entrenar a diario y participar en maratones, en competencias de ciclismo, aunque llegue última. Los entrenamientos eran mi dosis de energía para ver la vida con actitud positiva.

Así pasó el tiempo hasta que llegó el mes febrero de 2020, los noticieros europeos reportaron el cierre de fronteras en China por una enfermedad desconocida y letal para el ser humano llamado Coronavirus. Recuerdo que con ingenuidad dije “Ese mal no viene a Bolivia”.

La primera semana de marzo de 2020, Europa comunicó que estaba en alerta por causa de la pandemia, y dije “bueno, nos afectará un par de meses”. En esa época fuimos al control médico de mi mami. La doctora, con preocupación y nervios, me dijo: “prométame que su mamá no saldrá de su casa y usted solo debe salir para lo estrictamente necesario. Le estoy dando medicamentos para tres meses; además, estoy agregando vitaminas, paracetamol y antigripales. Al menor síntoma, ambas deben tomarlo y nuevamente repito, no vengán hasta pasados los tres meses”.

En ese momento tomé conciencia de la enfermedad, pero no de la crisis económica que se nos venía.

En la segunda quincena de marzo, los noticieros revelaban que la enfermedad estaba en Bolivia y que posiblemente entremos en cuarentena. Me dije a mí misma: “unas vacaciones nos vienen bien”.

A finales de marzo, el Gobierno estableció la cuarentena total y rígida. Por lo tanto, deberíamos estar protegidos en nuestras casas. En ese momento pensé: “tengo unos ahorros, lo importante es llenar la alacena con alimentos para tres meses”, así que fui al mercado a comprar mercadería no perecedera. También adquirí algo de carne, frutas y verduras para congelar; igualmente estaban en mi lista mi Peke y mi Lulú. Recordé lo que sufrimos en octubre 2019, varios días con desabastecimiento de alimentos y medicamentos por las protestas y bloqueos de los resultados de las elecciones presidenciales, así que esa experiencia me sirvió para organizar las compras.

Así se inició la cuarentena, durante ese tiempo de confinamiento vi desde mi ventana cómo la gente se movilizaba con desesperación por sus enfermos y muertos, cómo también, por redes sociales y medios de comunicación, solicitaban ayuda económica, oxígeno, medicamentos o donación de plasma para combatir el COVID-19. Cada noche era una pesadilla y rezaba para que Dios nos cuide, especialmente a mi mamita, con lágrimas en los ojos.

En junio pasó lo que tenía que pasar, mis ahorros disminuyeron, mis socios no generan los ingresos planificados, otra vez sucedió lo mismo que hace años atrás, me sentía desamparada y sola en el mundo. Gracias a Dios, por tres meses más sobrevivimos con el bono que nos dio el Gobierno y los descuentos que nos concedieron en algunos servicios básicos, pero no era suficiente, porque se debía comprar

los alimentos (que escaseaban) y los medicamentos que no llegaban del exterior del país.

Como dije, otra vez me sentí desamparada y la pregunta que daba vueltas en mi cabeza era “¿ahora qué hago?”. En cualquier momento volverán a cobrar los servicios básicos, aparte de que debo comprar los medicamentos de mi mami, porque el SUS paralizó las consultas médicas externas para dedicarse exclusivamente a los contagiados de coronavirus y por consiguiente no proporcionaban los medicamentos a los pacientes crónicos. Era tiempo de sentarme con la mente fría, hacer números y ser brutalmente sincera conmigo misma.

El día de mi cumpleaños me senté en la cocina con mi yerba mate, mi soledad y empecé a diseñar un plan para afrontar los problemas que se venían.

Para remar en la crisis era necesario identificar los problemas. Después, cada problema debía estar representado por una pregunta, cada pregunta debía tener una o más respuestas, acompañadas con una frase de inspiración para motivarme.

Así que empecé a elaborar mi estrategia para superar la crisis que estábamos pasando, por lo tanto, te respondo a continuación y con detalle tu consulta:

- **¿Cómo puedo generar más ingresos?**

Una respuesta difícil de responder porque ninguna organización contrata a una cuidadora de Alzheimer. Por otro lado, gran parte del mi tiempo me dedico al cuidado y la atención de mi mami; por lo tanto, la pregunta estaba mal expresada y la cambié por ¿cómo bajar los gastos y optimizar los ingresos?

La frase inspiradora para cumplir el primer objetivo fue:

“Una vez que aprendes a reconocer el problema, obtienes la respuesta” (desconocido)

- **¿Los ingresos actuales cubren los gastos diarios?**

La respuesta obvia era “no”. Los ingresos disminuyeron; por lo tanto, los gastos familiares también debían disminuir. En ese sentido, organicé un presupuesto que dividí en dos partes:

- *Los innegociables*: son aquellos gastos para mantener una calidad de vida adecuada que no representara en el futuro complicaciones de ninguna índole.
- *Los negociables*: son aquellos gastos que debían disminuir o directamente no considerarlos en el presupuesto.

La frase inspiradora para cumplir el segundo objetivo fue:

“Para lograr ser felices y tener una buena relación con el dinero, tenemos que dar las gracias siempre. Esto incluye aquellos momentos en los que las cosas no ocurren como habíamos previsto” (Ken Honda)

- **¿Cómo reconozco los gastos innegociables?**

Los gastos innegociables eran la provisión de medicamentos, alimentos y servicios básicos.

Para adquirir los medicamentos, tenía que intercambiar información con otros pacientes y me informé de que existían instituciones que proveían los medicamentos con los registros sanitarios correspondientes y a precios accesibles.

Con respecto a la alimentación, debía comprar lo que nos ayudara a fortalecer las defensas para afrontar el coronavirus y mantenernos sanas.

Otro de los gastos que debía controlar eran los servicios básicos (luz, expensas, agua, electricidad e internet). Observé que algunos servicios básicos podían disminuir su consumo

con pequeños ajustes; como, por ejemplo, cambiar los focos ahorradores por focos led, que significa una disminución de 30% en la factura del consumo eléctrico.

Controlando los gastos innegociables lograba optimizar los ingresos, por lo tanto, había ganado algo de tranquilidad.

La frase inspiradora para cumplir el tercer objetivo fue:

*“Compra solamente lo necesario, no lo conveniente.
Lo innecesario, aunque cueste un solo céntimo,
es caro” (Séneca)*

- **¿Cuáles eran mis gastos negociables que debía disminuir o anular en mi presupuesto?**

Con el dolor de mi corazón, mis entrenamientos y los gastos del cuidado de mi mami se encontraban en esta lista.

Si bien los entrenamientos y competencia son mi escapatoria de la rutina de cuidadora, debía dejarlo por una temporada, siendo que implicaba un costo que no podía pagarlo. Por destino, durante la pandemia no dejé de entrenar y muchas instituciones se sumaron a nivel internacional para fomentar la competencia deportiva virtual y gratuita.

Por otro lado, con mucha pena, tuve que despedir a la persona que me colaboraba en el cuidado de mi mami, lo cual significaba que debía dedicar más tiempo para realizar los trabajos de cuidadora.

La frase inspiradora para cumplir el cuarto objetivo fue:

“Aborrar no es guardar, es saber gastar” (Pedro Campoy)

- **¿Cómo comer sano en tiempo de pandemia?**

Mi mayor reto era aprender a reconocer los alimentos que nos hacen bien para estar saludables.

Durante esa época aprendí dos palabras clave “*meal pred*” y “conservas” que me ayudaron en ahorrar tiempo y dinero.

Durante el encierro estude la técnica de *meal pred* que significa planificar y preparar en un día los alimentos saludables, para posteriormente congelarlos y consumirlos durante la semana.

También recordé del pasado los consejos de mis vecinos italianos que me enseñaron a elaborar, conservar y/o deshidratar los alimentos de temporada para consumirlos durante todo el año.

La frase inspiradora para cumplir el quinto objetivo fue:

“*Saber comer es saber vivir*” (anónimo)

• **¿Cómo podía reinventarme ante la crisis de la pandemia?**

- Para reinventarme, el punto de partida fue ser realista conmigo misma y saber a dónde quiero llegar.
- Para saber llegar a donde quería estar era necesario formar mi pensamiento, mi estado emocional y actualizar mis conocimientos académicos para brindar estabilidad a mi familia.
- Para formarme encontré la solución ideal que fueron los “audiolibros”. Los audiolibros me ayudaron en el desarrollo personal, mejorar la calidad de vida, empecé a meditar y saber comer sano.

Gracias al programa “Bolivia C Capacita” promocionado por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, así como la Universidad Tecnológico de Monterrey, me especialicé y me certifiqué en *marketing* digital y redes sociales. La especialización me ayudó a colaborar a las pymes en las que invertir para desarrollar su marca y su presencia en internet.

La frase inspiradora para cumplir el sexto objetivo fue:

“Reinventarse es elegir quién quieres ser” (anónimo)

• **¿Como debía convivir con la soledad?**

Desde el comienzo creí que mi familia materna me acompañaría en la transición de la enfermedad de mi mami, pues no fue así. Por consiguiente, tenía que aceptar las cosas tal y como eran para poner un punto final.

Por otro lado, empecé a valorar los entrenamientos desde otro punto de vista, porque conocí a muy buenos amigos que te invitaban a bicicletear, a sudar, a superarte, a compartir y sacarte una sonrisa. También aprecié el valor de la amistad, porque amigos de la vida me enviaban mensajes para saber cómo estábamos o te convocan a conectarte a una videollamada para hablar, divertirnos y recordar buenos tiempos.

La frase inspiradora para cumplir el séptimo objetivo fue:

“Amigos serán amigos” (Queen)

¿Sabes, querida Teresa?, sé que me vas a entender lo que voy a decir a continuación, después de un año visitamos al doctor y me dio la mejor noticia de que mamá estaba bien de salud, a pesar de que la enfermedad de Alzheimer seguía avanzando. La noticia de la buena salud de mi mamita fue algo parecido a llegar a la meta después de una dura competencia y recibir tu medalla de finalista.

Se que no soy el ejemplo de una mujer que tiene el gran emprendimiento o que genera miles de dólares, soy simplemente la cuidadora que protegió a su única familia de la pandemia del COVID-19 durante el año 2020.

Finalmente, querida amiga, debo agradecerte por cuidarme y preocuparte por nosotras a través de tus mensajes o llamadas, lo he apreciado muchísimo.

Tengo una noticia final, gané el segundo puesto en competencia virtual de los 100 kilómetros de ciclismo correspondiente a mi categoría. Era motivo suficiente para volver ser feliz y festejar la vida misma.

Te mando mi cariño y quiero que recuerdes que no estás sola, siempre estoy contigo para acompañarte y cuidarte.

Fdo.: Julia Beatriz Herbas S.

P. D.: Inicié un proyecto porque quiero cambiar “la soledad de la cuidadora” por “La cuidadora plena y cuidada”. Ojalá pueda presentar la propuesta a la Comisión de Salud de la Cámara de Senadores.

Algunas fotos de mi año 2020



Mi mami cuando me acompañaba a hacer pan.



Mis amigos de entrenamiento y competencia.



Mis amigos de toda la vida.



Final de competencia.

Para una casa propia: La historia de Jhoel Flores durante la pandemia

Augusto Díaz Villanueva

Introducción

Un cliente habitual de Shirley le preguntó por el costo de un estante de metal que resaltaba en la parte trasera de su puesto de frutas y verduras en el mercado Rodríguez. El mismo sostenía un llamativo letrero en el que se leía con claridad “En venta”. Shirley tardó en contestar varios segundos, en los cuales pasaron decenas de situaciones y miedo por su cabeza. Se preguntó si el esfuerzo de su hijo Jhoel estaba por rendir sus primeros frutos, se cuestionó también por la calidad de lo que estaba por vender y también recordó por unos instantes todo lo que había pasado su familia para llegar a ese instante. Si bien había logrado vender estantes anteriormente, lo había hecho a familiares; era la primera vez que exponía las creaciones de su hijo al público. Al decir el precio, su cliente le regateó un poco y terminó entregándolo. Le costó mucho el aceptar la venta, pero una vez que tuvo el dinero en la mano pensó que soñar era posible.

I. Un cambio de vida

Jhoel Flores es un adolescente de 15 años, el mayor de tres hermanos, hijo de un chófer y una vendedora del mercado Rodríguez de la ciudad de La Paz. Esperaba mucho del 2020, había logrado llegar al tercero de secundaria, añoraba encontrarse con sus amigos. Después de una larga vacación, esto debido a la irregularidad de estas tras los conflictos políticos del 2019, había comenzado clases. Su vida volvía a su ritmo en el colegio San Martín de Villa San Antonio, pero la pandemia del coronavirus irrumpió en sus actividades, llevándolo a pasar situaciones no gratas. Sin embargo, no hay frustración que no sucumba ante la voluntad de salir adelante, voluntad que se traduce en esperanza para su familia.

Llegó la pandemia y, durante un par de semanas, Jhoel disfrutó el no tener responsabilidades educativas, pues no había más tareas ni obligaciones. Sin embargo, esas vacaciones no duraron mucho. El Ministerio de Educación había ordenado que las clases se pasen virtualmente. Sin ninguna preparación previa, él y su hermana menor tuvieron que afrontar un nuevo entorno. A pesar de que los ahorros de sus padres les permitieron acceder a un celular, la educación virtual fue tortuosa. Tuvo que aprender a utilizar el Zoom, mas cuando aprendió a hacerlo, no fue suficiente pues le pidieron aprender a utilizar el Classroom. Lo logró, pero no fue suficiente, debido a que las tareas que mandaba mediante fotos de WhatsApp, ahora tenían que ser enviadas en pdf. Pero ese par de meses de estrés terminaron cuando sus profesores le comunicaron que no habría más clases durante el año.

II. Vida en familia y necesidad

El Gobierno no solo había suspendido las clases, sino también impedía la circulación en las calles. Jhoel, su papá, su

mamá y sus dos hermanas menores no podían salir de casa. Una especie de falta de voluntad laboral tomó el control de su hogar, pues, mientras los ahorros lo permitían, los cinco miembros se congregaron por casi un mes en cama a ver televisión, haciendo pausas del forzado descanso para cocinar y comer.

El primer mes estuvo rodeado de felicidad; la pandemia los había unido más. En la cocina, segundo lugar que reunía a su familia, las tareas domésticas que antes las desarrollaba únicamente Shirley, mamá de Jhoel, ahora eran de todos. Los cinco pelaban papas y verduras, los cinco ponían a hervir el agua y los cinco ponían todo en orden después de comer; Shirley lavaba los platos, utensilios y cubiertos, su esposo los enjuagaba y sus hijos los secaban y los ponían en su lugar. La mesa de la familia se convirtió en el espacio para intercambiar especulaciones sobre lo que pasaría en las telenovelas de la mañana y de la noche, y también para recordar los episodios graciosos de los distintos programas que veían durante el día.

Empero, al pasar los días, la comida empezó a escasear, los ahorros ya no alcanzaban, los mercados no atendían con normalidad y su papá no podía trabajar con la regularidad de antes, no había tantos pasajeros y el horario de circulación no le permitía trabajar horas extras. Las cuentas empezaron a ajustarse, había que pagar el alquiler del departamento que ocupaban en Villa Copacabana, los servicios de agua, luz, gas y la deuda del banco, las risas que se compartían en la mesa se transformaron en llanto a causa de la preocupación y el hambre. Racionar los alimentos y reducir los gastos no era suficiente, la impaciencia y la frustración ante lo que ocurría se adueñaba de su hogar.

La felicidad de las primeras semanas se convirtió en angustia y miedo que tocaban las puertas de su casa, las noticias de amigos y conocidos que caían ante la enfermedad los mantenían preocupados. El virus era real, mas, por designios

de Dios, no había llegado a su círculo familiar. Sin embargo, una pequeña esperanza apareció cuando Shirley encontró la forma de llevar comida a casa: su cuñada era parte de la iniciativa de los mercados móviles a lo que se sumó y logró garantizar frutas y verduras para la comida del hogar.

III. Una responsabilidad y una oportunidad

Jhoel fue anoticiado de que la gata de una compañera de su curso había tenido crías. Seis gatitos se encontraban sin hogar, compadecido de ellos, decidió adoptar uno. A pesar de que su familia pasaba por momentos difíciles, aceptaron incluir un nuevo miembro. Al principio, Shirley se hizo cargo del cachorro de gato, mas con el pasar de los días Jhoel se dio cuenta de que no era justo con su madre el cargarle otra responsabilidad, por lo que se comprometió a buscar una fuente de ingresos para comprar las croquetas de Covid, nombre con el que había sido bautizado el pequeño felino.



El descanso, paradójicamente, llegó a cansar a Jhoel. Si bien al principio disfrutó de la vacación forzada, con el tiempo se hizo tediosa. Además, tenía la obligación de hacerse cargo de Covid y de aportar en casa para hacer frente a las necesidades que cada día se hacían más evidentes. Entre las conversaciones que se suscitaban en la mesa de la cocina, su papá mencionó tener

unos amigos cerrajeros cerca de casa. Al escuchar que podía generar algo de dinero, Jhoel mostró su interés y convenció a su papá para que lo llevara a aprender el negocio de los fierros, lo que le permitió emprender en un nuevo rubro que cambiaría su vida.

En pocos días de aprendizaje en el taller aprendió el arte de medir, cortar, soldar y pintar fierros reciclados. Los trabajos que hacía prometían una serie de usos en la vida cotidiana. Su talento y entrega llamaron la atención de los cerrajeros y de su familia. Ante sus notables habilidades, su padre decidió invertir en herramientas para empezar un taller. Un taladro, una amoladora, una compresora, una soldadora de arco, una prensa, desarmadores, alicates y algunas otras herramientas, hechas por ellos mismos, les permitieron iniciar sus trabajos en un improvisado taller.

IV. El éxito y sus problemas

Ante la necesidad de pagar las deudas de los servicios, la cuota del banco, el alquiler del departamento y la alimentación de Covid, Jhoel empezó a realizar trabajos con fierros reciclados por él mismo. Con habilidad y paciencia, empezó a medir, cortar y soldar. En pocos días, junto a su padre, hicieron dos estantes para guardar sus nuevas herramientas. Luego su mamá le pidió que hiciera un pequeño mueble para guardar las frutas y verduras que traía luego de atender su puesto en los mercados móviles. Se puso manos a la obra, su entusiasmo fue tal que en tan solo un día logró tener todas las piezas necesarias, pero tenía que esperar a que su padre llegue para soldarlas. Su impaciencia le ganó y decidió hacerlo por sí mismo, lo que lo llevó a lesionarse los ojos. Estuvo dos días sin poder ver bien, pero el sacrificio valió la pena, terminó su primer trabajo sin ayuda alguna.

El primer mueble que hizo fue un éxito que llamó la atención de sus familiares. Una tía, su abuela y algunos otros parientes cercanos le pidieron que hiciera estantes para vender. Al contar con clientes seguros, ni bien se recuperó de la lesión continuó con sus trabajos. Aprovechó un pequeño espacio de la trastienda donde vivía para realizar los cortes de material durante el día y esperaba la llegada de su padre, después del trabajo, para soldar las piezas, utilizando la acera de la casa para pintar los trabajos acabados; de esa forma evitaba ocasionar algún daño en propiedad que no era suya. En menos de un mes, los trabajos de Jhoel y de su padre se empezaron a vender en el puesto de Shirley, que llegaba con dinero suficiente para ahorrar y poder pensar en un mejor futuro.

Sin embargo, el pasajero éxito empezó a ocasionar problemas. Sus vecinos, que eran inquilinos al igual que su familia, empezaron a quejarse del ruido. La dueña de casa, quien era la principal beneficiaria del trabajo de Jhoel, puesto que con el dinero que se recaudaba de los diferentes trabajos se pagaba gran parte del alquiler, los acusó de estar atentando contra el sistema eléctrico del caserío, dado que creía que el soldador jalaba mucha energía y los podía dejar sin luz. Mas no fue solo eso, también levantó envidia en los vecinos del barrio de Villa Salomé, que lo acusaban de destruir el ornato público debido a que dejaba rastros de pintura en la acera. La vida les había sonreído, pero ahora necesitaban un lugar para poder trabajar con tranquilidad.

V. Una nueva vida

No pudiendo lidiar con la envidia y las malas actitudes de los vecinos, sus padres decidieron arriesgar su capital, pusieron a la venta su minibús y se prestaron dinero del banco para

poder comprar una pequeña vivienda ubicada en Tilata, camino a Viacha. Lo hicieron con la esperanza de que el emprendimiento de Jhoel pudiera continuar sin tener que soportar el acoso del barrio. Contarían con un pequeño patio que podrían acondicionar para establecer el taller.

Pasaron unos meses y lograron poner la pequeña vivienda a su nombre. Durante semanas aprovecharon la ayuda de familiares para el traslado de sus pertenencias a casi 30 kilómetros de donde vivían, distancia que no solo se expresa en metros, sino en tiempo, ya que son más de dos las horas que separan a Jhoel de su antiguo vecindario, pero no de sus amigos, puesto que las clases virtuales le permiten continuar sus estudios en el colegio San Martín de Villa San Antonio.

El cambio en su nuevo vecindario fue rotundo: sus vecinos se preocuparon por su familia en vez de atacarla. Tuvieron una buena acogida, incluso su trabajo fue aplaudido. Ahora que las clases retornaron asiste virtualmente durante la mañana y, después del almuerzo, continúa con sus labores de cerrajero hasta las cinco de la tarde, hora en que retoma sus estudios para hacer las labores escolares y luego contactarse con sus clientes mediante el *marketplace* de Facebook, espacio donde muestra sus creaciones y en el que le hacen pedidos.

Jhoel lleva casi un año como cerrajero y decidió ser discreto con su éxito, pues sus amigos no conocen que él realiza tal labor. Además, asegura que solo se dedicará a la cerrajería hasta sus dieciocho años, pues está seguro de que sus habilidades le permitirán estudiar arquitectura en la universidad.

Esta historia tiene muchas lecciones, partiendo de que una pequeña responsabilidad, alimentar a una mascota, pudo llevar a un adolescente a sostener su hogar en un tiempo de crisis. Hecho que le cambió la vida a su familia. Gracias a su esmero, sueñan con un techo propio que, poco a poco, pagan con el apoyo de un joven pero maestro cerrajero.



ANEXO

Acta final del Jurado: selección de ganadores

Concurso “Remando la crisis. Testimonios en pandemia”. Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia)

En la ciudad de La Paz, el día 26 de agosto de dos mil veintiuno años, a horas 9:00, se reunió por tercera vez el jurado del concurso “Remando la crisis. Testimonios en pandemia”, convocado por la Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia), con el fin de realizar la evaluación final de los textos presentados a la Fase 2 del concurso.

El Jurado estuvo conformado por las siguientes personalidades:

- **Verónica Paz Arauco:** Coordinadora de Investigación y Políticas de Oxfam en Bolivia. Investigadora Asociada del Commitment to Equity Institute de la Universidad de Tulane (Nueva Orleans) con Maestría en Estudios Avanzados en Economía por la Universidad Pompeu Fabra (Barcelona).
- **Alexis Argüello Sandoval:** Librero y editor. Dirige la editorial y librería Sobras Selectas y el Concurso No Municipal de Literatura, ambos desde 2015. Seleccionó los

- textos que componen “No me jodas, no te jodo: Crónicas escritas por y para El Alto” (Sobras Selectas, 2018).
- **Nicole Jordán Prudencio:** Coordinadora de Proyectos a cargo del área de Desarrollo Sostenible de la Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia. Fellow para el Women’s Empowerment Program - Latin America 2021 del Centro Ban Ki-moon y la Academia Diplomática de Viena. Young Global Changer 2020/2021 por Global Solutions Initiative de Berlín, Alemania. Investigadora asociada del Instituto de Estudios Internacionales de la UCB; profesora invitada y autora de diversas publicaciones.

El jurado preseleccionó 20 textos en la Fase 1 del concurso, cuyos autores fueron contactados por el equipo organizador para su participación en dos talleres: el primero de comunicación, realizado el 11 de agosto con el comunicador Omar Rincón de la Friedrich-Ebert-Stiftung en Colombia; y el segundo de escritura creativa, realizado el 17 de agosto con el escritor Gabriel Chávez Casazola. En ambos talleres participaron los 20 autores preseleccionados en la primera fase y tuvieron la oportunidad de recibir retroalimentación específica para afinar sus textos, así como herramientas generales de comunicación y también de escritura creativa. A partir de ambos talleres, el 22 de agosto los 20 textos se presentaron a la Fase 2 de este concurso para su evaluación final.

Luego de la deliberación del jurado, a las 10:47 se concluyó con la selección de los 3 (tres) textos ganadores, cuyo primer lugar recibirá un premio de Bs. 10.000 (diez mil), el segundo lugar Bs. 7.500 (siete mil quinientos) y el tercer lugar Bs. 5.000 (cinco mil), tal como está establecido en la convocatoria. Asimismo, el jurado seleccionó 7 (siete) textos como menciones especiales, cuyos autores recibirán un reconocimiento de Bs. 2.100 (dos mil cien). La lista de textos ganadores y menciones especiales es la siguiente:

SELECCIONADOS COMO GANADORES:

LUGAR	Código de propuesta	Título del texto	Nombre del/la autor/a
PRIMER LUGAR	191	Cabalgando entre dos mundos	Dionicia Apaza Mamani
SEGUNDO LUGAR	114	María de las montañas	Sonia Canqui
TERCER LUGAR	190	La esperanza en el camino	Mónica Jiménez Mancilla

SELECCIONADOS COMO MENCIONES ESPECIALES

(por orden alfabético del apellido del/la autor/a):

Código de propuesta	Título del texto	Nombre del/la autor/a
150	Pueblos que viajan	Ana María Calle
184	El retorno	Laura Derpic Burgos
267	Las traficantes de alimentos	Martha Mamani Velazco
178	Las hijas de las vertientes, las otras víctimas de la pandemia	Jorge Quispe Condori
136	La vida en verde fosforescente	Valeria Sandi
84	Crónica no autorizada	Julio Vásquez
422	Un Dios y sus guerreras	Boris Zuazo Meneses

Finalmente, el jurado recomendó la publicación de los textos ganadores, las menciones especiales y otros que sean seleccionados para el efecto.

Firman en constancia las personas integrantes del jurado.

Verónica Paz Arauco

Nicole Jordán Prudencio

Alexis Argüello Sandoval

Esta publicación reúne los mejores 17 textos del Concurso 2021 convocado por la Friedrich-Ebert-Stiftung en Bolivia (FES Bolivia): “Remando la crisis. Testimonios en pandemia”.

El propósito fue rescatar y contar experiencias concretas de personas, familias y grupos que enfrentaron situaciones de crisis socio-económica resultante de la pandemia del COVID-19 y, en varios casos, la superaron –o lo están haciendo– con mucho esfuerzo, valentía y creatividad.

Las historias aquí contadas, en especial las que muestran la capacidad de resiliencia en situaciones de crisis, pueden nutrir la conversación pública e impulsar aprendizajes recíprocos.

Queda en sus manos, pues, este libro-espejo para seguir remando la crisis y, mejor todavía, navegar sus salidas en sociedad.

**FRIEDRICH
EBERT** 
STIFTUNG

